



LA  
TERCERA  
FRIDA

Enrique Escalona



# La Tercera Frida

ENRIQUE ESCALONA



Escalona, Enrique

*La Tercera Frida* / Enrique Escalona. - México : SM, 2020

ISBN: 978-607-24-3851-4

1. Misterio - Novela juvenil. 2. Detectives - Literatura juvenil.

Dewey 863 E83

*A Laetitia, Daniel y Nicolas-Henri*

*SOÑÉ QUE LA CIUDAD ESTABA DENTRO  
DEL MÁS BIEN MUERTO DE LOS MARES MUERTOS.  
ERA UNA MADRUGADA DEL INVIERNO  
Y LLOVIZNABAN GOTAS DE SILENCIO.*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE  
Inicio de *El sueño de los guantes negros*

*EN INVIERNO VIAJAREMOS, SOBRE COJINES AZULES,  
EN UN VAGONCITO ROSA.  
SEREMOS FELICES, HABRÁ UN NIDO DE BESOS LOCOS,  
OCULTOS EN CADA BLANDO RINCÓN.*

ARTHUR RIMBAUD  
Inicio de *Sueño para el invierno*

*Lyon, Francia, 12 de febrero de 1943*

Esa mañana, la ciudad amaneció oculta por un manto de niebla que flotaba en silencio. El oficial alemán Karl Gurlitt salió del Hôtel Le Royal seguido por dos soldados. Se internaron en la Plaza de Bellecour, caminando entre la bruma, sin poder ver los edificios de ventanas altas, balcones de hierro forjado, chimeneas de ladrillo y buhardillas con tejados que rodean la explanada. Tampoco era posible admirar la basílica que domina la colina de Fourviere en el horizonte. Sólo quedaba a la vista, además de la blancura, la tierra rojiza que cubría la plaza. Oyeron gritos en la lejanía y se detuvieron; era mejor ser precavidos. Lyon era conocida como la capital de la Resistencia, el movimiento francés que luchaba contra el invasor; es decir, contra ellos. Retomaron el paso. El sol había aparecido como un halo entre las nubes. Un sol frío, sin fuerza para disipar la bruma de la noche. Karl pensó que ya debían de haber llegado al otro lado de la plaza y temió haber perdido la línea recta. Nunca había sido bueno para orientarse. Antes de la guerra atendía la tienda de antigüedades de su familia y rara vez salía de Hamburgo. Un viento gélido disipó algo la neblina y reveló la estatua del rey Luis XIV a caballo y señalando con un dedo la calle Émile Zola: la dirección que debían tomar. Caminaron en fila india por una banqueta estrecha y llegaron al edificio que hace esquina con la Plaza de los Jacobinos. Afuera estaba estacionada una camioneta de la que descendieron tres cargadores que se apresuraron a hacer el saludo nazi. Karl sacó la llave del portón, lo abrió y el grupo pasó frente a la puerta del departamento del matrimonio Mercier, los conserjes del edificio.

—Están subiendo. Han de traer las llaves de *monsieur* Barda —murmuró Claire.

—Mejor. Así no vendrán aquí —susurró Antoine, su esposo.

El día anterior, un grupo de agentes de la Gestapo se había llevado a Daniel y Berthe Barda, arquitectos franceses, de religión judía y habitantes del tercer piso. Karl Gurlitt estaba ahí para saquear su hogar. Su trabajo consistía en apropiarse de los bienes de las familias judías deportadas a campos de concentración. Los muebles, las joyas, las antigüedades y las prendas lujosas se vendían en el mercado negro. Si aparecía alguna obra de arte clásico, la mandaba como regalo para el Führermuseum que construía Adolf Hitler en Austria, el cual reuniría las obras incautadas a los países ocupados.

Karl abrió la puerta y encontró una decoración peculiar, con muebles escasos y modernos, hechos con tubos cromados, tapizados en telas lisas y sin florituras. La duela de madera estaba libre de estorbos; unas discretas lámparas de acabado metálico decoraban las esquinas y había una enorme pintura abstracta en la pared principal.

—¿Qué es esto? —preguntó un soldado y señaló una pintura que mostraba frutas hechas con formas geométricas coloridas.

—Es arte degenerado —contestó Karl.

“Degenerado” era el término que usaba el régimen nazi para describir el arte moderno y de vanguardia. Algunas de esas obras eran destruidas, y otras, revendidas a coleccionistas. Karl descolgó la obra, la colocó sobre la mesa y sacó un sello que estampó en la parte posterior: la marca de la ERR, organización responsable de confiscar bienes culturales.

Indicó a los cargadores que se la llevaran, junto con una escultura de dos personajes abrazados y fundidos en un beso. Revisó un librero, encontró catálogos de exposiciones de arte, tratados de arqueología y manuales técnicos sobre arquitectura. Nada que le interesara. Entró a la recámara principal, se puso unos guantes y sacó la ropa de los armarios. Encontró joyas que metió en una bolsa y un reloj que deslizó en su bolsillo. Siguió con la recámara de los niños. Husmeó en un armario; movió algunos juguetes; no encontró nada interesante. Ordenó a los cargadores vaciar el piso. Dio instrucciones: los muebles, la estufa y los abrigos irían a una bodega; las cosas restantes serían usadas como combustible para la calefacción. La memoria de una familia sería consumida por las llamas.

Antes de irse, Karl se fijó en un cuadro sobre la chimenea. Era un dibujo hecho de líneas negras: parecía un laberinto y tenía algo de enigmático. Lo descolgó y le colocó el sello por la parte de atrás. Como era pequeño, decidió llevárselo él mismo.

Los conserjes escucharon las botas militares bajando las escaleras. Temían que tocaran a su puerta, así que contuvieron la respiración hasta que escucharon que se cerró el portón. Antoine esperó un instante, buscó una silla, la puso cerca de la entrada, subió en ella y abrió la puerta de una alacena empotrada sobre el pequeño cuarto de baño. Un niño de tres años se asomó, silencioso, y Claire lo recibió con un abrazo.

—La señora Barda me lanzó una mirada insistente cuando pasó por el pasillo. Ahí entendí que había escondido al niño.

El pequeño, de cabello rubio y lacio, tenía ojos de color gris muy claro, que transmitían miedo y tristeza. Se chupaba el dedo, abrazado a la señora Mercier. Aunque no comprendía a dónde se habían llevado a sus papás, intuía que ya no volverían.

Karl regresó a su habitación en el Hôtel Le Royal y se asomó por la ventana hacia la Plaza de Bellecour. La neblina se había disipado. Había soldados a un costado de la escultura del rey. Alguien había pintado en la base VIVE LA FRANCE LIBRE con la Cruz de Lorena, símbolo de la Resistencia. Los alemanes solían decir que no les importaba quién lo había hecho, sino quién pagaría por ello, así que detenían a cualquiera que pasara para interrogarlo y amedrentarlo.

El sol ya no se veía a simple vista; había cobrado fuerza y deslumbraba. En un mes comenzaría la primavera y brillaría con toda su intensidad. Los días cortos y oscuros del invierno no durarían por siempre. Tampoco la ocupación alemana. Karl sabía que el Tercer Reich se derrumbaría antes de los mil años que Hitler había prometido. Mucho antes. Ya tenía listos sus documentos falsos y escaparía de Europa en la primera oportunidad que se le presentara.

Admiró su botín personal. Se puso el reloj; la cubierta debía ser de oro; le quedaba bien. Luego colocó el cuadro sobre el buró para admirarlo. Personalmente no tenía nada contra el arte moderno, y ese dibujo de líneas en tinta negra le parecía bien hecho. ¿Sería una obra valiosa? Ya no parecía un laberinto, sino dos pirámides vistas desde arriba. Encontró algo escrito a mano en la parte inferior; una palabra en una lengua desconocida, que pronunció con lentitud. Decía: “TEOTIHUACAN”.

Esa mañana de febrero las jacarandas de la Ciudad de México amanecieron llenas de florecitas moradas. Los árboles de la colonia Roma lucían una explosión violácea y los ciclistas se detenían para sacar sus teléfonos, tomar una foto y ser los primeros en reportar el inicio de la “temporada jacarandosa” en las redes sociales. Los turistas señalaban la colorida invasión desde el segundo piso del Turibús e incluso los automovilistas —que en esta ciudad de tráfico suelen ser irascibles o indiferentes— bajaban la ventanilla para contemplar el paisaje. Era un hermoso día con un cielo azul que anticipaba el final del suave invierno capitalino.

Damián Diosdado llegó hasta el cruce de Mazatlán y avenida Veracruz y se detuvo para dar una vuelta completa sobre su eje y admirar las jacarandas en flor. Era un joven sensible a la belleza. De hecho, había sido entrenado para reconocerla y encontrarla: era un detective especializado en buscar tesoros. Había aprendido bien el oficio de su padre y de su abuelo, el fundador de la Agencia Diosdado. Era capaz de rastrear el destino de una escultura robada, de localizar una moneda o de investigar dónde andaría el timbre faltante de una colección.

Su aspecto era el de un joven alto, pero no demasiado; delgado tirando a flaco; moreno y de cabello negro. Usaba ropa anticuada: pantalón de pinzas, camisa negra abotonada hasta el cuello y un saco de lana a cuadros que había encontrado entre las cosas que dejó su abuelo. Hay que decir que su estilo *vintage* no desentonaba entre la gente que habitaba ese barrio de artistas y creativos que vestían como les daba la gana: chicas con botas a la rodilla y piernas tatuadas; barbones de saco, chaleco y reloj de bolsillo, o corredores en ropa deportiva fosforescente que pretendían seguir en la década de 1980.

Esa mañana, a Damián lo había despertado la llamada de don Fernando Mondragón, un conocido exfuncionario de cultura y coleccionista de arte que le pidió ir a su casa de inmediato. Como se trataba de algo urgente, le entusiasmaba la posibilidad de conseguir un buen caso.

Llegó a la calle Valladolid, llena de flamantes edificios de departamentos que tienen por fachada entradas de garaje y letreros de no estacionarse —como si fueran hogares para carros y no para personas—. La única casa antigua que sobrevivía era aquella de don Fernando, un pequeño castillo de ventanas altas y vitrales que reproducían el escudo de su familia. En cada esquina tenía remates de cantera con forma de dragón y en las paredes, frondosas enredaderas verdes. El lugar se veía tal y como hacía un siglo, excepto por las cámaras de vigilancia que monitoreaban el exterior. Damián se detuvo frente al portón de madera, que también tenía tallado un dragón en relieve, y tocó el timbre del interfón.

Mientras esperaba a que abrieran, sacó su celular para fotografiarse frente a la casa. Tenía una colección de *selfies* en sitios de la Ciudad de México que parecían ser de otro país. En esa foto podría decirse que estaba en Europa, tal vez en Francia. Claro, era una mera suposición, porque



Damián nunca había estado en el Viejo Continente. Su trabajo como detective de tesoros era esporádico y ni siquiera podía pagar la renta de un departamento; dormía en el sillón de su despacho, sus gastos eran limitados y la posibilidad de un viaje al extranjero era más bien lejana.

Se oyó el tono indicador de que la puerta estaba abierta. Damián la empujó y se encontró con don Fernando. Era un hombre delgado, bien conservado, de abundantes canas, que vestía un traje de pana. Aunque no lo conocía en persona, lo había visto en los diarios y en la televisión, inaugurando exhibiciones o dando entrevistas.

Tras saludarse, caminaron por un pasillo cubierto de azulejos gastados, entre jarrones, plantas y medias columnas decorativas. Entraron a un salón de techo alto con vigas de madera e iluminado por los vitrales de dragones que se veían desde el exterior. Las paredes tenían cuadros de distintos tamaños. La mirada entrenada de Damián reconoció los azules intensos de Rufino Tamayo y un paisaje con un volcán en erupción, el cual sólo podía ser obra del pintor Gerardo Murillo, mejor conocido como Dr. Atl. Don Fernando se veía apurado, poco dispuesto a hacer una visita guiada de su colección. Tomó asiento en una silla de respaldo alto y madera dorada que parecía un trono —algo excesiva y cursi, para ser sinceros— y señaló a Damián un sillón estilo rococó para que se sentara.

—Agencia de Detectives Diosdado —leyó don Fernando en la tarjeta que Damián le había entregado.

—Así es. Me especializo en investigaciones sobre obras de arte y antigüedades. Mi abuelo la fundó y la continuó mi padre, pero él se fue de México y ahora yo estoy al frente...

—No necesita leerme sus cartas credenciales —lo interrumpió don Fernando—. Supe de usted por el caso de la moneda de la muerte y me sorprendió que hubiera encontrado ese extraño peso de plata para la familia Lorca. Ahora soy yo quien necesita sus servicios y tengo prisa por mostrarle algo.

—¿De qué se trata?

Don Fernando se levantó y caminó hacia una de las esquinas del salón. Allí había un caballete con una pintura de grandes dimensiones, tapada con una tela blanca, que descubrió de un tirón.

Era una pintura al óleo de un par de metros de largo y poco más de un metro de alto. Mostraba una de las escenas más extrañas que Damián hubiera visto: un escenario teatral enmarcado por unas gruesas cortinas rojas y una escenografía de hojas gigantes. En medio había una mesa con patas de animal de la que salía sangre. Los primeros personajes eran un niño y una niña bien vestidos que miraban al espectador con gesto tranquilo; enseguida había un monstruo de brazos largos, overol y cabeza diminuta que parecía ser un judas de cartonería, como los que queman en Semana Santa. En el otro lado de la mesa había un venado, un esqueleto gigante de cartón y un personaje largo y flaco que tenía un brazo clavado en la mesa y el otro unido al muñón de la figura central, nada menos que la inconfundible Frida Kahlo, en huipil y falda de tehuana. El conjunto recordaba la pintura de *La última cena*, de Leonardo da Vinci, pero en versión de pesadilla.

—¿Es lo que estoy pensando? —preguntó Damián y se acercó a ver la firma de la pintora—. Ésta debe ser *La mesa herida*. Don Fernando. ¿usted ha hallado la pintura perdida de Frida Kahlo!

Don Fernando levantó los hombros con indiferencia y señaló el cuadro con la barbilla para que Damián continuara con su inspección.

Se concentró en Frida, que tenía sus características cejas unidas, un rostro muy joven y un mechón de su negro cabello alzado por la mano del esqueleto. Llevaba en el cuello un collar de espinas que parecía una herida. Los colores de la pintura eran apagados; tenía polvo acumulado en los pliegues y las orillas desgastadas. Por detrás, el lienzo lucía amarillento y con cuarteaduras.

Era una obra sin restaurar que parecía haber estado guardada por décadas.

—¿Le gusta el arte de Frida Kahlo? —preguntó don Fernando.

—La verdad, no mucho. Es decir, reconozco su talento, pero se ha comercializado tanto que prefiero a otras pintoras, como María Izquierdo o Remedios Varo. ¿Por qué la pregunta? ¿Necesita a un experto en Frida para autenticar su descubrimiento?

—Necesito a un detective experto en arte que reconozca a Frida en su justo valor, no a un fanático. Dígame con sinceridad, ¿qué opina de esta pintura?

Damián se alejó unos pasos para ver el cuadro completo:

—Es una escena desconcertante y bien ejecutada, pero no estoy seguro de querer colgarla en mi recámara. Me hace pensar en los exvotos de las iglesias, que cuentan milagros o tragedias.

—Mmm —expresó don Fernando, seguramente en desacuerdo con Damián, y empezó a explicarle—: Hay miles de obras de arte desaparecidas. La más famosa es *Retrato de un hombre joven*, de Rafael y que se perdió desde que la robaron los nazis. Si hablamos de artistas femeninas, le puedo asegurar que *La mesa herida*, de Frida Kahlo, es la más buscada. Fue vista por última vez en Varsovia, en 1955. Desapareció durante una gira de arte mexicano por Europa.

—Pero ¡ya la encontró! —exclamó Damián—. Halló el cuadro perdido de Frida y su descubrimiento causará sensación. ¡Lo felicito!

—No me felicite y espere a ver esto.

Don Fernando fue a una habitación contigua; volvió con un bote metálico y una brocha ancha. Al abrir el bote, comenzó a apestar a solvente; sumergió la brocha en una mezcla transparente y la pasó por encima de la pintura sin ningún cuidado. *La mesa herida* comenzó a brillar con ese barnizado.

—¿Qué hace?! ¡¡Deténgase!! —lo increpó Damián, escandalizado.

El hombre lo ignoró y siguió cubriendo con esmero todos los rincones del lienzo. Damián no sabía si debía forzarlo a detenerse; a fin de cuentas estaba en su casa y era su pintura. Al terminar, contempló su obra. Por un instante no pasó nada, aunque pronto los rostros de los personajes comenzaron a alargarse, adquiriendo un aspecto aún más siniestro.

—Creo que se está convirtiendo en una pintura de Francis Bacon —afirmó don Fernando.

—¿Me traje aquí para hacerme testigo de esta atrocidad? —reclamó Damián.

—Ya apareció. ¿Lo ve?

Damián notó que ciertas partes de la pintura se habían escurrido y que sobre el lienzo desnudo habían quedado unas letras:

#### TOI-MÊME

Damián repitió la frase, pero con una entonación interrogativa:

—*Toi-même?*

—Buena pronunciación. ¿Sabe francés?

—Sí, pero no entiendo el sentido. ¿Por qué está escrito “Tú mismo”?

—¿Ha estado en Francia?

—No. Aprendí francés en México, lo he estudiado por años.

—Vaya, entonces le hace falta ir a practicarlo. También podemos traducir esa frase como un inofensivo “Tú lo serás”, algo que se dicen los niños; aunque, en este caso, la traduciría por un simple y llano “Eres un imbécil”.

—Siento que lo hayan engañado con esa falsificación. Admito que era una buena copia. De seguro la hizo un verdadero artista.

—Un artista que pinta igual que Frida, aunque no se trata de ella —afirmó don Fernando—. Un falsificador que firma sus obras con un mensaje oculto para insultar a los incautos que cayeron en su estafa.

Ambos miraron el cuadro. Estaba arruinado. Se había convertido en un lienzo de aspecto repugnante. Don Fernando volvió a cubrirlo. Lo hizo lenta y cuidadosamente, como si le colocara la mortaja a un cadáver. La obra más valiosa de su colección, por la que sentía mayor aprecio, se había convertido en algo sin valor y con una frase insultante.

—¿Cómo supo que encontraría aquel mensaje en la pintura? —preguntó Damián con la misma voz baja y contenida que usaría en un velorio.

—Sólo se lo diré si acepta el caso y me ayuda a castigar a los responsables.

—Acepto.

Don Fernando miró a los ojos a Damián, asintió complacido y le hizo una seña para que lo siguiera. Cerró la puerta del salón y se sentaron en una banca del patio.

—Debo comenzar diciéndole que amo a Frida por encima de cualquier razonamiento. No me importa si es la mejor, la peor, o lo que piensen los demás. En mi colección tengo su ropa, sus dibujos infantiles y hasta mechones de su pelo. Sin embargo, pintó pocos cuadros y yo nunca había conseguido uno.

—Hasta que le ofrecieron *La mesa herida* —comentó Damián, mientras sacaba la libreta de taquigrafía que utilizaba para tomar notas.

Don Fernando respiró profundamente y cerró los ojos por un instante, como si intentara reunir y poner sus recuerdos en orden:

—Así es. Déjeme contarle un poco sobre el cuadro perdido de Frida Kahlo y cómo me vendieron su falsificación.

—Algunos dicen que era su pintura preferida. Yo no estoy seguro, pero es posible. El hecho es que *La mesa herida* y *Las dos Fridas* fueron los cuadros más grandes que Frida Kahlo pintó. Los elaboró para la Exposición Internacional del Surrealismo de 1940, celebrada en la Ciudad de México y organizada por el mismísimo André Breton, líder de los surrealistas. Ella prefería los formatos más pequeños, aunque acababa de divorciarse de Diego Rivera y quería competir en tamaño con las pinturas que presentaría su exesposo. *La mesa herida* se exhibió en Estados Unidos y permaneció por varios años en la sala de su hogar, la famosa Casa Azul de Coyoacán. En la década de 1950, un grupo de artistas mexicanos regaló obras de arte a la Unión Soviética y Frida mandó esa pintura, que no fue bien recibida. Los soviéticos querían arte que exaltara la Revolución rusa y no las pesadillas de una joven pintora casi desconocida. La obra estuvo guardada por un tiempo, y en 1955 reapareció en una exhibición de arte mexicano en Varsovia. Desde entonces, su destino es un misterio.

”Durante años pregunté por esa pintura a expertos, marchantes, funcionarios y a cualquier persona que pudiera saber algo. Mi interés por *La mesa herida* era conocido en el medio del arte y yo era la víctima perfecta. Hace un año, un conocido galerista, a quien ya le había comprado algunos cuadros, me abordó en la inauguración de una muestra y me preguntó si quería ver algo especial. Le dije que sí, que pasaría a su galería. Se me acercó y me dijo al oído que esa vez la cita sería en otro lugar: el patio de una casona ubicada en la esquina de 2 de Abril y Santa Veracruz, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. “¿Sabe llegar?”, me preguntó; le contesté que la metrópoli no tenía secretos para mí. “Claro que sí”, añadí, “está a espaldas del Templo de la Santa Veracruz, cerca de la Alameda Central”. “Es el lugar”, me confirmó el galerista y me pidió que acudiera solo, pues se trataba de algo muy confidencial.

”Llegué a la cita con curiosidad; sinceramente pensé que se trataba de una estrategia para abrir muestras de arte efímeras en lugares extraños y que tratarían de venderme el cuadro de algún artista moderno. La puerta de la casona se hallaba ocupada por un puesto de fritangas. Entré caminando entre los comensales y un fuerte olor a manteca. Me planté en medio del patio y por un momento no pasó nada. Me sentí observado. El galerista bajó las escaleras y me condujo al segundo piso. Entramos a una habitación encalada, sin muebles. En el centro había un bastidor con una pintura cubierta. Hice un gesto con las manos, preguntando qué esperábamos para ver esa obra tan bien dispuesta bajo un haz de luz proveniente de una ventana alta. El galerista no se movió. Pensativo, se tomó su tiempo para reaccionar. Claro, ahora sé que se trataba de un montaje, de una farsa, pero en ese momento caí redondo. Cuando por fin descubrió el lienzo, vi que se trataba de *La mesa herida*. Casi desfallezco. Me sostuve de un muro mientras me contaba que la había encontrado en Europa y que no podía revelarme más sobre su origen. Me advirtió que si no la

adquiría yo, tenía un cliente que se la llevaría al extranjero.

”Me dejó a solas con el cuadro para que lo examinara. La pintura que sólo había visto en fotos estaba ante mí, con colores apagados, maltratada, pero completa y grandiosa. Nunca había adquirido algo de procedencia desconocida y sabía que, por estar en México, las autoridades la reclamarían como patrimonio nacional. Si se hacía público que yo la poseía, tendría problemas. Ideé un plan: la conservaría sin decirle a nadie y, a mi muerte, la donaría al país. Pagué una fortuna. Mi vanidad me hizo pensar que me ganaría una mención en las futuras biografías sobre Frida: el coleccionista que encontró *La mesa herida* y que la salvó de perderse una vez más. Finalmente, don Fernando Mondragón sería parte de la historia de Frida Kahlo.

”Pasé once meses de feliz inocencia. Colgué el cuadro en una habitación secreta y a diario dedicaba un momento a su contemplación. Sin embargo, un detalle comenzó a obsesionarme: necesitaba limpieza y restauración; sus colores opacos y esa capa de polvo me desquiciaban. Un día vino a México una buena amiga, Marion Charney, restauradora de pinturas, quien ha trabajado para museos como el del Louvre. La invité a comer y le pregunté si alguna vez había trabajado con una obra de orígenes dudosos. Me confesó que sí, que había aceptado por curiosidad, pero que en todos los casos se había topado con falsificaciones vendidas a tontos con dinero: Picassos que ese autor nunca habría pintado, cuadros antiguos hechos con materiales modernos y un Rembrandt que a simple vista se reconocía como falso.

”Alardeé que yo le mostraría algo auténtico y le presenté *La mesa herida*. Lejos de sorprenderse como yo esperaba, me dijo que había limpiado otras igual de falsas. Me tambaleé y le dije que no bromeara. “No bromeo”, me aseguró, y me contó que al menos tres renombrados coleccionistas —cuyos nombres no podía revelar—, habían comprado cuadros iguales. “¿Y si el mío es el original?”, pregunté, implorando algo de esperanza. “No lo es”, contestó sin miramientos. Me explicó que había analizado los otros cuadros y que sus materiales habían sido comprados recientemente en Francia, por lo que suponía que el autor de esas copias vivía en aquel país. Y había algo más: antes de pintarlos, el falsificador escribía la frase *TOI-MÊME* sobre la tela. Para ello usaba glicerina, la cual se desprende con cualquier limpiador químico. Me sentí destrozado. Marion me dijo que sería fácil demostrarme la falsedad del cuadro, así que salió a comprar un limpiador. Al regresar, se frotó las manos, embadurnó la brocha y, cuando estaba a punto de pasarla por el lienzo, le pedí que se detuviera. No estaba preparado para un golpe tan brutal. Cubrí la pintura y pasé un mes infernal sin saber qué hacer, hasta esta mañana en que decidí llamarlo. Ya atestiguó usted el resultado.

Don Fernando bajó la mirada y dejó caer los hombros. De pronto parecía un anciano acabado.

—¿Quién le vendió la pintura?

—El mismo que intentó matarlo a usted, detective Diosdado.

—¡Tonatiuh de Pocasangre! —pronunció Damián.

Recordó cuando Tonatiuh lo empujó desde una terraza al intentar quitarle la valiosa moneda que había recuperado para un cliente. Desde entonces, el galerista estaba prófugo.

—¡Jamás se habían burlado de mí de esta manera! —soltó don Fernando, indignado, aunque pronto recobró la compostura—. En un punto, pensé que no podría seguir adelante. ¿Qué debía hacer? ¿Demandar a Tonatiuh y convertirme en el hazmerreír? ¿Resumir toda mi trayectoria a un error y ser recordado como el tonto al que le vendieron una falsa Frida? ¿Fingir que nunca pasó nada? Decidí transformar mi decepción en sed de justicia. Por eso pensé en usted. Ahora su misión es atrapar a ese estafador y brindarme la paz que requiero para seguir con mi vida.

—No será fácil —admitió Damián—. Tonatiuh conoce todas las artimañas para quedar impune. Aunque lo demandé por lo que me hizo, sus abogados consiguieron que un juez resolviera que él no me lanzó de esa terraza, sino que intentaba ayudarme. Como no hay delito que perseguir, no tardará en reaparecer.

—Pues ya lo hizo —afirmó don Fernando—. Anunció dos subastas de arte, antigüedades y curiosidades mexicanas. Por eso usted deberá volar esta misma noche para enfrentarlo, antes de que vuelva a desaparecer.

—¿Volar? ¿A dónde?

—A París, por supuesto. Dentro de dos días será la primera venta en la Casa de Subastas Limantour.

—¿A París? ¿Francia? ¿E... esta noche? —titubeó Damián.

—Claro. ¿Tiene algún problema para viajar?

—No, ninguno.

—Bien. A partir de ahora tendremos una prisa tremenda. Como hay siete horas de diferencia, usted llegará mañana por la tarde, más bien por la noche, porque en invierno oscurece temprano. Deberá ir a la casa de Marion Charney, mi amiga restauradora. Ella ha ideado un plan para acorralar a Tonatiuh y hacerlo confesar quién es el artista capaz de pintar igual que Frida Kahlo. Tiene cinco días para cumplir su misión.

—¿Cómo piensa acorralar a Tonatiuh?

—Señor Diosdado, es un secreto a voces que De Pocasangre trafica arte, pero no se le ha podido demostrar. Le aseguro que llegará a Francia con piezas falsas o de dudosa procedencia, así que usted deberá comprobarlo. Échele encima a la Interpol y descubra quién pinta los cuadros falsos de *La mesa herida*.

—Haré lo posible, aunque dudo que Tonatiuh nos revele quién es el falsificador. Para atraparlo, necesitaré buscar a alguien capaz de pintar como Frida Kahlo.

—Lo dejo en sus manos. Sólo le pido que no mencione mi nombre. No quiero escándalos ni a reporteros preguntando tonterías. Le daré un adelanto para los viáticos y su boleto estará esperándolo en el mostrador de la aerolínea.

Después de arreglar los pormenores, don Fernando condujo a Damián a la puerta.

—Una cosa más, detective Diosdado. ¿Ha visto alguna obra de Frida Kahlo?

—Bueno... es difícil pasar un día sin ver a Frida en algún lado.

—No me refiero a las miles de chucherías que venden con su imagen. Hablo de estar frente a uno de sus cuadros originales. ¿Conoce la Casa Azul? ¿Ha ido al estudio de Altavista donde ella vivió con Diego Rivera? ¿Ha visto sus obras expuestas en el Museo de Arte Moderno y en el Dolores Olmedo, en Xochimilco?

—He intentado entrar a la Casa Azul, pero siempre hay filas interminables —confesó Damián.

—Use las horas que le quedan en esta ciudad para ver al menos una pintura auténtica de Frida; después corra a hacer su maleta y llegue dos horas antes de su vuelo al aeropuerto para que lo aborde a tiempo.

—Así lo haré.

—Le deseo un buen viaje. Yo lo acompañaría, pero en estos días Francia es un país frío y melancólico. “París se despierta en el mes de abril”, como dice la canción. Cúbrase bien y no espere ver jacarandas en flor.

Algunas noches Damián recorría París gracias a un sueño recurrente, que comenzaba en algún lugar de la Ciudad de México de aspecto afrancesado —por ejemplo, frente a la mansión abandonada que está sobre la avenida Álvaro Obregón—. Soñaba que al cruzar una puerta se teletransportaba a un bulevar parisiense. Quizá esas ensoñaciones tenían que ver con su papá, Lázaro Diosdado, a quien habían contratado para resolver un caso en Europa y que llevaba un par de años por esas tierras sin dar mayor noticia que alguna postal esporádica. Ya había desaparecido antes, pero no por tanto tiempo. A veces se perdía semanas para seguir pistas en lugares tan improbables como Anenecuilco o Albuquerque. Su actitud despreocupada empeoró cuando murió María Moctezuma —su esposa y la madre de Damián— en un accidente aéreo. Lázaro Diosdado pasaba varios días a la semana fuera de casa y comenzó a tener un comportamiento errático. No era mala persona, pero estaba deprimido, sin rumbo, y acaso creía que era mejor alejarse de su hijo para no preocuparlo con sus problemas.

Sin embargo, ése no era el momento de transitar por los caminos de la nostalgia. Damián agitó la cabeza para sacudirse los recuerdos. Caminaba con rumbo al Museo de Arte Moderno, en el Bosque de Chapultepec; atravesaba el puente ancho adornado con macetas que pasa por encima de los carriles del Circuito Interior. Dentro de unas horas atravesaría un puente sobre el río Sena y contemplaría su torrente de agua, diferente del caudal de vehículos que circulaban en ese momento por debajo. Siguió por un sendero rodeado de jacarandas moradas y entró al museo.

*Las dos Fridas* recibía a los visitantes en la sala principal. Damián no lo había visto en persona y le sorprendió su tamaño: casi dos metros por lado. De colores brillantes, debía de recibir un mantenimiento de primera. En ese momento, llegó un grupo de turistas extranjeros. Después de tomarse fotos frente a la pintura, se acercaron a la vigilante que cuidaba la sala y le preguntaron —en un español difícil de entender— si había más pinturas de Frida. Ella les explicó que no, que los otros cuadros estaban de gira por Rusia. Los turistas se decepcionaron y siguieron recorriendo el museo.

Damián volvió a acercarse a la pintura y contempló las nubes grises y negras que ocupan las dos terceras partes del fondo: un cielo que anuncia tormenta. Se fijó en la primera Frida, que lleva un vestido blanco a la usanza europea, decorado con olanes y finos bordados bien detallados. Su mano derecha sostiene unas pinzas médicas, las cuales oprimen una arteria que sale de su corazón abierto; de aquélla brota un chorrito de sangre cuyas gotas se confunden con las flores rojas del vestido. Su otra mano toma la de la segunda Frida, de tez más morena, quien luce un colorido vestido mexicano de tehuana, cuya tela cae con más libertad y revela la forma de sus piernas y un vientre más abultado. Esta Frida sostiene en la otra mano el retrato de un niño parecido a Diego Rivera, con quien estuvo casada en dos ocasiones. Los dos corazones de las Fridas están

conectados por una larga arteria. Ambas miran al espectador.

Pintadas en tamaño natural, parecían estar a punto de levantarse y salirse del cuadro, lo cual las hacía más inquietantes. Damián rememoró el miedo que, de niño, le provocaban las esculturas de mártires atormentados que adornaban algunas de las más antiguas iglesias del Centro. Se preguntó qué habrían sentido los primeros espectadores de ese cuadro. ¿Habrían imaginado que los sueños y pesadillas de aquella joven pintora tendrían tanto éxito en el futuro? Seguramente no. Se acercó a observar el trazo del pincel: un placer que sólo se disfruta al ver una pintura en directo. Sonó una alarma y la vigilante le llamó la atención.

—Sin pasarse, por favor —señaló una línea negra en el piso.

—Disculpe, no me di cuenta —repuso Damián.

—Es que ese cuadro vale millones y mi trabajo es cuidarlo.

—Por supuesto.

—No va a creerlo —añadió la vigilante—, pero cuando Frida lo vendió al museo, sólo le pagaron cuatro mil pesos por la pintura y treinta y seis por el marco.

—Y ahora debe ser la obra más valiosa del museo.

—Yo diría que de todos los museos mexicanos. Mire, hace poco subastaron un cuadro suyo así de pequeñito —dijo la vigilante, extendiendo sus dedos pulgar e índice— y se vendió en ocho millones de dólares. Ahora imagínese éste, que es el más grande.

—Usted parece saber mucho —le comentó Damián a su improvisada guía.

—Es que me paso el día aquí. Aprendo aunque no quiera.

—¿Conoce por casualidad un cuadro llamado *La mesa herida*?

—Sí, la pintura perdida. Le recomiendo que vaya a la biblioteca del museo; pregúntele al encargado. Una vez me mostró algo.

Damián agradeció la información y siguió el consejo; cualquier detalle era importante. Como decía su abuelo Leopoldo: “Hay que saber todo lo que puedas sobre lo que buscas”.

Encontró la biblioteca en un entresuelo; un lugar tranquilo, con una hermosa vista al bosque. Se acercó al mostrador y le pidió información sobre *La mesa herida* al bibliotecario, un joven ojoso, de cabello rizado.

—¿Es para una tarea?

—Sí —contestó Damián para no dar mayores explicaciones.

Recibió una carpeta con recortes de prensa y documentos del año 1940, que llevó a una mesa y abrió en la primera página:

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DEL SURREALISMO  
ENERO DE 1940

Organizadores: André Breton, Wolfgang Paalen y César Moro

APARICIÓN DE LA GRAN ESFINGE NOCTURNA.  
Relojes videntes. Perfume de la quinta dimensión.  
Marcos Radiactivos. Invitaciones quemadas.

Damián pensó que le habría encantado saber qué era eso de las esfinges, los relojes, los perfumes y los marcos radiactivos. Sonaba divertido. El catálogo comenzaba con una lista de los artistas por orden alfabético:

ARP, Hans



Obra 1: *Punto y coma*. Relieve en madera.  
Obra 2: *Ciervo*. Dibujo...

Figuraban el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, el pintor Giorgio de Chirico y el irreverente Marcel Duchamp. Adelantó páginas hasta encontrar lo que buscaba:

KAHLO, Frida  
Obra 44: *Las dos Fridas*. Pintura (1939)  
Obra 45: *La mesa herida*. Pintura (1940)

Las dos páginas siguientes mostraban un *collage* de las obras expuestas y ahí estaba *La mesa herida*. Era una foto pequeña, tomada de lado y que perdía foco en la figura de la Frida pintada. Se apreciaba su collar de cuentas redondas, distinto del collar de espinas que había visto en la falsificación. Tomó una foto de la página con su celular y echó un vistazo a la última frase del catálogo:

ACTOS SURREALISTAS:  
CADÁVERES EXQUISITOS Y ANAGRAMAS

El cadáver exquisito es un juego en que cada participante escribe el verso de un poema en una hoja doblada y al final se junta todo lo escrito y se lee. Los anagramas son juegos de palabras en los que a partir de las letras de un nombre o una frase se forman nuevas combinaciones. Por ejemplo, André Breton convirtió el nombre de Salvador Dalí en Avida Dollars, para criticar el gusto de este pintor por el dinero. Las siguientes páginas de la carpeta contenían otros temas. La última de ellas tenía un recorte de periódico con un reportaje sobre Frida Kahlo, que incluía su foto sentada frente a *La mesa herida*. En esa imagen, la Frida pintada no traía collar, mientras que la Frida real usaba uno de cuentas redondas, como el que tenía pintado en la primera foto.

—¿Son las únicas fotos que hay de *La mesa herida*? —preguntó Damián al encargado.

—Así es y, que yo sepa, son las únicas que existen de esa pintura.

—Me llama la atención que, en la primera foto, la Frida pintada trae un collar, y en la segunda ya no lo tiene —comentó Damián.

—Es cierto —comprobó el bibliotecario—. Tal vez añadió el collar.

—No lo creo; la primera foto tiene una fecha anterior.

—En ese caso, Frida borró el collar del cuadro. A veces a los pintores no les gusta algo y lo cambian. Dicen que una vez vino aquí Leonora Carrington a corregir una de sus pinturas que llegó con pinceles y todo, dispuesta a trabajar. Quizá sea mentira.

—¿El museo permite que vengan a hacer copias de las pinturas?

—Sí, con un permiso especial. A veces llegan copistas autorizados que trabajan para los museos de reproducciones de Frida.

—¿Cómo?

—Frida Kahlo tiene museos en varias partes del mundo. El más completo se ubica en Alemania. Tiene copias autorizadas de todos sus cuadros, incluido *La mesa herida*. Y hay otro con copias de sus obras más famosas en Playa del Carmen.

—¿Y se podrá contactar a los pintores que hicieron las copias?

—No lo creo: son una especie de pintores fantasmas y permanecen en el anonimato.

Damián se despidió del bibliotecario y se detuvo en la planta baja del museo, atraído por el aroma del café. Pidió su preferido, un *espresso* doble cortado. Mientras esperaba su taza, buscó

las fotos que había tomado. No se distinguían todos los detalles de *La mesa herida*, las imágenes tenían poca resolución y estaban en blanco y negro. Pintar una copia a partir de esas fotos implicaba mucho trabajo, imaginación y conocimiento de la obra de Frida. Tal vez el autor era alguien que había visto la pintura original.

Su café estuvo listo. Mientras lo bebía, siguió mirando las fotos de su teléfono y se encontró una imagen de Ángela, su exnovia. Ella lo abrazaba frente a un espejo y ambos sonreían. Hacía un mes que no la veía ni escuchaba. Le había dicho que no estaba preparada para tener una relación tan profunda con alguien y lo había cortado. Quizá tuviera razón; tampoco era buena idea para él ir tan rápido con su primera novia. Tras darle vueltas al asunto, decidieron no buscarse durante un año, para pensar mejor las cosas. A Damián lo ponía triste recordar el último día que la vio, cuando se despidieron dándose la mano, como dos socios que cierran un trato. Sentía ganas de tenerla enfrente y de contarle sobre su viaje. La imaginó tomando una taza de café americano bien cargado, que tanto le gustaba. Buscó su número en la agenda del teléfono y contempló su nombre. Bastaba presionar la pantalla con el dedo para escucharla. Apagó el celular, lo guardó con un movimiento brusco, dio un último trago a su café y se internó entre los árboles en dirección a Reforma, la elegante avenida que algunos comparan con los Campos Elíseos de París.

## EL PINTOR FANTASMA

La Galería de Pocasangre se ubicaba en la calle de Tacuba, a un costado del Museo Nacional de Arte. Permanecía cerrada desde que Tonatiuh escapó. Unos empleados retiraban el letrero de la fachada; se notaba movimiento en el lugar y Damián se asomó a través de los cristales. Dentro había gente trabajando; estaban poniendo pisos, montando lámparas y renovando por completo el interior. Cuando Damián entró, nadie reparó en su presencia. Había un pintor sentado sobre un taburete; retocaba un mural que reunía las obras más conocidas de Frida Kahlo: autorretratos, su imagen con la columna rota y su rostro con Diego Rivera en la frente. Era un hombre joven, delgado, de cabello largo recogido con una liga, bigote y piocha como la del pintor Diego Velázquez.

—Te quedó bien ese mural —dijo Damián—. ¿Lo pintaste solo?

—¿Nos conocemos para que me tutees?

—No. Disculpe, maestro —respondió Damián—. Es que su trabajo me impresionó.

El pintor miró con desdén a ese extraño que osaba interrumpirlo:

—Estoy ocupado.

—Ya me voy, pero antes déjeme decirle que se nota que usted es de los pocos artistas capaces de reproducir la obra de Frida Kahlo a la perfección.

El pintor afirmó con la cabeza y suavizó su gesto, complacido por el halago. Damián se sintió como el zorro de la fábula, que adula al cuervo vanidoso para hacerlo abrir el pico y que le suelte la información.

—La verdad es que no cualquiera logra copiar las proporciones y el estilo de Frida como yo —comentó el pintor sin falsa modestia.

—Estoy seguro de ello. Apuesto a que podría copiar cualquiera de sus cuadros a la perfección.

—Digamos que soy capaz de hacerlo, pero... tú sabes, me metería en problemas. Si hago un cuadro de Frida me quedaría tan bien que podrían tomarlo por auténtico.

—Claro. Me imagino que se requiere autorización para copiar un cuadro de Frida.

—Exactamente. Yo he copiado unos cuantos, y con excelentes resultados.

—No lo dudo. ¿Por casualidad copió un cuadro llamado *La mesa herida*?

—¿Por qué la pregunta? ¿Quién eres?

Damián sacó una de sus tarjetas y se la entregó.

—No te distraigas, Édgar. Debes terminar hoy —gritó una mujer con un fuerte acento extranjero.

Damián volteó y se encontró con Emmeline, la novia y socia de Tonatiuh, una ambiciosa joven suiza que había conocido mientras buscaba la moneda de la muerte para su cliente anterior.

—*Bonjour* —la saludó Damián.

—No vengas a practicar tu francés conmigo. ¿Qué buscas aquí? —respondió Emmeline y apretó los dientes con fuerza.

—Busco a Tonatiuh.

—No te diré dónde encontrarlo; sólo que está lejos, donde no podrás molestarlo.

—Entonces ya se encuentra en París. ¿Se llevó las cosas de la galería para la subasta?

—Lárgate de aquí —contestó Emmeline; luego se acercó al pintor—: Édgar, ¿tú le contaste algo sobre la subasta?

—No le dije nada. Me preguntó si había hecho una copia de *La mesa herida* y me dio esto.

Emmeline tomó la tarjeta de Damián, resopló y se mesó su muy corto cabello rubio. Negó, preocupada.

—De ahora en adelante, no platiques sobre esto con nadie que no *soy yo*.

—Se dice “que no sea yo”; necesitas estudiar el subjuntivo —la corrigió Damián.

—¿Sigues aquí? —preguntó Emmeline—. *Casse-toi, tu m'emmerdes!* —gritó con furia y señaló la salida.

Dicen que los insultos sólo funcionan si uno los dice o los escucha en su propia lengua. Damián no entendió muy bien lo que Emmeline dijo, pero intuía el sentido y no necesitaba la traducción exacta para saber que debía irse de ahí. Se quedó afuera de la galería, viendo a unos empleados que estaban por colocar un letrero envuelto en plástico.

El sol caía a plomo, así que Damián movió la cabeza buscando un lugar con sombra. Carlos IV, el antiguo rey de la Nueva España, le mostró un buen lugar para refugiarse. La escultura ecuestre, conocida como *El Caballito*, apunta al Palacio de Minería, así que Damián se metió a su vestíbulo. Observó los aerolitos exhibidos: enormes trozos de metal que cayeron del espacio.

Se acordó del miedo que sintió al caer de aquella terraza cuando Tonatiuh de Pocasangre lo empujó. Ahora de nuevo debía enfrentar a aquel tipo. Rememoró su aspecto, musculoso, el brazo derecho tatuado con temas españoles: escudos heráldicos, la cruz de San Andrés, un conquistador en armadura y la Virgen de la Macarena. En el brazo izquierdo tenía tatuajes de glifos prehispánicos, el calendario azteca, un guerrero águila y a la diosa Coatlicue. Tonatiuh solía usar camisas ajustadas y desabotonadas para dejar a la vista su tatuaje del pecho, una réplica de *La fusión de dos culturas*, pintura de Jorge González Camarena, en la que un guerrero mexicana y un conquistador español se dan muerte. A De Pocasangre le fascinaba la fusión entre las principales culturas de México, y eso no estaba mal. A Damián también le gustaba pensar que los mexicanos descenden de culturas vigorosas, milenarias, aunque a veces difíciles de conciliar. El problema con Tonatiuh era que traficaba con ese pasado: compraba arte robado y sacaba antigüedades del país de forma ilegal sin que alguien pudiera detenerlo. Era un poderoso estafador, relacionado con políticos y personajes importantes; también era muy conocido en las revistas de sociales, donde solía aparecer ostentando un estilo de vida lujoso.

Damián se asomó desde las sombras del Palacio de Minería y notó que ya estaban colocando el nuevo letrero. Decía: “LA TERCERA FRIDA, GALERÍA”. Si ya había restaurantes, hoteles, papelerías, *boutiques* y todo tipo de negocios que se llevaban el nombre de Frida, ¿por qué no una galería? La imaginó llena de objetos alusivos a la artista: pinturas inspiradas en su imagen, mascaradas de seda con reproducciones de sus obras, mercadería oficial... Se ubicaba en un destacado lugar turístico, y sin duda tendría éxito.

Caminó una cuadra para llegar a Los Callejeros, un local en 5 de Mayo con una barra de tacos de guisado y agua de frutas. Le dio miedo pedir algo que le cayera pesado antes del viaje y se

limitó a dos tacos de arroz con huevo duro, aguacate, poca salsa y un agua de limón. El viaje sería corto y no extrañaría la comida mexicana; además, de seguro en Francia probaría cosas deliciosas: por algo ese país tenía la fama de estar en la cima de la gastronomía.

Ya se acercaba el tiempo de empacar. Se dirigió a Motolinia. Hacía poco habían renovado aquella angosta calle peatonal y tenía pisos nuevos, macetones, señalamientos y más gente que nunca. Los negocios antiguos desaparecían: la tienda de monedas y billetes había cerrado y ahora era una franquicia de comida rápida; el viejo Hotel Revillagigedo esperaba su remodelación. La Casa del Pavo, con sus más de cien años, y su vecina, la lonchería La Rambla, apenas sobrevivían.

Entró al edificio de cantera donde estaba el despacho que también ocupaba para vivir. Ser detective de tesoros no aseguraba una paga regular, así que no podía darse el lujo de rentar, además, un departamento. Subió los cuatro pisos en el viejo elevador de puertas metálicas, llegó al despacho 407 y abrió los tres cerrojos. El interior era una especie de minimuseo hecho con lo que su abuelo, su padre y él mismo habían recolectado al buscar tesoros. Entre otras cosas, había un grabado original de José Guadalupe Posada y una vitrina que resguardaba curiosidades, como un sello usado por el general Morelos, banderas de la Revolución y unas figuritas de barro misteriosas, de origen desconocido.

Damián colgó su saco en el perchero y sacó algunas prendas de ropa de un estante oculto detrás de un viejo mapa. Entró al despacho principal, un salón amplio y bien iluminado por ventanales que daban a la calle y un tragaluz en el techo. Rodeó el escritorio, en otro tiempo propiedad de un virrey, e hizo a un lado un biombo que ocultaba estantes y un pequeño lavabo.

Sacó una mochila y la llenó con lo fundamental para pasar pocos días fuera: ropa interior, calcetines, pantalones de pana, dos camisas, un suéter, cepillo de dientes. Al guardar todo deprisa sintió como si estuviera escapando. No tenía ropa adecuada para el invierno europeo. Lo único que encontró fue un abrigo que su papá había comprado años atrás en Chiconcuac. Era de lana blanca, decorado con grecas grises, cuello abierto, y se cerraba con unos botones largos de madera y un cinturón como el de las batas de baño. Se lo puso y se vio al espejo. Además de que le quedaba grande, parecía el vocalista de un grupo folclórico. Había que sumar que olía a Agua de Colonia Sanborns, la fragancia que su papá solía usar. Ni modo: era eso o morir de pulmonía. Ya se compraría un abrigo por allá y dejaría esa reliquia en la basura.

Sacó su pasaporte; temía que estuviera expirado. Vivió segundos de pavor buscando la fecha y, cuando vio que le quedaban cuatro meses de vigencia, respiró aliviado. Su última salida del país había ocurrido hacía cinco años, cuando acompañó a su mamá a revisar la mayor colección de arte prehispánico en Estados Unidos: dos mil piezas destinadas al Museo Mexicano de San Francisco. Daban todos los objetos por buenos, porque provenían de colecciones prestigiosas; sin embargo, María Moctezuma, experta en arte pre-hispánico, se lo tomó con calma y así comprobó que sólo ochenta de las dos mil piezas eran originales. Tras ese escándalo, ordenaron destruir las falsas. *Cenca ticuahcualli*, “eras la mejor”, dijo Damián a su mamá en náhuatl, la lengua que ella le había enseñado. Lo menos que podía hacer para honrar su memoria era ejecutar bien su trabajo: atrapar a Tonatiuh y dar con el falsificador de *La mesa herida*.

Se le ocurrió que sería buena idea echar un vistazo al archivero del abuelo. Buscó deprisa la letra *K* y encontró un fôlder que decía: KAHLO, FRIDA. Dentro había una hoja de papel delgado, casi transparente. Estaba membretada con el escudo rojo de la extinta Unión Soviética y era casi ilegible. Sacó su celular y le tomó una foto. Al ajustar el contraste, aparecieron las letras. Estaba

escrito en ruso, en alfabeto cirílico. Damián reconoció el nombre de la pintora en la primera frase: Фрида Кало. ¿Por qué estaría esa carta en el archivo? Ya lo averiguaría.

Como el abrigo no cabía en su mochila, se lo puso. Luego echó un vistazo a su despacho y acomodó un cuadro de Remedios Varo que su abuelo le había comprado directamente a la pintora. ¡Si hubiera adquirido también uno de Frida! Antes de salir a la calle, revisó su buzón; entre las cuentas por pagar había un sobre. Lo abrió y encontró la foto de un antiguo letrero de calle grabado en piedra, que decía: “RUE PISSE-TRUIE”. Detrás estaba escrito: “Para que te diviertas traduciéndolo. Atentamente: Osado D. Dolariza”. Ese nombre era un anagrama formado con las letras de Lázaro Diosdado. Su papá solía mandarle fotos y postales desde distintas ciudades europeas. Era su manera de decirle: “Sigo vivo”. Damián habría preferido que le contara donde andaba, a qué se dedicaba y si pensaba regresar algún día. Ni siquiera podía responderle para contarle sus cosas.

Al abrir la puerta de la calle, una persona cayó en el interior de la casa con todo su peso y golpeó el suelo de forma estrepitosa. Era un muchacho moreno, fuerte, de camisa blanca y sombrero de palma. Damián le extendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Ten cuidado. No te apoyes en las puertas.

—*¡Titatapahcuitlapol!* —gritó el muchacho y Damián se molestó; eso sí lo había entendido: era un insulto en náhuatl que puede traducirse como: “¡Eres una gran mierda harapienta!”.

—*Inon tonyez*, “tú lo serás” —respondió Damián; el muchacho se fue con aire indignado—. *Quennel* —expresó Damián y levantó los hombros; ni modo.

Caminó a la esquina de 16 de Septiembre y buscó un taxi. Le quedaba una hora exacta para llegar al aeropuerto y el tráfico era traicionero. Podría estar allí en veinte minutos o quedarse atorado durante horas y perder el vuelo. Los taxis iban llenos o no le hacían la parada. Damián comenzó a sudar porque traía el abrigo puesto. Vio que un taxi dejaba a una persona y corrió a alcanzarlo.

—¿Está libre? —preguntó por la ventanilla.

—¿Vas a la cima del Iztaccíhuatl? —preguntó el taxista al verlo vestido así.

—No, voy al aeropuerto.

—Súbete.

El muchacho moreno de sombrero de palma estaba junto a la banqueta y lo veía sin ningún pudor; parecía querer decirle algo. El taxi arrancó.

## ADIÓS, JACARANDAS

Mientras el taxi de Damián sorteaba el tráfico citadino, el pintor Édgar López descendía por el elevador al tercer nivel del estacionamiento construido bajo la explanada de Bellas Artes. Caminó hacia su Chevy amarillo, que había dejado ahí esa mañana. Quedaban pocos vehículos. Abrió la cajuela, donde metió un maletín; se quitó la bata y la dobló; después se cambió la camisa. De pronto, un carro negro bajó por la rampa; al pintor le pareció extraño que buscara estacionamiento en ese nivel, pues sin duda había mejores lugares arriba. Cerró la cajuela, tomó su lugar frente al volante y se miró en el espejo por vanidad. Decidió que antes de llegar a casa pasaría a recortarse el bigote y la barba. Encendió el motor y acomodó su asiento. Por fin había terminado ese mural con obras de Frida. Palpó su bolsillo derecho, donde traía su paga por aquel trabajo.

Por el retrovisor vio que el carro negro le obstaculizaba el paso. Sintió temor. Era un Tsuru con los vidrios polarizados, y quizá estaba ahí para asaltarlo. Se reprochó por haberse tardado tanto en salir. Se apresuró a quitar el freno de mano y puso la reversa para que las luces traseras indicaran que iba a salir. El conductor del carro negro bajó; llevaba una sudadera con la capucha puesta. Édgar sintió un golpe de adrenalina, pero enseguida dejó de preocuparse. Era alguien conocido. Puso la marcha en neutro y giró la palanca para bajar la ventanilla. No pudo decir nada porque recibió una bala silenciosa entre los ojos que lo impulsó hacia atrás. Su cuerpo quedó apoyado en el asiento. El asesino se acercó, colocó una tarjeta en el bolsillo de su camisa, volvió a su carro y se fue.

El vigilante de las cámaras vio a una persona alta bajando de un Tsuru negro y pensó que pedía indicaciones para salir del estacionamiento. Cuando notó que el Chevy amarillo no se movía y que permanecía con las luces encendidas, mandó a un guardia. Éste le comunicó que había un hombre asesinado. Antes de llamar a la policía, notificó al reportero del periódico de nota roja *El Muy Gráfico*, que solía pasar por ahí para recordar que daba buena propina si le reportaban algo sangriento.

Damián sacó un billete para pagar su dejada en el aeropuerto. Era de quinientos pesos, de los que traen a Frida Kahlo en el reverso.

—¿Es falso? —preguntó el taxista.

—No, es de los buenos. Estaba viendo el collar que trae Frida: parece hecho de madera y hueso —dijo y entregó el billete.

—Ah... de todos modos voy a verificarlo, joven. Andan bien duras las falsificaciones.

El taxista palpó el billete para sentir su textura; lo miró a contraluz para buscar la marca de agua y sacó de su guantera un plumón detector de billetes falsos, con el que le hizo dos rayas que desaparecieron de inmediato.

—¿Certifica su autenticidad? —preguntó Damián.

—No hay duda: es un Frida original —confirmó el taxista y le dio el cambio.

Damián recogió su boleto en el mostrador, pasó los controles y cambió por euros el dinero que don Fernando le había dado. Le entregaron billetes que vio con curiosidad y los puso en su cartera junto a sus dos centavos, una vieja moneda de cobre que siempre llevaba consigo y que consideraba de buena suerte. Halló la sala de abordaje y se sentó frente a la ventana para observar la aeronave de dos pisos a la que subiría. Sólo esperaba el anuncio del vuelo por el altavoz. Un pasajero se sentó a su lado. Aparentaba más de setenta años; tenía cabello rubio muy fino y los ojos grises aumentados por sus lentes bifocales. Damián pensó que era una buena oportunidad para practicar su francés y musitó un tímido *bonjour*.

—¿De vacaciones a Francia? —dijo el anciano en español.

—No, voy por trabajo. ¿Y usted?

—Regreso a mi país. Paso los inviernos aquí. Soy como un ave migratoria que escapa del frío —añadió, sonriendo.

—Con razón habla perfecto el idioma, y con acento mexicano.

—Fui maestro de español. Ahora estoy jubilado, pero siempre me ha gustado tu país. Dirijo una asociación dedicada a México. Ten mi tarjeta.

Damián la leyó:

CLUB DU MEXIQUE  
*Association pour la promotion de la culture mexicaine en France*  
Daniel Barda  
Directeur  
8 rue du Griffon  
69001, Lyon, France

Así que existía un club dedicado a México en un lugar llamado calle del Grifo número 8. Le gustó esa dirección: sonaba a algo antiguo y fantástico. Los grifos eran criaturas mitológicas, mezcla de águila y león.

—En el Club de México organizamos exhibiciones, degustaciones, ciclos de cine, conferencias... y tenemos una pequeña biblioteca; la pasamos bien —añadió Daniel Barda.

—Qué bueno que exista algo así —comentó Damián y le entregó una de sus tarjetas.

—¿Trabajas en una agencia de detectives de tesoros? Interesante. Cuéntame sobre algo que hayan encontrado.

—Déjeme pensar... una vez mi abuelo fue contratado para recuperar una colección de libros. Eran tomos incunables de una biblioteca michoacana saqueada durante la Guerra Cristera. Rastreó libro por libro entre quienes los habían comprado y encontró casi todos, excepto uno. Veinte años después, cuando paseaba por un mercadillo, encontró el volumen faltante: un vendedor lo ofrecía en el suelo; así que lo compró y se lo mandó a su cliente. La colección quedó completa.

—En las guerras se pierden muchas cosas, pero a veces se recuperan. ¿Me permites contarte mi historia? Seré breve.

—Sí, cuénteme.

—Mis padres eran profesores de arquitectura y, como a miles de judíos franceses, los detuvieron durante la ocupación alemana. Los llevaron a la cárcel de Montluc, que está en Lyon, y de ahí al campo de concentración de Auschwitz, en Polonia, donde ambos murieron. Yo tenía tres años y también me habrían llevado de no haber sido por los conserjes de mi edificio, que me



ocultaron hasta el final de la guerra y me criaron como a su hijo. Ellos se llamaban Claire y Antoine Mercier y fueron mis segundos padres.

—Qué personas tan generosas —comentó Damián.

—Mucho. Sin ellos mi fe en la humanidad estaría rota. Disculpa mis rodeos: siempre que cuento algo, cualquier cosa, comienzo por explicar de dónde vengo. La historia que deseo compartirte es la siguiente: los nazis regresaron a saquear nuestro departamento; se llevaron lo valioso y destruyeron lo demás. Me dejaron pocos recuerdos. Tengo una nieta llamada Hélène; el año pasado leyó una noticia peculiar: un alpinista había encontrado el cuerpo momificado de un hombre en los Alpes. Traía un tatuaje nazi y un reloj con mi nombre grabado, es decir, con el nombre de mi padre. Los expertos dedujeron que el cadáver era el de un oficial alemán destacado en Lyon durante la ocupación. Parece que intentó cruzar la frontera por las montañas y ahí se quedó, atrapado por la tormenta. Conservo una foto de mi padre usando el reloj, así que mi nieta contactó a las autoridades austriacas y logró que me lo devolvieran.

Daniel Barda agitó el brazo, para hacer sonar el mecanismo de cuerda de su reloj.

—¡Vaya historia! —exclamó Damián—. Gracias por contármela.

—Es hora de abordar. Fue un placer platicar contigo. Si un día pasas por Lyon, visita nuestro local.

—Espero ir algún día. Que tenga un buen viaje, señor Barda.

Damián llegó a su asiento. Guardó el abrigo de Chiconcuac en los compartimentos superiores. Le tocó sentarse junto a la ventanilla. El vuelo iba semivacío. A pocas personas les interesaba visitar Francia en fechas tan frías. Se abrochó el cinturón de seguridad. Los sobrecargos les dieron las instrucciones a seguir en caso de un aterrizaje de emergencia. La pantalla que tenía enfrente anunció que estaba prohibido usar celulares. Las luces se apagaron y el avión comenzó a moverse. Un sobrecargo pasó por los asientos para verificar que los pasajeros tuvieran puesto el cinturón y preguntar si habían puesto su teléfono en modo de vuelo. Damián sacó el suyo y entró una llamada. Era Ángela. La persona que deseaba escuchar. Así que contestó.

—¡Damián! ¿Dónde estás?

—En un avión; voy a París...

—No puede usar su teléfono —dijo la sobrecargo.

—No me digas que estás huyendo...

—¿Huyendo? ¿De qué?

—Guarde su teléfono.

—Te mencionan en las noticias...

—¿Qué noticias?

—Cuelgue su teléfono ahora mismo.

—Hay un hombre muerto y tu tarjeta estaba entre sus cosas...

—¡¿Qué?!

La sobrecargo le arrebató el aparato y lo apagó.

—Es contra la ley usar el teléfono durante el despegue. No vuelva a hacerlo.

Damián se hundió en su asiento. La emoción de escuchar a Ángela se había esfumado con la noticia que le había dado en esa breve llamada. ¿Quién sería el hombre muerto a quien le habían encontrado una tarjeta suya? Alguien quería frenar su búsqueda y relacionarlo con un crimen.

El avión dio un giro para posicionarse en la pista y el piloto dijo algo por las bocinas: *Cleared for takeoff runway zero-one*. Las turbinas aumentaron su potencia, la aeronave avanzó y la velocidad aumentó junto a la vibración. Damián sintió la opresión por la fuerza del despegue.

Experimentaba la inercia ante la potencia máxima que ejercían las turbinas al ascender. Atravesaron un banco de nubes, los motores dejaron de acelerar y el avión quedó sostenido por la fuerza de sustentación. Las quinientas toneladas del modelo Airbus 380 estaban suspendidas en el aire y los indicadores del uso de cinturón se apagaron.

Damián sintió un vacío en el estómago y una repentina ligereza corporal. Se quitó los zapatos y se cubrió con la frazada que dan a cada pasajero. Encendió la pantalla que estaba al frente y apareció el mapa del trayecto. De acuerdo con éste, saldrían al mar por el golfo de México; recorrerían las costas de Estados Unidos, de Canadá y del sur de Groenlandia; atravesarían el Atlántico Norte; pasarían por encima de Irlanda y parte de Inglaterra, para finalmente internarse en el norte de Francia con destino a París. Once horas de vuelo, poco más de nueve mil kilómetros.

Por la ventana sólo se veía la negra noche. Los relámpagos dejaron ver por un instante una cima nevada, quizá el Iztaccíhuatl. La vibración constante y el ruido de los motores, el bombeo del aire comprimido a tres mil metros de altitud y el cansancio hicieron que Damián cerrara los ojos. Mientras se quedaba dormido, su mente pasó de la preocupación por el asesinato de un desconocido a detalles del cuadro de *La mesa herida* y a la emoción de estar volando a Francia. Al cabecear, fijó la vista en un mapa que mostraba los Alpes, con sus montañas de color blanco. Recordó la historia del reloj rescatado en la nieve que le contó aquel anciano francés que terminaba su viaje en México.

Ahora era él quien comenzaba una travesía y, cuando aterrizaran, él sería el extranjero. Se quedó tan profundamente dormido que no despertó ni cuando sirvieron la cena.

*Paso del Brennero, frontera entre Austria e Italia,  
3 de diciembre de 1944*

El oficial alemán Karl Gurlitt fue testigo de la destrucción de los puentes de Lyon durante la retirada alemana. El primer día dinamitaron los cruces sobre el río Ródano. Comenzaron con el puente Pasteur —por donde pasaba el tren—, el cual quedó partido en dos y colapsado sobre la poderosa corriente de agua. Continuaron con el Gallieni, que voló por los aires casi por completo; luego con el de la Universidad, que perdió la parte central; tocó el turno al de la Guillotiere, el más viejo y construido con piedra sólida, por lo que tuvieron que conformarse con volarle un tramo. También dinamitaron el puente Wilson, el cual resistió íntegro, así que llevaron el cañón más grande que tenían para dañarlo. Destruyeron de igual manera el elegante puente Lafayette, la pasarela peatonal del College, así como los puentes Morand, Saint-Clair, de la Boucle y el Poincaré, que fueron reducidos a escombros. Al día siguiente acabaron con los puentes ubicados sobre el Saona, el otro gran afluente que atraviesa la ciudad y que se une con el Ródano a las afueras de Lyon.

Los alemanes comenzaron volando los dos viaductos ferroviarios de la Mulatiere; siguieron con la pasarela Kitchener, el paso d'Ainay, el puente Tilsitt... Catorce puentes más fueron destruidos. Dos quedaron en pie, gracias a que las cargas de dinamita de la pasarela de Saint Vincent y del puente del Hombre de la Roca habían sido saboteadas por la Resistencia. Al ejército alemán se le acabó el tiempo mientras los Aliados seguían su avance. Los invasores huyeron de una ciudad silenciosa, que los despidió con las puertas atrancadas y los postigos de las ventanas cerrados. Francia volvió a ser libre y los puentes comenzaron a reconstruirse en el acto.

Karl sabía que los lioneses jamás les perdonarían esa ofensa. El mundo entero no les perdonaría lo que habían hecho al invadir Europa y al masacrar a la población judía. No deseaba ser encarcelado y menos ejecutado. No había matado a nadie de forma directa, pero su nombre aparecía por todos lados en las requisiciones de propiedad y confiscación de bienes. Karl escapaba a bordo de una camioneta por una “línea de ratas”, como se conocía a las rutas por las que huían los mandos nazis para evitar ser capturados: caminos secundarios, senderos y cruces poco vigilados. Su chofer era un joven francés apodado Cyrano, debido a su gran nariz, que recordaba al personaje literario. Este camionero francés había colaborado con los alemanes transportando muebles robados. Con la guerra perdida, Cyrano se dedicaba a transportar a sus antiguos jefes hasta el puerto de Génova, en Italia, desde donde huían a Sudamérica por barco. Él también planeaba escapar.

Estacionaron la camioneta Citroën modelo tub en la que viajaban y se detuvieron en un parador

abandonado de montaña. Cyrano abrió la parte posterior para sacar una botella de agua, además de una hogaza de pan y unos binoculares que usó para divisar el valle donde se encontraba el paso fronterizo.

—Hay un pequeño ejército en el punto de revisión.

Karl le arrebató los binoculares y distinguió vehículos militares, un campamento y banderas aliadas.

—No puedo pasar por ahí.

Se quitó el abrigo y se arremangó la camisa para mostrar unas letras tatuadas en el interior de su codo izquierdo. Era su grupo sanguíneo; así lo tenían los oficiales de la SS y algunos mandos.

—*Zut alors!* —exclamó Cyrano—. Y encima te la tatuaron en tipografía germánica. Parecen gritar *Heil Hitler!* Pero cúbrete o te atraparé una pulmonía antes que ellos.

La actitud preocupada de Karl contrastaba con la del francés, que masticaba un trozo de pan duro y miraba de modo burlón a su compinche. Sin su uniforme, ese alemán diminuto le recordaba al profesor de su escuela en su pueblo natal, en las montañas de Alsacia.

—Cruzarás por el sendero que atraviesa el paso de montaña —le informó Cyrano con la boca llena y miró el cielo de color azul pálido, como una piedra de ópalo.

—¿Es un paso seguro? —preguntó Karl.

—¿Que si es seguro? Lo atraviesan los pastores con sus perros y las mujeres con sus bebés. ¡Mierda! ¿Preguntas si es seguro? *Tête de boche!*

La voz de Cyrano retumbó en las montañas. Karl conocía esa expresión, un juego de palabras entre un apellido que sonaba alemán y la palabra tronco. Si le hubiera dicho “cabeza de tronco” meses atrás, habría sido el primer hombre a quien habría matado, pero las circunstancias habían cambiado.

—Tienes un carácter tan horrible como tu nariz —contestó Karl, tratando de mantener la calma—. Vamos, dime por dónde ir.

Cuando Cyrano terminó de explicarle, Karl fue a la parte posterior de la camioneta. Ahí estaban todo su equipaje y su botín: cuadros envueltos en papel y atados entre sí con cuerdas. Abrió un veliz y sacó un suéter para ponérselo debajo de su abrigo. Cyrano señaló un cuadro acomodado entre la ropa.

—¿Qué diablos es eso?

—Es un dibujo. Se llama *Teotihuacan*. ¿Te interesa comprarlo?

Cyrano se fijó en esas líneas negras; le pareció el mapa de un tesoro.

—No está mal, pero primero quiero salir vivo de esto. Nos vemos del otro lado.

—Escúchame bien —le advirtió Karl antes de partir—. Cuida mis cosas. Inventa que te mudas al sur porque arrasaron tu pueblo. Traigo obras valiosas: si les pasa algo, revelaré qué clase de francés eres.

—¡No me amenes! —gritó Cyrano mientras Karl se alejaba sin hacerle caso—. Tan sólo soy un hombre práctico. De los que saben predecir el clima con mirar el cielo.

Tras media hora de caminata entre árboles enormes y sin hojas, Karl llegó a un mirador donde se agitaba una bandera italiana hecha jirones. Debía ir por buen camino; Cyrano le había indicado que llegaría ahí. Se alegró. No era tan malo para orientarse como pensaba. En el horizonte, nubes grises cubrían las cumbres alpinas y anunciaban tormenta. Debía darse prisa. Para ser invierno, no parecía un mal día; avanzó pegado a la montaña por un camino angosto por donde debía ir con cuidado. La idea era rodear y bajar la carretera en un punto alejado de la frontera. Cyrano lo

esperaría en el Albergo al Lupo, donde con suerte conseguirían algo de vino italiano antes de continuar camino a Génova.

Se detuvo. Estaba cansado. El sudor que escurría por su cuerpo comenzó a enfriarse. Una neblina que bajaba como una ola silenciosa lo atravesó. Siguió adelante. Extrañó las botas que usaba con su uniforme de oficial; las había abandonado. Ahora atravesaba los Alpes a pie con unos zapatos que dejaban pasar el frío y que le estaban provocando calambres. Era lo que había. La niebla ya era ventisca; tal vez había ascendido demasiado. Apretó el paso y los puños para desentumecer las manos. Comenzó a nevar. El camino ya debía comenzar a descender. Miró su reloj —en realidad, el del arquitecto Barda— y calculó que ya tendría que haber llegado. Cyrano se burlaría por su tardanza. Caminaba entre la nieve que cubría sus pies y, de vez en cuando, se hundía hasta las rodillas. Comenzó a temblar. Se detuvo porque le dolían las orejas y las manos. Dejó de sentir los pies. Se sacudió varias veces; tenía espasmos fuera de control. Era como si ese frío liberara por fin toda la tensión acumulada en sus músculos. Se puso en cuclillas. Qué idiota había sido.

Imaginó a Cyrano conduciendo por Italia con su equipaje, hurgando entre sus cosas, como él había hecho en los departamentos vacíos de las familias detenidas. Se sentó con la cabeza entre las piernas. Ya no escuchaba el viento; estaba cubierto por la nieve. El reloj emitía su tictac. Lo último que pasó por su mente, antes de perder el conocimiento, fue el cielo de los Alpes, con ese extraño color azul, como una joya de ópalo.

Mientras esperaba su mochila en la banda transportadora, Damián revisó el sello que el agente aduanal había estampado en su pasaporte. Era una letra *F* de Francia en medio de las estrellas de la Unión Europea y las siglas CDG del aeropuerto Charles de Gaulle. La terminal aérea de París llevaba el nombre del general que dirigió la Resistencia francesa en la Segunda Guerra Mundial. A Damián le gustaba fijarse en esos detalles y Ángela solía decirle que tenía la cabeza llena de datos inútiles. Eran las diez de la mañana en México y las cinco de la tarde allí. Ajustó su reloj al tiempo local, compró un chip para usar su teléfono y buscó la noticia del asesinato del día anterior. La halló como portada del periódico *El Muy Gráfico*. El muerto era Édgar López, el pintor con quien había conversado. Le habían disparado en su vehículo, en el tercer nivel del estacionamiento subterráneo del Palacio de Bellas Artes. El encabezado decía “MALAS ARTES” y mostraba, sin ningún respeto, a la víctima. Damián llamó a un amigo que tenía en la policía capitalina, el veterano agente Ramón Ballesteros.

—¿Tú le diste esa tarjeta? —preguntó de inmediato el agente.

—Sí, lo conocí ayer. Pintaba un mural en La Tercera Frida, una nueva galería que van a abrir en Tacuba, donde antes estaba la Galería de Pocasangre.

—Si no vienes a declarar, te buscarán pronto.

—Estaré de regreso en una semana.

—Hablaré con algunas personas. Les contaré que estabas subiéndote a un avión cuando ocurrió todo. Apúrate a resolver tu caso y cuídate de Tonatiuh de Chupasangre.

Damián también marcó el número de Ángela, pero no contestó.

Siguió las indicaciones para llegar a la estación de tren que está dentro del aeropuerto y observó la variedad humana. Rostros de todos los tonos, de los muy claros a los muy oscuros. Gente altísima; otra no tanto; narices largas, chatas, respingadas, aguileñas o con formas que jamás había visto. Cabellos rizados, pelirrojos, rubios, cortos, lacios. Escuchó idiomas que no reconoció. Compró su boleto en una máquina automática y bajó al andén. El frío le calaba las mejillas y las manos. La gente iba bien cubierta, con abrigos, bufandas, guantes y gorros. Él debía conformarse con apretar el cinturón de su abrigo chiconcuauense, subirse el cuello y frotarse las manos. Bajo la mirada de otros, él mismo debía ser uno de los recién llegados más exóticos.

Media hora después arribó a la estación Châtelet-Les Halles, donde vio por primera vez una calle de París. No olía muy bien. Estaba en una salida oculta y perfecta para que alguien se metiera a orinar; la peste delataba que así pasaba. Caminó hacia una esquina donde el anuncio luminoso de una farmacia indicaba tres grados de temperatura. Recordó las fotos de los libros de francés que había usado en sus clases, las cuales mostraban escaparates con letreros de RESTAURANT, BANQUE O SUPERMARCHÉ. Ahora ese mundo francófono era real, con tres dimensiones

y diferentes caminos por los que podría llegar a su hotel. Escogió caminar por la rue de la Grande Truanderie, algo así como la “calle de la Gran Fechoría”, cuyos edificios ruinosos eran similares a los de la calle Mesones. Les tomó una foto. Quizá ahora coleccionaría fotos de rincones parisienses que le recordaran la Ciudad de México.

El hotel que don Fernando le había elegido para hospedarse era pequeño —veinte habitaciones —, barato —para los precios de París—, modesto —dos estrellas— y se llamaba Hôtel du Cygne —Hotel del Cisne—. La recepción apareció al abrir la puerta. La encargada era una chica negra que lo saludó.

—Déjeme adivinar de dónde es —dijo ella y, tras pensarlo un poco, lanzó su primera propuesta—. ¿Chileno?

—No.

—¿De Estados Unidos?

—Tampoco.

—¿Español?

—Menos.

—¿De Madagascar? ¿Líbano? ¿Mitad asiático y mitad portugués? —Damián negaba una y otra vez—. Ya sé, de la Guayana Francesa. Tiene el acento...

Damián, que pensaba que sería reconocido como mexicano al instante, le entregó su pasaporte.

—¡México! Jamás le habría atinado.

Recibió una llave grande y pesada, como si fuera a hospedarse en una mazmorra, y subió a su habitación en el último piso. No había elevador y las escaleras eran angostas, de piedra desgastada; parecían datar de la Edad Media. El último piso era menos alto que los demás y alojaba las buhardillas, unas habitaciones pequeñas —y con una parte del techo en pendiente— con que rematan muchos edificios.

La habitación era diminuta y parecía una broma. La puerta chocaba con una cama angosta del lado izquierdo y, del derecho, rozaba la puerta del baño. La única decoración era un espejo viejo, con cicatrices de plomo descarapelado, que reflejaba una imagen poco nítida. Damián subió a la cama para asomarse por la única ventana, un óvalo por el que se veía una chimenea, un techo y la copa de un árbol lejano. El paisaje recordaba la primera fotografía de la historia: una borrosa placa de los techos de París tomada por Nicéphore Niépce hacía casi dos siglos.

Su cita con Marion Charney, la amiga restauradora de su cliente, era muy cerca de ahí, en el barrio de Le Marais. El mapa de su teléfono le mostró la mejor ruta y caminó por Rambuteau, una calle llena de turistas que se detenían en cada escaparate. Reconocía a los parisienses porque caminaban apresurados, metidos en abrigos oscuros y envueltos en bufandas enrolladas con maestría alrededor de sus cuellos. Un señor traía una de color púrpura con un nudo holgado que caía de forma elegante y una mujer negra usaba una muy esponjada y colorida que daba varias vueltas alrededor de su cabeza, entrando y saliendo de su frondosa y rizada cabellera.

Uno de los escaparates más atractivos era el de la joyería llamada Frida, cuyas piezas estaban inspiradas en la pintora mexicana: collares de jade, aretes de plumas y pendientes de ámbar. Más adelante había un grafiti muy bien elaborado con el rostro de Frida Kahlo. Varias mujeres se tomaban fotos frente a él con poses desafiantes. La imagen de la artista plástica era parte del atractivo de la ciudad más turística del mundo.

Damián se internó por la calle des Archives, más angosta, menos transitada y sin tiendas. Se detuvo en un edificio hausmaniano, como se les llama a los típicos inmuebles franceses que suelen tener cinco o seis pisos como máximo, fachadas de piedra y ventanales con protecciones de

herrería ornamentada.

Ahí vivía Marion.

Se anunció por el interfón y subió cuatro pisos por un elevador construido en fechas recientes en el hueco de la escalera. Marion Charney era delgada, de ojos pequeños, cabello corto, negro y peinado de lado. Su apariencia demostraba que era posible contar con un aire juvenil y travieso a los sesenta o más años que debía tener. Pasaron al salón principal. Mientras Marion iba por té a la cocina, Damián admiró la decoración. Había alfombras de diferentes estilos sobre la duela de madera; los radiadores de la calefacción estaban pintados de morado y las paredes, llenas de pinturas y dibujos abstractos. El cuadro más grande era un Mark Rothko que, como casi todos los de este pintor, se hallaba compuesto por plastas coloridas. También reconoció un Willem de Kooning, hecho con cientos de espátulazos de colores en los que cada quien podía interpretar lo que quisiera.

—Veo que le gusta el arte abstracto —observó Damián.

—Tras una vida restaurando cuadros complejos, ahora prefiero rodearme del arte más sencillo —respondió Marion mientras servía el té—. Tutéame y cuelga tu abrigo en el perchero de la entrada.

Damián siguió la recomendación y regresó a la sala armado con libreta y pluma. Se sentó en un cojín sobre la duela, pues no había sillones, lo cual hacía que el salón luciera más espacioso y alto.

—Don Fernando me dijo que tienes un plan para desenmascarar a Tonatiuh.

—Sí. Es muy sencillo. La Interpol publica una base de datos sobre obras de arte robadas. Se trata de una lista de más de cincuenta mil piezas reclamadas por particulares y gobiernos que se puede consultar por internet. Mañana nos presentaremos en la Casa de Subastas Limantour apenas abran y, como será la primera vez que se exhiban esos lotes para venta, tendremos que fijarnos bien. Si encontramos algo sospechoso, lo buscaremos en la base de datos usando nuestros teléfonos. Si está en la lista, llamaremos a la policía. ¿Qué te parece?

—Para echarle el guante a Tonatiuh de Pocasangre quizá funcione, pero queda el asunto del falsificador de *La mesa herida*...

—¡Le dije a Fernando que se olvidara de esa pintura! —reclamó Marion—. Frida ha pintado más cuadros muerta que en vida. Hace poco se descubrieron cuatrocientas falsificaciones en galerías de todo el mundo. No sólo copian sus cuadros conocidos, sino que también le inventan pinturas que nunca hizo y les ponen nombres horribles como *Mi corazón es fuerte y vuela libre como un ave*. ¡Qué falta de respeto!

—Sin embargo, también debo encontrar al falsificador de *La mesa herida*.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Comenzaré buscando entre los copistas que reproducen cuadros de Frida.

—¡Uf! Muchos hacen ese trabajo y prefieren ocultar que lo hacen. He conocido a copistas de Frida a quienes ni siquiera les gusta Frida: lo hacen por el dinero. Tengo una pista para ti.

Marion le pasó una revista que tenía una foto de *La mesa herida* grande y a color.

—Pensé que sólo existían dos imágenes en blanco y negro.

—Y así es: esta *mesa herida* no es la original, sino la copia del Museo Frida Kahlo en Baden-Baden, Alemania. Tienen todas sus obras reproducidas al óleo.

—Algo me habían contado. ¿Sabes quién pintó ésta?

—No. Ésta no, pero conozco a un pintor mexicano que pintó otra de las réplicas. Vive aquí en París y puedes verlo si quieres.



—¿Crees que podría ser el falsificador? —preguntó Damián.

—No. Lo conozco y es un señor muy grande. Frido es un pintor que se gana la vida haciendo retratos de turistas.

—¿Frido?

—Sí, se hace llamar Frido de Montmartre. Ya lo verás.

Damián sonrió imaginando su aspecto.

—Marion, llevo unas horas aquí y ya vi camisetas, un escaparate, una publicidad de Air France inspirada en Frida y un mural. ¿Por qué crees que sea tan famosa?

—Y verás más. En mi opinión, parte de su éxito se debe a que los europeos crecemos escondiendo nuestros sentimientos y con temor a equivocarnos. En cambio, ella pintaba lo que sentía, cometía errores y no tenía empacho en decir lo que pensaba. Por otro lado, su padre era europeo, y eso debe de llegarnos al inconsciente. Parece decirnos que nosotras también podríamos ser como ella: fuertes y sufridas; dejarnos el bigote, las cejas sin depilar, los pelos de las axilas o adornarnos con flores si queremos.

—Interesante. ¿Y tú qué crees que habrá pasado con *La mesa herida* original?

—¡Ah! La pregunta de los cincuenta millones de euros que podría costar esa pintura —opinó Marion—. Mi teoría es que los rusos la ocultan y que esperan hasta tener la certeza de que el gobierno de México o los herederos de Frida no la reclamarán. Se la quieren quedar como hicieron con la pintura de Diego Rivera.

—¿Cuál pintura?

—¿No supiste lo que pasó con *Gloriosa victoria*? Es un mural que Rivera envió a la Unión Soviética y que tendría que estar junto a *La mesa herida*.

—No, no conozco esa historia.

Marion vio la hora en su reloj de pulso y después miró a Damián. Sus ojos negros centelleaban y su boca delgada formaba una mueca de satisfacción.

—¿Quieres un poco más de té y que te la cuente?

—Lo primero que pensé cuando vi los murales que Diego Rivera hizo en el Palacio Nacional de México fue: “¿Cómo se atrevió?”; porque en Francia pintar los muros de un edificio tan importante sería un sacrilegio. Sin embargo, un par de horas después sabía más cosas acerca de México que todo lo que había leído en mi vida. Todas esas imágenes de dioses, pueblos prehispánicos, conquistadores, volcanes y batallas se fueron directo a mis sueños. Lo digo de verdad. Soñé epopeyas en las que era una sacerdotisa sacando corazones, si es que eso existió, o una soldadera de la Revolución cabalgando por las montañas. Ése es el poder del arte. Diego Rivera se metió a mi inconsciente y comencé a estudiarlo. Compré libros, me divertí, lo admiré y lo detesté, como sólo pasa con los grandes artistas.

”Acabé enterándome de los pormenores de la obra de Diego Rivera. Sufrí cuando me enteré de que el mural que pintó en Nueva York fue destruido por la familia Rockefeller. También descubrí que una de sus obras más importantes había desaparecido. Se llamaba *Gloriosa victoria*, una especie de mural portátil de más de cuatro metros de ancho y tres de altura que podía desmontarse para ser transportado con facilidad. Diego representó con crudeza la invasión de Estados Unidos a Guatemala, una injusta intervención militar que devastó ese país centroamericano. Representó a políticos dándose la mano alrededor de una bomba con el rostro del presidente Eisenhower, mientras son observados con complacencia por militares y bendecidos por un clérigo. El grupo posa sobre guatemaltecos muertos y se ven disidentes encerrados en la cárcel o esclavizados. El pintor regaló *Gloriosa victoria* a la Unión Soviética, pero al parecer los soviéticos tuvieron miedo de exhibirla. Aunque criticaban a sus enemigos, quizá pensaron que ese mexicano había ido demasiado lejos, así que la almacenaron en una bodega y su paradero fue desconocido por décadas.

”Los expertos daban por hecho que *Gloriosa victoria* ya no existía. En 1990 conocí a Fernando Mondragón, quien me contó sobre su búsqueda de *La mesa herida*. Me mostró un periódico de Nueva York con una entrevista a un crítico de arte que mencionaba que había visto *La mesa herida* y *Gloriosa victoria* en una bodega de Moscú. Me emocioné y Fernando me propuso ir a investigar. No era una tarea fácil. Nunca dimos con el crítico que había hecho tales declaraciones y sospechamos que la entrevista había sido un invento. Escribimos a las autoridades de la Unión Soviética, aunque ese país se resquebrajaba y nadie respondió a nuestras cartas solicitando una visita para dar con ambas pinturas. La URSS desapareció en 1991 y, años después, el nuevo gobierno ruso publicó una lista con obras de arte encontradas en sus bodegas. Había miles, pero no las de Diego y Frida. Después de otros nueve años de silencio, en el año 2000, un empleado de limpieza encontró una pintura enrollada que resultó ser *Gloriosa victoria*. Representó el más importante descubrimiento de una obra de arte perdida del comienzo del nuevo milenio; y le fue

prestada a México para una exhibición. Si hoy la quieres ver, deberás ir a Moscú, porque es propiedad del gobierno ruso y una de las obras principales del Museo Pushkin.

Marion señaló una foto sobre una cómoda, donde posa frente a *Gloriosa victoria*.

—¿Y no hubo rastro de *La mesa herida*? —preguntó Damián.

—No. Ni de su existencia ni de su destrucción. En este momento esa pintura está viva y muerta al mismo tiempo, como el gato de Schrödinger.

Damián recordó algo y sacó su teléfono celular para mostrarle una foto.

—Encontré esta carta en ruso entre las cosas de mi abuelo. Habla de Frida.

—Yo no sé ruso, pero tengo un buen amigo moscovita que trabaja como guía. Él te ayudará a traducirla. Le pediré que pase a tu hotel mañana a las ocho y media en punto antes de irse a trabajar. ¿Está bien?

—Claro, planeo despertarme a las seis de la mañana —alardeó Damián, aunque al final de la frase parpadeó y sofocó un bostezo.

—Si vas a despertar tan temprano, será mejor que descanses. El cambio de horario afecta mucho. Toma la invitación a la subasta; te veo mañana.

Después de caminar varias cuadras, Damián encontró un restaurante japonés. No había imaginado que su primera cena en Francia sería sushi, pero el resto de los lugares abiertos eran bares ruidosos o restaurantes de lujo y él sólo quería algo ligero y rápido. Después de comer, volvió a llamar a Ángela. Esta vez la encontró.

—¿De verdad estás en París? Déjame escuchar el ambiente.

Damián levantó su teléfono justo cuando los cocineros gritaban algo en japonés.

—Se escucha como Asia —comentó Ángela—. En fin. Déjame leerte otra nota que salió en el periódico. También te menciona y se titula “El pintor asesinado habría falsificado obras de Frida Kahlo”.

—¿Qué?!

—Es breve. “Ciudad de México. El pintor Édgar López, asesinado ayer y hallado con la tarjeta del detective Damián Diosdado entre sus pertenencias, podría haber sido un falsificador de pinturas de la conocida Frida Kahlo. El hoy occiso decoraba la galería La Tercera Frida, que está por inaugurarse en la calle de Tacuba. De acuerdo con Emmeline Wicht, directora de relaciones públicas del lugar, el hoy occiso fue visitado el día de su muerte por el detective Diosdado. Los escuchó discutir sobre unas falsificaciones de pinturas de Frida Kahlo. La señorita Wicht comentó que el detective se puso violento y que tuvo que solicitarle que se retirara. También dijo que Édgar López se dedicaba a pintar copias autorizadas de la famosa pintora. La Procuraduría capitalina informó que ha integrado la carpeta de investigación y que el detective Diosdado se encuentra de viaje, aunque ha mostrado interés en presentarse a declarar de manera voluntaria a su regreso.” Eso es todo.

—De modo que Emmeline ya enjuició al pintor y de paso me incriminó a mí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Iré a la Torre Eiffel.

—Me refiero a lo que dicen de ti. ¿Cómo vas a defenderte?

—Lo mejor que puedo hacer es resolver este caso. Sospecho que la muerte del pintor tiene que ver con lo que investigo.

—Y yo sospecho que no me vas a contar de qué se trata porque todos tus casos son secretos. ¿Al menos puedes comprarme un llavero de la Torre Eiffel? ¿Sí? Ahora cuelga o la llamada te saldrá carísima. Cuídate.

Damián caminó hacia la Torre Eiffel, aunque a las pocas cuadras sus planes cambiaron. Se sentía cansado y guardó sus fuerzas para regresar al hotel, darse un baño y pasar su primera noche en Francia. Ya habría oportunidad de visitar el principal atractivo de París.

## EL CEMENTERIO DE MONTPARNASSE

Entró a uno de los edificios más viejos y descuidados de la Grande Truanderie. En cada piso había placas que indicaban consultorios médicos y de dentistas; oficinas de abogados y notarios. Se parecía mucho a los inmuebles con despachos en el Centro de la Ciudad de México. Una puerta entreabierta dejaba ver un taller de imprenta idéntico a uno instalado en la calle de Palma, donde Damián encargaba sus tarjetas de presentación. Olfateó la tinta: olía como cualquier imprenta; entró y se encontró con las prensas, los muebles con los tipos móviles, el maestro impresor y sus ayudantes. Lo saludaron en español. Eso no era posible: dio unos pasos atrás y se asomó por la ventana. Afuera estaba la Ciudad de México.

Bajó las escaleras deprisa y corrió hasta la esquina de Palma y Brasil, donde un carro casi lo atropella. Algo habría hecho mal, porque estaba de regreso en México. No debía haber entrado a ese edificio. Ahora tendría que encontrar un portal para volver a París y seguir con su misión. Buscó el edificio por el que había salido para repetir sus acciones, pero ya no lo vio. En unas horas más sería la subasta y se la perdería. Corrió desesperado. Entró en los edificios que estaban abiertos y subió a todos los pisos. Recorrió Donceles, Tacuba, Madero. No halló cómo regresar a París; estaba agotado y ya era de noche. Llegó triste y molesto a su despacho de Motolinia. Había sido un viaje muy corto y ni siquiera había visitado la Torre Eiffel. No era justo que eso le pasara. Mientras abría la puerta, sonó el teléfono del despacho; ya lo estarían buscando. Se encerró con las luces apagadas y se acostó en el sillón. Al día siguiente tendría que ir con don Fernando para explicarle. Qué vergüenza. Pasó un largo rato inmóvil y sonó de nuevo el teléfono. Era mejor contestar y dar la cara. Estiró la mano y descolgó.

—¿Sigues dormido? —preguntó una voz femenina en francés.

No supo qué contestar. Ya le estaban hablando desde París.

—¿Qué hora es allá? —preguntó con voz ronca y en un francés poco claro.

—Son casi las once. Mi amigo Boris estuvo en la recepción de tu hotel esta mañana y te llamaron varias veces, pero no contestaste. Te pide que lo busques en el cementerio de Montparnasse antes del mediodía. Estará dando una visita guiada.

—No puede ser. Salgo de inmediato.

La habitación del Hôtel du Cygne estaba en completa oscuridad. Corrió las cortinas; abrió los postigos para dejar entrar la luz blanca y pareja del invierno parisense. Damián recordó su sueño y se alegró de seguir en París. Recordó que debía apurarse y el sueño completo se disolvió. Sólo le quedó la sensación de algo inasible que luego olvidó. Se vistió a toda prisa. ¿Por qué no había puesto el despertador? Bajó las escaleras medievales con cuidado porque se sentía mareado, como si lo hubieran sacado de la cama a las cuatro de la mañana, que era la hora en México y en la que su cuerpo seguía.

El frío de la urbe lo despertó aún más. Se había echado agua en el cabello y eso había sido un error, porque se le enfrió el cuero cabelludo y una escarcha se le formó en la nuca. Recordó cómo llegar al metro y caminó deprisa, como un lugareño. Se detuvo en el mapa del metro y quedó impactado por su complejidad. Tardó varios minutos en entender cómo llegar a Montparnasse. Un aroma lo atrajo y se acercó a una *boulangerie* o panadería que servía un café y un *croissant* por dos euros. Devoró su *petit déjeuner* en un instante y llegó al andén cuando pasaba el metro.

El cementerio de Montparnasse tenía el portón abierto. Una avenida conducía a una glorieta y había pasillos a los lados. Damián se acercó a una caseta que estaba en la entrada para preguntarle al encargado si había visto a un grupo de turistas rusos y a su guía. El cuidador le dijo que se encontraban del lado oeste y señaló a la derecha de la entrada. Caminó en esa dirección y dio con la primera tumba famosa, la de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Tenía ganas de apreciar todas esas lápidas, pero debía encontrar al guía ruso antes de que terminara su recorrido. Los árboles sin hojas estaban llenos de cuervos que graznaban de cuando en cuando. Algunas tumbas eran verdaderos palacios; otras tenían estatuas y algunas una simple lápida blanca, como la del escritor Julio Cortázar, que se hallaba llena de dulces, boletos del metro y huellas de labios rojos dejados por sus lectoras.

Por fin alcanzó a un grupo de personas cuyo guía sostenía una bandera rusa y se presentó con él.  
—Casi termino. Espérame aquí mismo en la tumba del poeta —le dijo Boris.

Damián asintió y observó una lápida con varios nombres; uno de ellos era el de Charles Baudelaire. Unos cuervos graznaron con fuerza y sobrevolaron el cielo en una batalla aérea. Damián siguió a las aves con la mirada y al girar se topó con un nombre que conocía muy bien: Porfirio Díaz. Estaba frente a la tumba del dictador mexicano. Se asomó a través de sus cristales opacos. Vio un altar religioso y una bandera de México. En el piso había hojas y recados. Algunos podían leerse y le pedían regresar; otros le decían “tirano”. La controversia lo alcanzaba hasta ahí. Cuando fue derrocado, se exilió en Francia, donde murió y fue enterrado.

—Siempre hay turistas mexicanos tomándose fotos aquí —dijo Boris—. Marion me dijo que quieres que te traduzca algo.

—Sí, es una carta que tengo en mi teléfono; espero que sea fácil leerla.

Se sentaron en la banca más cercana. Boris era un tipo grande. Traía un abrigo de piel con borrega en el cuello, que se cerraba cruzado al frente con enormes botones de hueso. Comenzó a traducir en voz alta.

—“Sociedad de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para las Relaciones Culturales con Países Extranjeros. Febrero 23 de 1953. Frida Kahlo, la esposa del pintor mexicano progresista Diego Rivera, solicitó que su pintura, *La mesa herida*, sea enviada a la embajada mexicana en Francia para la exhibición *Arte mexicano. Desde los tiempos precolombinos hasta la actualidad*, la cual tendrá lugar en París. Dicha pintura fue regalada por la artista a la Unión Soviética. De acuerdo con nuestros comités de arte, esta obra es ejemplo de un formalismo burgués decadente, alejado del realismo soviético, y no expresa ningún tipo de ideas contra el imperialismo. No tiene valor artístico y, por lo tanto, nunca será exhibida en la Unión Soviética. Enviarla a París resulta demasiado costoso para una obra sin interés. Atentamente, Consejo de la Sociedad de la Unión.”, etcétera —leyó Boris y luego comentó—: A ese organismo de relaciones culturales con países extranjeros lo conocíamos por las siglas VOKS. Hacía años que no leía algo redactado en el estilo burocrático de la Unión Soviética. ¿De dónde lo sacaste?

—Estaba en los archivos de mi abuelo, que era detective. Es posible que la propia Frida Kahlo

le haya dado esa carta. Quizá deseaba contratarlo para que la ayudara a dar con su pintura, pero, como ella murió meses después, el caso quedó trunco.

—Lo cierto es que a mis viejas camaradas no les gustó esa obra.

—Eso parece.

—No me extraña. Yo nací en ese país que ya no existe. Cuando era niño, todo debía ser aprobado por los consejos. No podíamos leer ni un cuento infantil si no estaba aprobado y debidamente censurado. Supongo que Frida debió haberles erizado la piel. En cambio ahora...

—¿Ahora Frida es conocida en Rusia?

—Bastante. Por estos días hay una muestra suya en Moscú llamada *Viva la vida*. Acabo de estar ahí y las filas para entrar son larguísimas. La ciudad está llena de publicidad con fotos de Frida usando un corsé pintado con el escudo de la Unión Soviética, en un montaje donde aparece Trotski. Imagina el poder de esos símbolos para nosotros. Claro que todo mundo quiere ir. Y de Moscú la muestra se irá al mismísimo Palacio de San Petersburgo.

—Y pensar que antes despreciaron su pintura...

—Sí, pero el pasado no debe ponernos nostálgicos. Como decimos en Rusia: “Añorar el pasado es correr tras el viento”. Mejor dime: ¿ya conocías el cementerio?

—No; es la primera vez que vengo.

—Mientras salimos, podré mostrarte mi tumba preferida: es de un mexicano, mas no la de Díaz.

—¿Será la de Carlos Fuentes? —preguntó Damián, pues sabía que ahí también está enterrado el escritor.

—Tampoco.

Se detuvieron frente una piedra negra brillante como la obsidiana, una especie de pedernal gigante que tenía grabado un fauno tocando una flauta. Debajo estaba la escultura de una mujer desnuda en mármol.

—¡Es la tumba de Julio Ruelas! —exclamó Damián—. No sabía que se ubicaba aquí.

—Me parece la más original; incluso es sensual —opinó Boris—. Transmite vida en la muerte. Algunos visitantes dicen que es la tumba que hubieran querido tener escritores románticos como Edgar Allan Poe o poetas malditos como Arthur Rimbaud. Tengo entendido que Julio Ruelas era un ilustrador y pintor mexicano.

—Sí, mi abuelo era fanático de sus pinturas y grabados. Es poco conocido en México, pero su obra es deslumbrante. ¿Me tomarías una foto en su tumba?

Al tocar la piedra negra de la lápida, Damián sintió un fuerte toque eléctrico que lo hizo brincar. La lana de su abrigo se había cargado de estática. La foto lo captó con el cabello erizado, un gesto de susto, las manos levantadas y su abrigo colgándole como si fueran alas de vampiro. Se veía ridículo y espantoso. Se la envió a Ángela, aunque presentía que ya no volverían a ser novios. Al parecer los rusos tenían razón: “Añorar el pasado es correr tras el viento”.

## LA CASA DE SUBASTAS LIMANTOUR

El cielo se había despejado y tenía un color azul pálido. A pesar del frío, había una fila enorme para entrar al Museo del Louvre. Damián cruzó una avenida y encontró la calle des Bons Enfants, donde estaba la Casa de Subastas Limantour. Se detuvo en un escaparate que ofrecía reproducciones autorizadas. Leyó el afiche: “Contamos con artistas virtuosos que recrean la obra original utilizando técnicas antiguas. Sólo sabrá que es copia por nuestro sello al reverso”. Un mueble en la banqueta permitía buscar entre lienzos sin marco divididos por temas: paisajes, impresionistas, flores, desnudos, reproducciones fieles de los grandes apellidos del arte: Monet, Cézanne, Degas, Botticelli... También estaba la *Mona Lisa*, la pintura más visitada del Louvre. ¿Para qué hacer horas de fila para ver la original si era posible apreciar una copia exacta? El placer que causa mirar una obra original es uno de los misterios del arte.

Para entrar a la subasta había una alfombra roja. Damián sacó su invitación, se acicaló y caminó a la entrada. Había fotógrafos y gente reunida buscando caras famosas. Entre el alboroto, le pareció escuchar su nombre y apellido. Miró hacia la gente, deslumbrado por los destellos de los *flashes*, y buscó algún rostro conocido. No era posible: nadie lo conocía. Entregó la invitación. Un mayordomo le quitó el abrigo. Agradeció que le sacaran de encima ese estorbo. En el interior, la calefacción era adecuada y se sentía más discreto en camisa. El espacio de exhibición era un salón amplio con ventanales. Una manta colgada daba la bienvenida e indicaba el tema de la venta: ARTE Y ANTIGÜEDADES MEXICANAS DE LA GALERÍA DE POCASANGRE.

Avanzó a una sección dedicada al arte prehispánico y encontró piezas tan increíbles que se preguntó si serían falsas: estatuillas de la cultura Colima con más de dos mil años; máscaras olmecas como no había visto en ningún museo mexicano; platos mayas y braseros ceremoniales mixtecos. También había figurillas, trozos de utensilios y pedazos de glifos. Toda esa pedacería se agrupaba en un lote llamado “amuletos”. Damián sacó su teléfono para comenzar a buscar en la base de datos de la Interpol de arte robado, pero no sería una tarea fácil. Comparar las piezas expuestas con las que buscaba la policía llevaba mucho tiempo. Tampoco podía tomar fotos de los objetos en subasta, pues había letreros que lo prohibían y vigilantes por todos lados. Verificar pieza por pieza requeriría varios días para analizar a detalle los objetos sospechosos.

—¿Crees que esto sea legal? —preguntó Marion en voz baja y apuró el último trago de una copa de champaña.

—Es posible. Hay mucho saqueo de arte en México. Miles de piezas se venden de manera clandestina sin que las revise algún arqueólogo y se pierde información importante del pasado.

—Es una lástima. ¿Has encontrado algo?

—Son muchas cosas y no sé por dónde empezar.

Caminaron hacia una zona con pinturas. Destacaba una obra de David Alfaro Siqueiros; había



dibujos de José Luis Cuevas y esculturas de Juan Soriano. Cada pieza estaba acompañada de un certificado de autenticidad.

—Es posible que Tonatiuh haya mezclado obras legítimas con otras de dudosa procedencia —comentó Damián—. Y en estas condiciones no podremos revisar pieza por pieza.

—Dejémonos llevar por la intuición. Por ejemplo, esa obra de allá. Es diferente a las otras.

Marion se acercó a un cuadro: era el dibujo de una especie de laberinto, hecho con líneas negras sobre un lienzo blanco; no muy grande, pero con una sencillez y equilibrio que llamaban mucho la atención.

—Aquí dice que es un dibujo de Josef Albers y que se llama *Teotihuacan* —dijo Damián, leyendo la cédula informativa.

—¿Un verdadero Josef Albers?

—Eso parece —contestó Damián y buscó en su teléfono—. No está en la base de datos de obras robadas.

Ambos observaron el dibujo.

—¿Será un mapa? —preguntó Marion.

—Creo que sí. Debe ser la zona arqueológica de Teotihuacan reducida a líneas. Ese cuadro grande relleno de cuadros pequeños debe de corresponder a la Pirámide del Sol; y el cuadro más pequeño, a la de la Luna.

—Me encanta. Vámonos de aquí o acabaré comprándolo —dijo Marion.

Se acercaron al lote principal de la subasta, conformado por los tesoros de una iglesia. Sobre un estrado se exhibía un relicario de plata trabajado con maestría, un cáliz, tres candelabros, varias charolas y un tabernáculo del mismo material precioso. También había cuadros religiosos; un altar entero cubierto de láminas de oro; esculturas de santos; dos confesionarios; algunas bancas y hasta el púlpito tallado en madera. ¿Qué le habría quedado a esa iglesia? Damián la imaginó como un cascarón vacío al que le habían saqueado todo el contenido. La ficha del lote indicaba que las piezas databan del siglo XVII y que provenían de Morelos. Aquélla era toda la información de algo tan valioso y lleno de historia. Marion levantó la mirada de su teléfono y negó con la cabeza. Esas piezas tampoco estaban en la base de datos de arte robado.

Damián y Marion quedaron frente a unas amonitas, fósiles de moluscos gigantes que vivieron hace millones de años en la región de Mazapil, Zacatecas. Un pedestal exhibía un bivalvo, una hermosa concha gigante convertida en roca que databa del periodo Jurásico.

—Incluso los fósiles son saqueados y vendidos —comentó Damián—. El mercado del arte es cruel.

—Te equivocas. No veo la crueldad en acercar la belleza a la gente que sí la aprecia —dijo alguien a espaldas de Damián, que reconoció ese tono de voz impostado.

Tonatiuh de Pocasangre vestía un frac blanco abierto y una camisa desabotonada para mostrar parte de su tatuaje de *La fusión de dos culturas*. Jalaba una maleta con ruedas; Damián notó que traía pegada la etiqueta de documentación del aeropuerto con las siglas LYS-CDG.

—Preséntame, no seas maleducado.

—Marion, te presentó a Tonatiuh, el galerista que intentó matarme lanzándome de una terraza.

—¡No exageres! —exclamó Tonatiuh y le dio un empujón al joven detective como si fueran viejos amigos; luego le besó la mano a Marion—. No haga caso; Damián exagera: sólo intenté ayudarlo y yo me llevé la peor parte. Me rompí las costillas y usé vendajes y muletas por varias semanas.

—Mucho gusto —contestó Marion—. Tengo curiosidad. ¿Fue difícil obtener permisos para vender todo esto?

—Sí, fue complicado, pero tengo permiso para vender todo lo que ven. ¿Saben dónde compré estas amonitas? En internet. Un ignorante las vendía por unos cientos de pesos. Las puse en esos pedestales, las traje aquí y ahora cuestan mil veces más.

—¿También adquiriste los tesoros de la iglesia en internet? —ironizó Damián.

—Esa iglesia me la ofreció su propio pueblo. Al parecer, en nuestro querido país existe gente capaz de vender cualquier cosa con tal de ganar algo de efectivo.

—Como sea, todo esto debería encontrarse en un museo —reclamó Damián.

—¿Para qué? A la gente común y corriente no le interesan estas cosas. Mi trabajo no es saquear, como tú dices. Lo que hago es poner la belleza en manos de las personas adecuadas. Quienes pueden pagar y apreciar el valor de una pieza única. Y no has visto nada. Mañana presentaré algo que hará historia, pero no te invitaré al evento.

—¿Lanzarás tu línea de cuadros falsos de *La mesa herida*? —preguntó Damián, desafiante—. ¿Quién te los pinta? ¿Ese pintor al que mataron?

La sonrisa de Tonatiuh desapareció:

—Te estás acercando a terrenos peligrosos. Éste es un juego de ligas mayores y no un lugar para un detective de chácharas. Mejor aprovecha el viaje y tómate una *selfie* frente a la Torre Eiffel, coloca un candado en un puente o pide un deseo y lanza una moneda en alguna fuente. ¿Sale?

Tomó su maleta de mano.

—¡Espera! —exclamó Damián—. ¿Qué significa La Tercera Frida?

—No significa nada. Usé ese nombre como estrategia de mercadotecnia para mi nueva galería. Haces demasiadas preguntas inútiles. Mejor ocupa tu tiempo en razonar cómo funciona este mundo. Cuando lo entiendas, te pasarás del lado de los emprendedores. Tu papá ya lo hizo y dicen que le va bien. Aprende de él.

A Damián se le desencajó el rostro y se quedó de piedra. Tonatiuh recuperó la sonrisa, una sonrisa de dientes enormes, blancos y bien cuidados. Antes de marcharse, pegó dos palmadas en el hombro de Damián.

—¿Todo bien? —preguntó Marion.

Damián asintió. No era la primera vez que alguien sugería que su papá se dedicaba al tráfico ilícito de arte.

En ese momento las luces se apagaron y alguien anunció el inicio de la subasta.

Tonatiuh tomó su lugar en la primera fila. Marion y Damián se sentaron hasta atrás. El subastador tenía unos cincuenta años, cabello largo engominado y una facha que recordaba al actor Alain Delon. Su labor era presentar cada lote con frases vendedoras. Comenzó con los “amuletos”, las piezas sueltas o rotas de arqueología prehispánica.

—Tenemos cientos de piezas variadas de diferentes culturas antiguas de México. Ideales para decoración, adornos de repisa o elegantes pisapapeles. ¡Su imaginación es el límite! Arrancamos con un precio de venta de dos mil euros.

Pocos compradores se interesaron por ese primer lote. En minutos una casa de diseño sueca compró las piezas. Damián deseó poder pagarlo y regresar con todo eso a México para que un experto armara ese rompecabezas. Los meseros aprovecharon la pausa para ofrecer champaña. Sabían que la burbujeante bebida animaba a los compradores a gastar. Marion tomó una copa más.

—Toca el turno a uno de mis lotes preferidos —dijo el subastador—. Se trata de una obra

llamada *Teotihuacan*, un dibujo de tema mexicano hecho por Josef Albers. Bien vale el precio inicial de ocho mil euros. ¿Quién da más por este increíble descubrimiento?

De inmediato, alguien levantó su paleta, el letrero con un número que se utiliza en las subastas para pujar, es decir, para ofrecer dinero por un lote.

—El caballero del fondo ofrece ocho mil cien. ¿Quién da más?

Otras paletas se levantaron y el precio aumentó.

—Tenemos ocho mil doscientos ocho mil trescientos.

En una esquina había varios telefonistas y operadores aceptando pujas por internet. Uno de ellos levantó la mano e hizo señas rápidas que el subastador descifró.

—Tenemos a un cliente en Texas que ofrece nueve mil euros. ¿Alguien más?

Una mujer asiática levantó su paleta.

—¡Nueve mil cien! —exclamó el subastador y miró a una telefonista que le hizo otra señal—. Nueve mil quinientos desde la lejana Australia. Nueve mil seiscientos aquí enfrente. ¡Esto no ha acabado! Nueve mil setecientos, ochocientos, novecientos. Nueve mil novecientos euros a la una, nueve mil novecientos euros a las dos, nueve mil novecientos euros a las...

Marion apuró el último trago de champaña de su copa y se puso de pie.

—¡Diez mil euros!

Los asistentes la miraron. El subastador esperó un instante. Nadie más levantó su paleta y los telefonistas negaron con la cabeza.

—¡Vendido por diez mil euros a la dama del fondo! —gritó el subastador, dando un martillazo.

Los asistentes aplaudieron.

“Adiós vacaciones”, se dijo Marion.

La subasta siguió con el lote de arte sacro de la iglesia poblana. Las piezas fueron vendidas en medio millón de euros para decorar un restaurante mexicano en Dubái. Damián no quería seguir ahí, así que le preguntó a Marion si podían irse.

—Iba a sugerirte lo mismo. Me duele la cabeza.

Apenas pasaban de las cuatro, pero el día estaba gris y dentro de una hora comenzaría a oscurecer. Marion y Damián caminaron en silencio, pasaron el río Sena y se detuvieron frente a la catedral de Notre Dame, el monumento artístico más visitado de Francia, que a pesar de tanta protección y cuidados recientemente se había incendiado.

—Lamento que nuestro plan no haya funcionado —dijo Marion—. ¿Qué vas a hacer?

—Quisiera hablar con tu amigo. El copista mexicano que hizo una pintura de Frida para ese museo en Alemania.

—Puedes encontrarlo ahora si vas a Montmartre: elabora retratos de turistas en la Plaza de Tertre. Dile que vas de mi parte y que te cuente de los Fridos.

—¿Los Fridos?

—Él te explicará.

—Éramos unos chamacos. Los novatos de la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda. Frida Kahlo nos daría la materia de Iniciación Pictórica. Por ignorante, yo esperaba a un hombre. El primer día de clases entró al salón una joven hermosa, de rostro serio, algo melancólico, y cabello peinado de raya en medio. Iba de negro. Negro el rebozo, negro el huipil y negra la falda bordada, que le caía hasta los tobillos. Lo único colorido de su vestuario era un collar de cuentas de jade verde. Hay que decir que, en esos tiempos, las mujeres elegantes se vestían con sombreritos con plumas, vestidos plisados, pieles y bastante maquillaje. Frida no. Ella tenía otra manera de ser elegante. Usaba la ropa de las mujeres indígenas de una manera espléndida, incluso desafiante. Además, despedía aromas a incienso, hierbas y especias como la canela. Lo importante es que resultó ser una buena profesora. Sus alumnos nos encariñamos con ella y, como la seguíamos a todos lados, comenzaron a llamarnos Los Fridos.

Damián oía al pintor conocido como Frido de Montmartre, un anciano de arrugas profundas, ojos negros con ojeras y cabellos rizados y revueltos, que soportaba el frío con las manos metidas en un abrigo que lo cubría del cuello a los pies. Pasaba el día sentado frente a su caballete. Exhibía muestras de su trabajo en un cartón. Hacía retratos que imitaban el estilo de las pinturas de Frida Kahlo: mujeres con flores en el cabello y vestidos mexicanos; muchachos acompañados de un changuito en el hombro o parejas tomadas de la mano con los corazones unidos por una arteria como en *Las dos Fridas*. Tenía un letrero con una frase escrita en varios idiomas: Verdadero discípulo de Frida Kahlo, así como algunos recortes de periódico que contaban su historia. Había también una foto suya de joven, vestido de overol, junto a la artista.

—Un día nos avisaron que nuestra maestra ya no podría acudir a la escuela. Tenía graves problemas en la espalda y le costaba trabajo desplazarse tan lejos. Si queríamos continuar las lecciones con ella, necesitaríamos ir a su casa en Coyoacán. No dudé en tomar el tranvía hasta allá. La casa de Frida me sorprendió. Yo nunca había estado en un lugar así. Era un oasis lleno de plantas, decorado con puras cosas que uno veía en el mercado en ese entonces: juguetes de madera, muñecas de papel y vajillas de peltre. Claro, también estaban sus pinturas. Ahí vi por primera vez cuadros como *Mi vestido cuelga ahí* y *La mesa herida*, su preferida.

—Cuénteme de *La mesa herida* —pidió Damián.

—Si te digo que era su cuadro preferido es porque ella misma me lo dijo. Era una pintura enorme y la tenía colgada en su salón. Debajo tenía una repisa en la que dejaba sus llaves, la correspondencia, monedas sueltas o chucherías que compraba. También usaba el cuadro para colgar su collar.

—¿Colgaba su collar en una esquina del cuadro?

—No. El cuadro tenía unos ganchitos ocultos en el cuello de la Frida pintada. Era algo curioso;

el collar se le podía poner o quitar a la pintura.

Frido echó un vistazo alrededor: un autobús lleno de turistas chinos acababa de llegar y Damián comprendió que debía hacer algo para ganar más minutos de plástica.

—¿Puede retratarme?

—Por supuesto.

Se acomodó sobre un taburete y recibió una carpeta desgastada con pinturas de Frida Kahlo, impresas y protegidas con una hoja plastificada. Pidió ser representado con el bigote y el traje antiguo del retrato que Frida hizo de su papá, el fotógrafo Guillermo Kahlo. Mientras el artista ponía atención en sus rasgos y hacía los primeros trazos, escudriñó a los otros pintores. Cada uno tenía su estilo de pintar y de vestir. Había uno barbón con bata que imitaba el de Claude Monet. Una mujer joven usaba traje y bombín; fingía fumar una pipa y ofrecía retratos al estilo de René Magritte.

—Marion me dijo que usted pintó para el Museo Frida Kahlo de Alemania.

—Hice el cuadro llamado *Día de los muertos*. Los que odian a Frida dicen que carecía de técnica, pero copiarla resulta más complicado de lo que parece.

—¿Y por casualidad sabe quién se encargó de copiar el cuadro *La mesa herida*?

—Lo pintó la Tercera Frida.

—¿Quién? —preguntó Damián y se movió para acercarse a Frido.

—Por favor, regresa a la posición en la que estabas... La Tercera Frida es una pintora francesa: así se hace llamar. Habla español y pinta muy bien. Y eso no es todo: también es idéntica a Frida. La conocí durante la inauguración del museo. Cuando la vi, pensé que era una actriz contratada como imitadora. Era como si volviera a ver a mi maestra. “Tú eres Frida”, le hablé, conmovido, y me respondió que Frida sólo hubo una. Le dije que en realidad había dos, porque estábamos frente a la copia de *Las dos Fridas*. Ella me respondió: “Exacto, por eso yo soy la tercera, la Tercera Frida”. ¿Cómo la ves?

—Bastante interesante. ¿Dónde podré encontrarla?

—Me dijo que vivía en una casa junto a un lago, en un lugar llamado Mes Yeux.

—¿Mes Yeux? ¿Como “mis ojos”?

—Eso fue lo que entendí. No hablamos más. Ya casi termino...

Damián se quedó quieto, como si moverse durante los toques finales pudiera provocar que su retrato quedara mal. Frido acabó y le mostró el resultado. No estaba mal. Había captado sus rasgos y su mirada, pero verse con bigote lo estremeció.

—¿No te gustó?

—Es que... con bigote me parezco a mi papá.

Se despidieron y Damián subió a un autobús. No era coincidencia que la galería que Tonatiuh estaba por abrir y esa pintora se llamaran igual. Sacó su teléfono para buscar en internet, pero no encontró información sobre alguna pintora con esas características. Tenía que dar con ella. Se le ocurrió aprovechar las últimas horas del día preguntando por copias autorizadas de pinturas de Frida Kahlo. Con suerte, alguien le podría dar razón sobre una copista que se pareciera físicamente a la pintora.

Se bajó en la plaza del Museo del Louvre. El frío no daba tregua y caía una fina y helada lluvia, pero eso no desalentaba a los turistas. Cientos de ellos hacían fila, protegidos con paraguas e impermeables. Damián caminaba tiritando cuando escuchó que alguien gritaba su nombre. Se detuvo. Esta vez no había duda: alguien lo conocía en París.

—¡Damián, Damián Diosdado!

Giró la cabeza y vio a un muchacho moreno y corpulento; cargaba una bolsa del mandado y se acercaba desde los arcos que rodean la plaza. Lo reconoció. Era el mismo que había encontrado al salir de su despacho en la calle de Motolinia. Le bastaron tres segundos para hacer conjeturas. ¿Y si era el sicario que había matado al pintor y que ahora lo perseguía desde México? No tenía pinta de asesino, pero eso no significaba que no lo fuera. No había más gente cerca y su cuerpo respondió ante el miedo. Un golpe de adrenalina lo hizo reaccionar cuando el muchacho se le puso enfrente con la intención de abrir la bolsa que traía. Damián se echó a correr; llegó hasta la pirámide por la que se entra al museo, seguido por su perseguidor, y bajó las escaleras eléctricas. El muchacho se quedó arriba, mirando los detectores de metal que estaban al pie de la escalera. En esa bolsa debía de ocultar algo que no quería que descubrieran.

Damián caminó entre la gente que iba a comprar boletos y quienes avanzaban para entrar al museo. Mientras buscaba una salida para escapar por otro lado, un hombre le puso una mano en el hombro. Era un guía, porque llevaba un gafete y sostenía una bandera de Estados Unidos. Le entregó un boleto y le pidió que se integrara a la fila. Damián siguió las instrucciones y se formó entre turistas rubios, afroamericanos, hispanos y asiáticos que hablaban inglés y que no advirtieron su presencia. Avanzó al torniquete de acceso y otro guardia le indicó que dejara su abrigo y la cartulina que llevaba enrollada —el retrato que le había hecho Frido— en un casillero de monedas. Damián obedeció. Antes de escabullirse a la primera sala, lanzó una mirada agradecida al guía que lo había confundido.

Los pasillos del Louvre eran anchos, aunque se caminaba con dificultad entre tanta gente. Era imposible acercarse a la famosa escultura griega de la *Victoria alada de Samotracia* y sólo podía verse a través de las pantallas de los celulares que los turistas levantaban para obtener una mala foto. Las paredes tenían cuadros del piso al techo; unos vigilantes con altavoces pedían a los visitantes avanzar sin detenerse demasiado. Apenas se podía echar un vistazo rápido a cada obra maestra.

Damián se apartó de la gente que avanzaba en masa para quedar frente al cuadro de *La Gioconda*. Desde su esquina observó, contenida por una valla, a la multitud que luchaba por tomarse una *selfie* frente a la obra de arte más famosa del mundo. La pintura, también conocida como *La Mona Lisa*, estaba cubierta por un cristal antibalas y vigilada por un guardia a cada lado. Recordó una historia que le contó su abuelo. Hacía años, un carpintero italiano la había robado. Como no estaba protegida, simplemente la descolgó y la escondió en su bata. *La Mona Lisa* permaneció desaparecida por dos años y numerosos estafadores intentaron vender copias haciéndolas pasar por la verdadera. La original fue recuperada cuando alguien trató de venderla a una galería de Florencia. ¿Qué pasaría si se descubriera que la pintura colgada en el Louvre no es la original? ¿La gente seguiría acudiendo por miles para verla de lejos y por un instante?

Damián subió al segundo piso, que estaba más tranquilo. Encontró un café con vista a una sala donde la gente trataba de ver el mayor número de cuadros en el menor tiempo posible. No había comido y compró una *baguette* rellena de jamón crudo, queso de oveja y mantequilla. El pan era crujiente y difícil de arrancar. Los franceses debían tener excelentes dentaduras. Hasta el momento, ese bocadillo era lo mejor que había probado en Francia.

Sonó su teléfono. Era Marion, que deseaba saber cómo le había ido.

—Necesito dar con la Tercera Frida —señaló Damián después de contarle su encuentro con Frido—. Vive en un lugar llamado Mes Yeux.

—Que yo sepa, ningún lugar se llama así en Francia —comentó Marion e hizo una pausa—. ¿No será Meyzieu? M-e-y-z-i-e-u —lo deletreó—. Se escucha igual, pero se escribe diferente,

como tantas palabras en francés.

—Puede ser. ¿Dónde está Meyzieu?

—A las afueras de Lyon. Junto a un gran lago.

—Tonatiuh traía una maleta con una etiqueta del aeropuerto que decía LYS-CDG. Por lo que sé, CDG es el código del aeropuerto Charles de Gaulle de París, y supongo que LYS es el código de Lyon.

—Así es: Aeropuerto Lyon-Saint Exupéry. Se llama así porque en esa ciudad nació el autor de *El Principito*.

—Entonces tenemos una visita reciente de Tonatiuh a Lyon y a una pintora apodada la Tercera Frida que podría vivir cerca de ahí.

—Y mañana es la presentación de la temporada de subastas de la Estación Brotteaux, también en Lyon. Se trata de un evento importante de compra y venta de arte.

—Tonatiuh dijo que mañana presentaría algo impactante... ¿Lyon queda lejos?

—A quinientos kilómetros, pero por el Tren de Alta Velocidad o TGV se recorren en menos de dos horas. ¿Vas a ir? Quería invitarte a cenar para que vieras cómo luce el cuadro que compré.

—Partiré para Lyon ahora mismo. Tendré que ver tu cuadro cuando regrese. ¿Dónde lo pusiste?

—Sobre la chimenea. Josef Albers era un verdadero artista. Ese dibujo es sencillo y está hecho sólo con líneas, pero sí me transporta a Teotihuacan.

—Espero que sea auténtico —bromeó Damián.

—¡Claro que es auténtico! —replicó Marion—. Investigué un poco. Josef Albers y su esposa visitaron México en varias ocasiones, después de que los nazis cerraron la mítica escuela de arte Bauhaus, donde era maestro. Hizo numerosos dibujos inspirados en zonas arqueológicas mexicanas.

—¿Y te dieron información sobre el dueño anterior? —insistió Damián.

—Sí. Era un coleccionista argentino. ¿Acaso sospechas que mi nueva adquisición fue botín de guerra o qué?

—No, para nada. ¿Me mandas una foto del cuadro? Quiero verlo.

El Louvre seguiría abierto algunas horas más, pues ese día tenía horario nocturno. Debía apurarse para llegar a la estación y tomar el tren, que salía a las nueve en punto. Llamó al Hôtel du Cygne, donde se hospedaba, y avisó que no llegaría a dormir. La recepcionista le recomendó un hotel en el centro de Lyon y dijo que podía reservarle una habitación para esa misma noche. Damián aceptó. Después de colgar, atravesó las salas del segundo piso para evitar los pasillos principales atestados de gente. En una sala se topó con una pieza que había visto en México. Se detuvo ante ella. Era la escultura de un personaje regordete, con todo el cuerpo pintado y los puños puestos en la cintura. ¿Por qué estaba ahí? Leyó la ficha.

Soy *La Chupícuaro*, el emblema y distintivo del Museo Branly, dedicado a la cultura universal, pero vivo en el Louvre. Soy una obra de arte de las primeras culturas americanas. Pese a mis veinticinco siglos, conservo una extraordinaria vitalidad. Me encontraron enterrada junto a una hermana idéntica. Ella permanece en mi tierra, en un museo de Acámbaro, México.

Eso lo explicaba, había dos esculturas iguales y ambas eran originales: las dos *Chupícuaros*. En la sala había más obras de origen mexicana, mixteca y maya. A Damián le agradaba que los museos extranjeros contaran con piezas mexicanas en sus colecciones. No soportaba cuando el

arte provenía de saqueos y era vendido como mercancía para el disfrute de unos cuantos.  
Caminó a la estación de tren y se cuidó de que nadie lo siguiera en la noche parisiense.



*Teotihuacan, México, 15 de febrero de 1937*

El maestro artesano Pedro Coxtinica explicó la distribución del espacio en la ciudad de Teotihuacan ayudado por una rama con la que dibujó sobre la tierra suelta. Sus trazos rápidos eran seguidos con atención por Josef Albers, maestro de arte alemán exiliado en Estados Unidos, que realizaba su primer viaje a México. Aunque Pedro hablaba en náhuatl y Josef no entendía ese idioma, las palabras no eran indispensables, pues ambos se comunicaban a través de las formas. A veces, Josef añadía algún detalle al dibujo: líneas que representaban los escalones de las pirámides y grecas que señalaban las serpientes emplumadas del Templo de Quetzalcóatl. Ambos tenían más de cuarenta años, eran delgados y de cabello lacio; sus ojos también eran parecidos: pequeños y de mirada curiosa. Anni Albers, la esposa de Josef, los miraba entusiasmada: dos hombres emocionados por contar sus impresiones alrededor del espacio, la arquitectura y la armonía de las construcciones monumentales de Teotihuacan, la ciudad de los dioses, que acababan de visitar, y que había sido construida hacía más de dos mil años al norte de la capital mexicana.

Los Albers llevaban pocos días en el país. Habían llegado desde Carolina del Norte, donde ambos eran profesores. Hacía mucho que Anni no veía en su esposo esa mirada apasionada, pues la había perdido cuando comenzaron a ser perseguidos en su propio país. Salieron huyendo de Europa, después de que Adolf Hitler ordenó el cierre de la escuela de arte y diseño Bauhaus, donde habían estudiado, se habían conocido y habían sido maestros.

Jordi, el guía mexicano que los acompañaba, los llevó a ese taller artesanal para que compraran algunos recuerdos y partieran de inmediato; sin embargo, los alemanes se lo tomaron con calma. Habían examinado cada pieza: los metates de piedra volcánica para moler maíz; los molcajetes de diferentes tamaños, con sus molotes para martajar; las figurillas decorativas en barro cocido; los cestos de mimbre; los huipiles bordados; los sombreros de palma; las alcancías de yeso; los juguetes de madera; los silbatos de barro que funcionaban con agua; las esculturas de obsidiana...

—Señora Albers —dijo Jordi en inglés—, debemos irnos para llegar a tiempo a la inauguración de la muestra de Diego Rivera, el mayor artista vivo mexicano. También estará su esposa, la pintora Frida Kahlo. No pueden irse sin conocerlos.

—Querido —respondió Anni—, te agradezco la planeación que has hecho para nuestro viaje. Sin embargo, hace mucho que no veía tan entusiasmado a Josef y sé que preferiría quedarse aquí.

—Puedo llevarlos a visitar a muchos otros artesanos, pero sólo hay un Diego Rivera.

—En eso no estoy de acuerdo. Lo que hace esta familia en su taller también es único. ¿Sabes?, nuestro trabajo es más cercano a lo que hay aquí que al arte figurativo de los Rivera-Kahlo. A

nosotros nos gusta simplificar, capturar la esencia básica de la belleza. No usamos el arte para plantear una posición política. ¡Y vaya que tendríamos muchas cosas que decir y reclamar! Pero en nuestro caso... el arte es otra cosa.

—¡No me diga que no le gustan Rivera y Kahlo!

—Claro que me gustan, son grandes artistas, aunque nosotros estamos en el polo opuesto, incluso en nuestra apariencia. Josef y yo vestimos de una manera modesta, cómoda; en cambio, los señores Rivera y Kahlo son elegantes y sofisticados. Junto a ellos, nosotros somos un par de aprendices, y es lo que deseamos seguir siendo. Nos sentimos mejor entre estos artesanos que en la recepción a la que quieres llevarnos.

Jordi asintió, resignado, se puso su sombrero y salió a sentarse en el Ford descapotable que habían dejado estacionado. Horas después los Albers terminaron y llenaron el carro con artesanías y objetos de cocina. Vaya par de alemanes excéntricos: ni siquiera habían regateado, pagaron el primer precio y, en algunas piezas, incluso más.

Antes de irse, Josef Albers copió en su libreta el mapa de Teotihuacan, antes de que lo borrara el viento que anunciaba la noche.

—Anni, hoy aprendí sobre la interacción de las formas y sobre el efecto de los colores —comentó Josef mientras regresaban a la ciudad—. Quiero conocer todo México. Esta gente lleva miles de años creando espacios funcionales y hermosos. Los pueblos, las pirámides y las viejas plazas se funden con el entorno de los paisajes. Ver todo esto me hace querer crear mil cosas y más.

La última frase encantó a Anni. La tristeza por haber dejado su querido país y verlo en manos del nazismo era mucha, pero la belleza de México parecía contrarrestar ese dolor. Al día siguiente partirían al sur, a un lugar de difícil pronunciación para ellos, llamado Oaxaca.

—Vaya nombres —comentó Anni—. Mitla, Teotihuacan, Chichén Itzá. decirlos en voz alta es recrear sonidos milenarios.

—El mismo nombre de México me parece una palabra llena de arte y de espíritu.

Anni abrazó a su esposo y le dio un beso en la mejilla. Cuando hablaba de sus teorías de color, formas y arte, o incluso mientras explicaba aspectos técnicos, sonaba a poesía para sus oídos.

Entraron por el norte de la ciudad, por la avenida de los Insurgentes. En minutos llegaron al Centro. Pasaron frente al recién inaugurado Palacio de Bellas Artes y circularon junto a los tranvías —carros de carga tirados a caballo— y el tráfico de la década de 1930.

La novedad era que la Alameda estaba llena de jacarandas cubiertas de flores moradas, pues ya habían crecido esos árboles plantados después de la Revolución.

—No sabía que febrero fuera tan hermoso aquí —dijo Anni—. Regresemos cada invierno. Regresemos siempre.

No estaba soñando, aunque eso parecía. Damián caminaba en medio de la nada, abriéndose paso entre la neblina espesa que cubría Lyon esa mañana. Nunca había estado en una ciudad que amaneciera así, oculta por la bruma del invierno. La noche anterior, tras su llegada de París, se había hospedado en el Hôtel Le Royal y tan sólo debía cruzar la Plaza de Bellecour para llegar a la entrada del metro, pero no encontraba el camino. Se detuvo, tiritando de frío dentro de su abrigo de Chiconcuac, que había absorbido la humedad y estaba congelado. Se preguntaba por dónde seguir cuando sopló una ráfaga que dejó ver la estatua de un rey a caballo que señalaba algo. ¿Quizá un Palacio de Minería como el rey de *El Caballito* mexicano? No, en realidad señalaba hacia la calle Émile Zola, cerca de la esquina en la que estaba el vigilante de piedra, una escultura que recordaba la ejecución, en ese lugar, de cinco miembros de la Resistencia francesa por parte de la Gestapo durante la ocupación alemana.

Se escuchó música. Una agradable melodía de clarinete y saxofón con la que daban ganas de bailar. Damián avanzó siguiendo ese ritmo y se encontró con hombres y mujeres con abrigos oscuros abotonados hasta el cuello, que ocultaban su cabellera bajo gorros y boinas. Encontró a la pareja de músicos parados en la entrada del metro y lanzó una moneda al estuche abierto del saxofón, cuya ejecutante era una chica de mejillas enrojecidas por el frío que asintió para agradecer. Damián descendió al metro entre los ecos de la música y los gritos amplificadas de unos niños que cargaban sus mochilas para ir a la escuela. No iban acompañados de adultos. Bromeaban, bailaban y reían. Años después él se olvidaría de muchos monumentos y lugares importantes, pero un día volvería a escuchar esa melodía y descubrirá que se llama *Danzando en la niebla*. También se acordaría de todos los detalles de esa mañana, incluso de los gritos de los niños. Es curiosa la forma en que funcionan los recuerdos de viaje.

Llegó a la terminal del metro y de ahí tomó un tranvía a Meyzieu, una población a las afueras de Lyon. La estación se limitaba a unas bancas techadas y a una máquina para comprar boletos. Fue el único en bajar en esa parada y no había a quién preguntar, pero al menos en esa zona no había neblina. Podía caminar hacia la que parecía una fábrica abandonada o hacia una propiedad bardeada. Escogió la barda, la rodeó y encontró un portón en el que tocó. Su plan era sencillo: preguntaría por una pintora idéntica a Frida Kahlo; eso era todo lo que tenía. No abrieron y se asomó por un hueco. Encontró lo que menos esperaba: un avestruz lo miraba agitando sus enormes pestañas. Se asomó por otro lado y vio a más de esas aves gigantes picoteando charcos de hielo. Sus plumas esponjadas parecían bien adaptadas al frío. Ese terreno bardeado era un criadero. Resopló con la boca, un gesto recién aprendido de los franceses, y cruzó al otro lado de las vías.

Pasó la fábrica abandonada y atravesó un terreno lleno de desechos: sillones, televisiones, carros de supermercado... Ésa debía ser la parte menos turística de Francia. Por fin llegó a un

crucero vial con un supermercado, una farmacia y otros negocios. Decidió entrar al Café Argelia. Las mesas estaban ocupadas por hombres concentrados en ver una televisión que mostraba las noticias en árabe. En la barra aguardaba un barista, un joven moreno que lo saludó de una manera que no entendió.

—*As-salamu alaykum...*

—*Bonjour* —respondió Damián y el joven cambió al francés.

—Pensé que hablabas árabe. ¿Un café?

Damián aceptó. El joven molió el café en un molino ruidoso, puso una carga generosa y dio un golpe a una vieja cafetera para ponerla a trabajar. Sirvió la bebida con elocuencia y la acompañó de un vaso de agua que colocó con fuerza sobre la barra.

—¿Te gustaría una rebanada de tarta de dátiles para acompañar tu café? —preguntó el barista.

—Sí, gracias. ¿Pensabas que era de algún país árabe?

—Conozco a un tunecino que se parece a ti —dijo el barista y detuvo a Damián cuando estaba por dar un primer trago a su café—. No, no. Primero el agua; después el café.

Aceptó el consejo. Bebió primero un trago de agua fría, la boca le quedó fresca y, al probar el café, adquirió un sabor que le llenó todas las papilas gustativas. Eso sí, estaba cargadísimo. Si se tomaba otro igual por la tarde ya no dormiría esa noche, pero a esa hora sentía que avisaba sus sentidos.

—¿De dónde eres?

—Soy mexicano —respondió Damián y preguntó lo que le interesaba—. Estoy aquí porque busco a una pintora que se viste como Frida Kahlo y al parecer vive en Meyzieu. ¿La conoces?

—A Frida Kahlo, sí; a una señora que se viste como ella, no; pero espera.

El joven gritó en árabe a los parroquianos si conocían a una persona como la que Damián buscaba. Todos se involucraron y comenzaron a hablar entre ellos. La palabra “México” se escuchaba de mesa en mesa. Algunos reaccionaban sorprendidos, seguramente por la visita a ese sitio de alguien de un país tan lejano. Un viejo menudo, de bigote, saco, pantalón holgado y sombrero arrugado golpeó la mesa. Se hizo el silencio y el joven de la barra se aproximó para escucharlo y traducirlo.

—El señor Medhi dice que conoce a una mujer que pinta cuadros y vive enfrente del lago. Él también es pintor, pero de brocha gorda. Una vez llevó a sus empleados a pintar su casa.

Medhi, que debía ser el más viejo del café, hablaba en árabe con una expresividad que Damián no había visto en otro idioma; puntualizaba cada frase para que el traductor la comunicara de forma precisa. De verdad parecía decir cosas muy importantes.

—Dice que para llegar tienes que caminar hacia el lago Le Grand Large. Cuando llegues a la ribera, debes seguir a la derecha, unos veinte minutos hasta subir una colina donde se ubica el parque de los niños y luego bajar. El sendero te llevará hasta su casa.

—Muchas gracias.

El viejo se levantó. Era pequeño de estatura, pero su vejez y seriedad infundían respeto... Agregó una frase.

—Hay un detalle más. No sé si sea importante, pero dice que pintaron la casa de azul —dijo el joven barista—. Espero que sea la que buscas.

—¡Ojalá! —exclamó Damián en español.

—¿Dijiste *Inshallah*? Eso significa “si Dios quiere” en nuestro idioma.

Así se enteró Damián de que existía una mujer parecida a Frida viviendo en una casa azul; y que, al decir “ojalá”, imploraba la ayuda de Alá, el nombre de Dios en árabe. Agradeció la ayuda,

pagó y echó un último vistazo a ese café de periferia al que difícilmente regresaría.

Siguió las indicaciones, caminó entre árboles sin hojas y llegó al lago. Era inmenso; el agua tenía un color azul pálido. Unos cisnes flotaban con las plumas esponjadas y algunos patos picoteaban pedazos de pan que la gente dejaba en las orillas. A pesar del frío, una joven en *short* y camiseta pasó corriendo, seguida de un señor sin camiseta que sudaba por el esfuerzo.

Pasó frente a un restaurante especializado en ancas de rana y se detuvo en un mirador desde donde se apreciaba el paisaje lacustre. Había decenas de barcos atracados y pequeños veleros con las velas enrolladas en el mástil. Del otro lado se distinguían los rascacielos de Lyon y el sol pálido rodeado por un halo de nubes.

Siguió hasta una colina donde había un área de juegos infantiles. Al bajar caminó por un malecón de madera golpeado por el agua. Había mesas y sillas de playa. Aquello debía renacer en los días soleados. El siguiente tramo fue el más solitario; una media hora de caminata por senderos a orillas del lago. De vez en cuando aparecían letreros que alertaban sobre riesgos de inundación repentina y otros con una figura humana flotando en el agua y la amenazadora frase DANGER DE MORT. Cuando comenzaba a desesperarse, vio una casa azul de dos pisos. Tenía un jardín y un porche adornado con móviles de conchas marinas y carrillones de viento que creaban una plácida música incidental. Tocó el timbre y una mujer se asomó a la puerta de la entrada. Su cabello negro y suelto le llegaba a los hombros; usaba pantalones para esquiar y se cubría con un rebozo de flores moradas y azules, como el que usan las mujeres en las zonas altas y frías de Chiapas.

—Me llamo Damián Diosdado. Busco a la Tercera Frida.

La mujer se acercó. Con una leve sonrisa y ojos curiosos, escudriñó el rostro de Damián a través de la reja. Damián hizo lo mismo. Observó a esa mujer sin maquillaje, de ojos vivaces en forma de almendra, nariz delgada, aguileña, pómulos marcados, cejas unidas y una fina velloidad que crecía sobre sus labios carnosos. Claro que se parecía a Frida Kahlo.

—Espera —dijo la mujer en español, con un acento francés que se marcó con fuerza en esa primera *erre* pronunciada—. Déjame ver tus orejitas de armadillo y esos ojos de ocelote. Tienes la expresión curiosa de esos conejitos de los volcanes llamados teporingos, que muero por conocer. ¿Los has visto alguna vez?

Damián iba a decir algo, pero ella tomó sus manos a través de la reja.

—Qué hermosas. Finas y bien hehecitas, como las manitas del ajolote —añadió mientras las acariciaba y les daba vuelta para verlas por ambos lados.

—¿Eso es lo que habría dicho Frida Kahlo? —preguntó Damián.

—No lo sé. Yo no soy *esa* Frida, ni la segunda: yo soy la Tercera Frida. Pasa.

La mujer sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y Damián entró. Atravesaron el jardín entre el sonido de los carrillones de viento, que se acentuó por una ráfaga repentina. Dentro, la casa azul estaba decorada con muebles rústicos, una mecedora, alebrijes, guajes, juguetes de madera, calaveras de cartón, papel picado y maíces secos de colores colgados en la cocina. Un brasero diminuto despedía un aroma a incienso, especias y condimentos. Damián había entrado a casas similares en lugares como Tepoztlán y Cuernavaca. No esperaba encontrar algo así en ese rincón de Francia.

—Sé quién eres y a qué vienes —dijo la Tercera Frida y con un gesto lo invitó a sentarse en un sillón cubierto con sarapes coloridos—. Tonatiuh me habló de ti; me dijo que podrías dar conmigo. Yo no le creí, pero aquí estás. Como no me gusta perder el tiempo en presentaciones, te

contaré cómo me di cuenta de que yo era la Tercera Frida.

La mujer tomó una jarra de barro decorada con flores, sirvió dos vasos de agua de limón con chía y acercó un frasco lleno de palanquetas de cacahuete. Damián apostó que hasta el último de los objetos de esa casa había sido meticulosamente enviado desde México, incluidos los alimentos.

—Fui adoptada. Mis padres eran una pareja mayor y aquí crecí. A los once años estaba obsesionada por descubrir mis orígenes. ¿De dónde venía? Un día la escuela nos llevó a París, a ver una muestra de Frida Kahlo de la que todo mundo hablaba. Me reconocí en una foto de Frida a la misma edad. Éramos idénticas. Compré una postal con esa imagen y la puse junto a mi espejo. Me pregunté si no sería una mexicana que había llegado a Francia. De adolescente aumentó mi parecido con ella; comencé a leer sus biografías y a conocer todas sus pinturas. Decidí entrar a un liceo artístico para aprender a pintar y ahí descubrí lo verdaderamente increíble: no sólo me parecía físicamente a ella; también tenía su trazo. Conforme avanzaba mi aprendizaje, lograba copiar cada una de sus pinturas a la perfección. Aprendí español, me empapé de México, me vestí como ella y un día tuve una revelación. La primera Frida había muerto en 1954, a los cuarenta y siete años; la segunda era la que pintó y se convirtió en el mito que todos conocemos. Yo debía de ser la tercera Frida, la trilliza encargada de continuar su obra. Esa explicación, por absurda que parezca, le dio sentido a mi vida.

—Tu parecido con ella es innegable —intervino Damián—, pero estoy aquí para indagar si tú pintaste las falsificaciones de *La mesa herida* que Tonatiuh vende como originales.

—¿Cómo podría falsificar un cuadro que yo misma pinté?

—Copiaste esa pintura de una foto y Tonatiuh la vendió como la original.

—¿Acaso has visto una buena foto de *La mesa herida*? Sólo hay dos, ambas malas y en blanco negro. La foto a color que circula es de la pintura que hice para el museo de Frida en Alemania. Tuve que inventar parte de esa pintura; no es una falsificación, sino una colaboración entre la primera Frida y yo.

—En México, un pintor fue acusado de hacer las falsificaciones que tú pintaste. Está muerto; le dieron un balazo entre los ojos.

—¿Un hombre muerto? —la Tercera Frida se llevó la mano a la boca; no parecía estar al tanto—. Yo no tengo la culpa. Las copias que hice no están firmadas y pinté una frase oculta que las desacredita.

—Pues Tonatiuh las firmó, las envejeció y las vendió con todo y esa frase a coleccionistas.

La Tercera Frida se puso de pie, fue a una repisa, descorrió unas cortinas y dejó al descubierto una copia de *La mesa herida*. Tenía el mensaje TOI-MÊME escrito.

—Ésta fue la primera prueba que hice. Escribí eso para burlarme de quienes creen que pueden poseer a Frida con su dinero. Yo pinté esas copias para vengarla.

—¿Vengarla? ¿De qué?

—*La mesa herida* fue la obra maestra de Frida Kahlo, pero el mundo fanático, belicoso y machista no supo apreciarla. Te voy a contar lo que he descubierto.

## LA PINTURA QUE DABA MIEDO

—Dicen que las primeras personas que vieron *La mesa herida* salieron asustadas. Es posible. Nomás hay que mirar lo perturbador que es cada personaje. El niño que observa la escena con miedo; la niña que mira al espectador, como una Frida niña, malévola y feliz de meternos a su pesadilla; el personaje de overol, el gigante de brazos tiesos y cabeza diminuta. En el centro, Frida, tranquila, guapa y muy joven, pero con una prótesis horrible que sale de su codo derecho y que se une a un monstruo. Ese personaje fue el que más trabajo me costó pintar. En las fotos que sobrevivieron de *La mesa herida* parece un dios prehispánico, aunque si lo ves bien, también podría ser una especie de don Quijote. Decidí pintar algo de los dos: un Quijote prehispánico. Sigue el esqueleto de pie, que parece pisar un chorro de sangre seca. ¿Y luego? En la mejor foto de la obra, Frida posa frente al cuadro y tapa esa parte. Algo se asoma detrás de ella. En la otra foto parece que se trata de un animal. ¿Será Granizo, su venadito mascota? Pues eso fue lo que pinté.

”Regresemos a la pintura original. Se expuso en Nueva York y un crítico escribió que parecía un cartel del circo de fenómenos de P. T. Barnum. Frida y Diego se casaron de nuevo y, por cinco años, *La mesa herida* estuvo colgada en la Casa Azul de Coyoacán, hasta que Frida la mandó a la entonces Unión Soviética. Una veintena de artistas mexicanos también enviaron obras de arte. Nombres célebres como Lola Cueto, Raúl Anguiano, Olga Costa y Manuel Álvarez Bravo. Diego Rivera también mandó una pintura llamada *Gloriosa victoria*, de tema político. Meses después, el Soviet Supremo mandó una nota a su embajada mexicana donde agradecía las obras de arte y, de manera increíble, mencionaba que el cuadro de la señora Frida Kahlo no sería aceptado y que deseaban regresarlo. ¿Qué fibra sensible habrá tocado en los soviéticos para que no lo quisieran cerca? Se atravesó la Segunda Guerra Mundial y el cuadro no fue devuelto. Por un lado, los nazis prohibieron el arte moderno y abstracto, tachándolo de degenerado. Por el otro, los soviéticos detestaban el representativo arte clásico, al que calificaron de burgués. La guerra del arte. Los comités soviéticos determinaron que *La mesa herida* era un ejemplo de “arte surrealista burgués” y refundieron el cuadro en una bodega. ¡Y a la pintura tampoco le habría ido bien con los nazis! Ellos la habrían quemado. Frida estaba adelantada a su tiempo y a cualquier ideología política.

”Cuando acabó la guerra, ella misma intentó recuperar su pintura y envió un montón de cartas que nadie contestó. En 1952 hubo una magna exhibición de arte mexicano en París y solicitó el traslado de *La mesa herida* para la muestra. Los soviéticos contestaron sólo para decir que su pintura tenía tan poco valor artístico que no valía la pena pagar el envío. Eso ya era una venganza, porque Diego y Frida habían recibido en México a León Trotski, el gran enemigo de los líderes soviéticos de entonces. Aquí la historia se llena de espías; Trotski fue asesinado con un piolet por un español que era en realidad un agente de Stalin. Frida se calmó un tiempo, pero no se dio por

vencida. Pasó los últimos meses de su vida solicitando la devolución de su pintura. Cuando murió, Diego siguió insistiendo y ocurrió un milagro: *La mesa herida* salió de la oscuridad y fue prestada para ser exhibida en la capital de Polonia.

—Y es ahí donde desapareció para siempre —intervino Damián.

—A eso quería llegar. El año pasado, Tonatiuh y yo viajamos a Varsovia y hablamos con la directora de la Galería Zacheta, donde se afirmaba que se había exhibido por última vez *La mesa herida*. Nos contó que la pintura fue entregada para su siguiente exposición en Sofía, la capital de Bulgaria. Fuimos a ese país, buscamos en la hemeroteca y descubrimos que estuvo en Sofía y Plovdiv, de donde partió a la capital de Rumania. Nos dirigimos a Bucarest, donde encontramos el catálogo de la muestra de arte mexicano y sí la mencionan. Incluso leímos reseñas locales donde decían que *La mesa herida* era una pintura terrorífica y “no apta para que la vean los niños o los ancianos”. La siguiente ciudad de la gira era Cluj-Napoca, pero ya no aparece allí. Tampoco en Alemania ni Checoslovaquia, los siguientes países visitados. *La mesa herida* no desapareció en Polonia, sino en Rumania. Estábamos buscando en el lugar incorrecto.

La Tercera Frida levantó sus cejas unidas.

—¿Y entonces...? No me digas que encontraron la original.

—Ven conmigo y trae tus ojos de ocelote.

La Tercera Frida se puso de pie y Damián la siguió por habitaciones con artesanías de todos los rincones de México: cajas de Olinalá, guitarras de Paracho, barro negro de San Bartolo Coyotepec, muñecas de Amealco, tapetes de Teotitlán, alebrijes de San Martín Tilcajete...

Llegaron a un salón amplio, un taller lleno de pinturas en las paredes y sobre bastidores. Damián giró la mirada, impresionado; no esperaba ver eso.

—Estás viendo, en exclusiva, la colección de la Tercera Frida. Cuarenta lienzos reinventados.

Ahí estaban todas las pinturas de Frida Kahlo, reproducidas a la perfección, excepto porque incluían detalles que no tenían las originales. *Las tres Fridas* se encontraba en el centro de la habitación; tenía el mismo tamaño de la pintura original, pero la Tercera Frida aparecía a la derecha de las otras dos, con un vestido blanco y un gorro frigio rojo, como la Mariana francesa. En *Retrato de Frida y Diego*, la Tercera Frida estaba pintada como una niña, de la mano de ambos, y sostenía un broche con la imagen de un personaje conocido.

—¿Pintaste a Tonatiuh de Pocasangre en ese broche? —preguntó Damián.

—Él es mi Diego. Abrió una galería con mi nombre en la Ciudad de México.

—¿Tonatiuh te pidió pintar los cuadros falsos a cambio de esa galería?

—Ya te dije que yo no pinto cuadros falsos. Acúsame si quieres: yo sabré defenderme.

—No me has dicho si encontraron el cuadro original...

—Debes irte. Necesito prepararme para la presentación de esta noche.

—Pero...

—Sigue el sendero por el que llegaste y encontrarás una parada de autobús; en diez minutos pasa el que va directo a Lyon. ¡Corre o lo perderás!



Damián se bajó en la Plaza de los Terreaux, en el centro de Lyon. Ya podía decirle a don Fernando Mondragón que había encontrado a la falsificadora del cuadro que compró, pero aún faltaba detener a Tonatiuh; le quedaban dos días en Francia para lograrlo.

Caminaba tan ensimismado que no puso atención a la fuente a la mitad de la plaza, decorada con la escultura de la diosa del mar Anfitrite sobre un carruaje tirado por cuatro caballos. Tampoco supo que la hizo Bartholdi, el mismo escultor de la Estatua de la Libertad de Nueva York.

Al levantar la mirada cuando ascendía por una calle que remontaba una colina, vio a unos ciclistas que se esforzaban pedaleando cuesta arriba y a otros que descendían, muy ufanos, gracias a la fuerza de gravedad, sin posar las manos en el manubrio.

Sintió las manos congeladas; debía entrar a un lugar con calefacción. Buscó el nombre de la calle: du Griffon. Había una cafetería que parecía acogedora y estuvo a punto de entrar, pero se detuvo. Caminó al siguiente local, una tienda de juegos de mesa marcada con el número seis. ¿Qué buscaba? No podía verbalizarlo, pero intuía que por ahí había algo que le interesaba. Llegó a una puerta de cristal, señalada con el número ocho. Encontró la señal que buscaba: un letrero con un águila posada sobre un nopal y devorando a una serpiente. Era la indicación de que había llegado al Club du Mexique.

Metió ambas manos en los amplios bolsillos de su abrigo, llenos ya de recibos de compras hechas durante el viaje. Encontró la tarjeta que le había dado su compañero de vuelo México-París, Daniel Barda, director de esa asociación ubicada en el número ocho de la calle du Griffon. Sonrió complacido. ¿Había llegado ahí por casualidad o una parte de su inconsciente recordaba esa dirección de memoria y lo había guiado hasta ahí?

Empujó la puerta y recibió los buenos días de una hermosa joven sentada detrás de un escritorio. Damián observó su cabellera rubia recogida, de la que salían mechones de cabello que caían sobre sus sienes. Bastó ese instante de contemplación para que el detective pensara en la adaptación genética que durante miles de años aclaró el iris de las personas que vivían bajo la luz escasa de esas latitudes. En síntesis: la chica tenía unos hermosos ojos color gris intenso.

—*Do you speak English?* —preguntó la joven, ante la perplejidad de Damián.

—Hablo francés —contestó Damián y aclaró la voz para pronunciar de la mejor manera posible—. Busco al señor Daniel Barda, me llamo Damián y vengo de México.

La joven se puso de pie. Se dirigió a unas escaleras que conducían al entresuelo. No parecía impresionada por la mexicanidad del visitante, por supuesto... ¿qué esperaba? Tampoco llegaba de otro planeta. Damián sacudió la cabeza y se golpeó las mejillas entumidas por el frío. En efecto, era una joven muy guapa, de las más hermosas que había visto en su corta vida, pero debía

concentrarse en su trabajo.

El viejo Daniel Barda bajó las escaleras.

—¡Vaya! Pero si es el detective de tesoros mexicano. Bienvenido. Ya conociste a Héléne, mi nieta.

—Mi abuelo me contó de ti —dijo Héléne y lo saludó con un beso en cada mejilla—. Siéntate, por favor, porque necesito que me aconsejes.

Daniel y Damián se sentaron en dos sillas colocadas frente al escritorio.

—Damián, ¿recuerdas la historia que te conté en el aeropuerto? Ella recuperó mi reloj —comentó Daniel Barda.

—*Alors* —comenzó a explicar Héléne con un fólter en la mano—. Los nazis se llevaron todo lo que pudieron vender del departamento de mi bisabuelo y destruyeron el resto, pero dejaron tres fotos donde se aprecian algunas obras de arte. Quizá puedas darnos algún consejo para saber dónde buscarlas.

Damián observó las fotos: la primera era una mujer parecida a Héléne, posando junto a una chimenea decorada con la escultura de un par de personajes besándose. La segunda era el retrato de un matrimonio en su salón, frente al cuadro abstracto de unas frutas. La tercera era del matrimonio, que abrazaba a un niño pequeño durante una comida. En la pared había un cuadro.

—Ese niño soy yo —intervino Daniel.

Damián asintió sin distraerse. La foto era vieja y había perdido contraste, así que se inclinó para acercarse a una lámpara que estaba sobre el escritorio. Héléne y su abuelo se miraron.

—Creo que he visto este cuadro —dijo Damián y sacó su teléfono para mostrarles la foto del dibujo que Marion había comprado.

—Pues sí, parece el mismo dibujo: las líneas coinciden —comentó Héléne entusiasmada.

—¿Dónde lo viste? —preguntó Daniel.

—Una amiga compró ese dibujo en una subasta en París. Se titula *Teotihuacan* y el autor es Josef Albers.

—Podría ser el mismo cuadro que los nazis le robaron a mi familia —comentó Héléne—. ¿Qué nos recomiendas hacer?

—Buscar más pruebas. Algún documento que mencione que Josef Albers vendió ese cuadro a tu bisabuelo. Yo quisiera ayudarlos, pero me voy de Francia mañana por la noche.

—Es poco tiempo... —dijo Héléne, pensativa—. Se me ocurre algo. Hay un Centro de Historia de la Resistencia y la Deportación. Puedo ir mañana temprano a investigar. Si encuentro alguna pista, te llamo al mediodía. ¿Te parece bien?

Se pusieron de acuerdo. Era justo que los Barda recuperaran algo de su patrimonio, y si se comprobaba que ese dibujo perteneció a los bisabuelos de Héléne, Damián podría acusar a Tonatiuh de vender arte robado por los nazis. Metió las manos en su abrigo para sacar una de sus tarjetas de presentación y dársela a Héléne, y encontró la foto que le había enviado su papá, con el antiguo letrero de una calle y la nota: “Para que te diviertas traducéndolo”.

—¿Ustedes saben qué significa “calle Pisse-Truie”? —preguntó Damián; Héléne y Daniel soltaron una carcajada.

—La *truie* es la hembra del cerdo, pero dicho de manera despectiva —explicó Héléne—. Y la *pisse*, pues... es una palabra que se entiende en todos los idiomas.

—Entonces, el nombre de esa calle podría traducirse como “de la Pipí de la Cochina” —opinó Damián y se enfrascaron en una extraña discusión.

—Pero *pisse* es meados, no pipí —aclaró Daniel Barda

—Entonces... ¿calle de los Meados de Puerca?

—Yo lo traduciría como “calle de la Puerca que Mea” —intervino Hélène: ésa fue la primera frase en español que Damián le escuchó.

—Pues qué elegancia la de Francia —concluyó Damián—. Imagino que esa calle huele mal.

—Podemos ir y comprobarlo —propuso Hélène—. Está aquí, en el Viejo Lyon.

Damián aceptó. No tanto por el interés en esa calle, sino por la posibilidad de dar un paseo con Hélène. La vio enrollarse una bufanda kilométrica con gran habilidad. Minutos después caminaban por Saint Jean, la calle peatonal con el mayor número de edificios renacentistas del Viejo Lyon. Damián temblaba y se frotaba las manos; soplabla una corriente de aire helada. Hélène le sugirió comprarse unos guantes y un gorro en una tienda de *souvenirs*. Damián agregó a su compra una bufanda color azul y rojo con el escudo de la ciudad.

—Es una bufanda de nuestro equipo de futbol, el Olympique de Lyon —aclaró Hélène y lo ayudó a acomodársela alrededor del cuello.

Para cortar camino atravesaron varias *traboules*, pasadizos que conectan los edificios a través de pasillos y patios.

—Aquí hay decenas de estos laberintos; la Resistencia francesa los usó para escapar de los alemanes —comentó Hélène en esa inesperada visita guiada—. Llegamos.

—Pero es la calle Mourguet —protestó Damián al leer la placa.

—Mira otra vez —aconsejó Hélène.

Damián notó que había otro letrero, desgastado y antiguo, que decía: “Rué Pisse-Trueie”. Era el mismo lugar de la foto que su papá le había mandado. De seguro andaba de paso y el nombre le había parecido gracioso.

Hélène sugirió ir a la catedral de San Juan. Admiraron la fachada tallada con monstruos, demonios, gárgolas y escenas bíblicas.

—Una catedral gótica es algo nuevo para mí —dijo Damián—. No existe nada igual en México ni en toda América.

—Lo mismo sentí yo cuando vi mi primera pirámide mexicana —contestó Hélène.

El interior de la catedral estaba iluminado con vitrales coloridos. Otro de sus tesoros era un reloj medieval, el cual mostraba las fases de la luna, una lista con los santos de cada día, las fiestas religiosas, las estaciones y la hora.

—Es mecánico y fue hecho en una época en la cual se creía que la Tierra era el centro del universo; por eso el Sol y los otros planetas giran alrededor suyo —explicó Hélène.

En ese momento se escucharon campanas y se abrieron unas puertas por las que desfiló un cortejo de ángeles y santos; un pequeño demonio se asomó y un arcángel lo hizo huir con su lanza.

Hélène le preguntó qué opinaba de la comida francesa y Damián le respondió que sólo había comido sándwiches y sushi, así que fueron a un *bouchon*, el nombre de los restaurantes tradicionales de Lyon. Ingresaron a un local de mesas redondas y decoradas con manteles blancos y rojos. De entrada pidieron *quenelles*, una especie de tamal de trigo que al prepararse se hincha, y se sirve acompañado de una salsa de jitomate y champiñones. Siguieron con media gallinita *pintade* al horno con lentejas y con una tabla de quesos. Acompañaron sus platos con vino tinto de Beaujolais, una región vinícola cercana. Todavía les quedó espacio para compartir un *éclair aupraliné*, un bollo alargado con pasta de avellana y trozos de almendra.

—Necesitaba comer bien para pensar mejor —dijo Damián justificando la comilona.

El último lugar del recorrido fue el Palacio de Justicia, un edificio estilo templo romano a orillas del río Saona. Hélène le contó que ahí fue juzgado el Carnicero de Lyon, el temible nazi

que controló la ciudad durante la ocupación alemana; la justicia había tardado cincuenta años en encontrarlo.

Comenzó a nevar y Damián extendió su mano para que se cubriera de copos.

—No sabía que el invierno fuera tan hermoso aquí —comentó Damián.

—Eso lo dices porque vienes por poco tiempo. Una vez pasé febrero en México y me enamoré de esos árboles de flores moradas. ¿Cómo se llaman?

—Jacarandas.

Se despidieron. Damián atravesó la pasarela para cruzar el río. Deseaba ir a la presentación de la subasta en la que esperaba hallar a Tonatiuh. Aún le quedaba tiempo para comprarse un buen abrigo.

Cuando estaba por llegar al otro lado del río, vio que se acercaba por el puente el mismo muchacho moreno que lo había perseguido en París, con su inseparable bolsa de mandado. Damián retrocedió unos pasos, se dio la media vuelta y cruzó el puente de regreso. Escuchó que él le gritaba algo, pero no se detuvo. Se echó a correr y se perdió por las calles del Viejo Lyon. Llegó de nuevo a la calle Pisse-Truie. El muchacho apareció en la esquina y Damián se refugió en el quicio de una entrada. La puerta estaba abierta y se metió para esconderse. El interior tenía una escalera redonda de peldaños tan desgastados que era fácil resbalarse. Los techos parecían para gente muy pequeña y los departamentos tenían puertas que recordaban un calabozo. Siguió subiendo por las escaleras circulares que parecían llevar a un pasado remoto. Para su sorpresa, el lugar estaba habitado. Cada puerta tenía un letrero. Comenzó a leerlos: L. GALAMBOS, IVARSSON, M. PAPANIKOLAOU, MME. PELLETIER... Se detuvo antes de llegar al último nivel. Estaba oscuro, apestaba a humedad y el aire helado silbaba al pasar por los resquicios de las paredes. Pensó que lo mejor sería regresar, pero no resistió y leyó el último letrero:

#### DARÍO DADO LAZOS

Se quedó quieto, pronunciando ese nombre que le decía algo. Quizás era una coincidencia.

Llamó a la puerta; se escuchó el cerrojo y un hombre se agachó para salir. Tenía un gran bigote, camisa vaquera y se cubría con un jorongo.

Miró a Damián con ojos profundos y ojerosos:

—Traes puesto mi abrigo. Pásale.

## ENCUENTRO EN EL VIEJO LYON

Cuando Damián leyó Darío Dado Lazos en la puerta, sospechó que era un anagrama hecho con las letras del nombre de su padre, Lázaro Diosdado. No se equivocó. A pesar de la entrada diminuta, el departamento era un espacio amplio, con paredes de piedra y techos con vigas. Había pocos muebles, los necesarios, y un escritorio ocupado por mapas extendidos y enrollados.

—En tiempos de calor el lugar es agradable —comentó Lázaro—. ¿Cómo me encontraste?

—Tú me mandaste la foto de la calle donde vives —le explicó Damián—. Tal vez querías que llegara aquí.

—Es posible; quizá te llamé de manera inconsciente.

—Y de manera consciente me abandonaste.

—¿Lograste traducir el nombre antiguo de la calle? —preguntó Lázaro sin hacer caso al reproche—. La parte del Viejo Lyon tenía nombres buenísimos. Existía la calle del sombrero rojo, otra de la piedra agujereada, la del niño que orina, la de la muerte que triunfa y, mi preferida, la subida de los rascatraseros.

—¿Llevas setecientos cuarenta y cuatro días fuera de México para investigar los nombres viejos de las calles?

—¿A poco llevas la cuenta? —preguntó Lázaro, mesándose su casi calva cabeza.

—¿Por qué desapareciste de esa forma? ¿No pensaste que me preocuparía?

—No desaparecí. Seguido te mandaba postales.

—Dirás fotos raras con frases crípticas. Esas adivinanzas no sirven cuando alguien habla mal de ti.

—¿Pues qué andan diciendo?

—Que traficas piezas de arte, que te dedicas al saqueo, que vives escondido como un criminal...

Lázaro se acarició los bigotes y miró hacia su cocina.

—¿Quieres café de olla? Es de Veracruz, y en una tienda árabe encontré algo idéntico al piloncillo.

Damián negó con la cabeza, estaba molesto por la evasiva y se levantó para caminar por el departamento.

—¿Ya no recuerdas que tuviste una vida en México y que te queda un hijo? Yo te esperé el día que ibas a regresar. Cada que suena el teléfono del despacho pienso que podrías ser tú, pero sólo piensas en ti y yo no te importo, ¿verdad?

Damián dejó de hablar. Encontró un rincón con fotos de María, su mamá, y del abuelo. En otra aparecían los cuatro en la azotea de su despacho en la calle Motolinía.

—¿Por qué te detienes? Desahógate. Tienes razón. Estaba deprimido. No quería que me vieras

así y no sabía a dónde dirigir mis pasos, pero debí buscarte —dijo Lázaro y se acercó con una taza de café, que Damián tomó con ambas manos para calentarlas.

—Hiciste este altar para mi mamá y el abuelo. Ellos se dedicaron a cuidar nuestro pasado, a desenterrarlo con sus propias manos y a mostrarlo en lugares donde la gente pudiera admirarlo y tú, tú lo vendes al mejor postor —reclamó Damián—. Tal vez hasta le surtes piezas a Tonatiuh de Pocasangre y por eso estás aquí.

—Eso sí que no —se defendió Lázaro, aunque Damián no lo dejó seguir.

—Y me dejaste solo con la Agencia de Detectives y...

—¿Y acaso no has podido con ella? —interrumpió Lázaro—. ¿Crees que no estoy al tanto de ti? Sé que encontraste la moneda de la muerte, y eso me llenó de orgullo, pero cuando te enojas no razones. ¿Todavía no te das cuenta de lo que hago en Lyon?

Damián dio un trago a su café; de verdad estaba bueno, mas no le diría nada a Lázaro. Comenzó a escudriñar alrededor. Los mapas sobre el escritorio eran de rutas marítimas y tenían señalados algunos recorridos desde Sudamérica hasta Europa. En la entrada había una caja con llaves, monedas, caramelos y boletos del metro. Fue al perchero, donde colgaban suéteres, abrigos, corbatas, gorros, bufandas. Esculcó hasta dar con un chaleco antibalas. Sacó su teléfono para buscar algo.

—¡Epa! —exclamó Lázaro—. No necesitas internet. Hazlo a la antigüita.

—Lyon es...

—Caliente, caliente. Vas bien.

—Lyon es el cuartel general de la Interpol, la Policía Internacional.

—A tus órdenes, mijo —dijo Lázaro y sacó de abajo del jorongo un gafete que colgaba de su cuello—. Agente Diosdado de la Unidad de Patrimonio Cultural, conocido en los bajos fondos como Osado D. Dolariza, supuesto ricachón texano que quiere comprar esculturas de Rodin. Solitos caen. Llegan a ofrecerme piezas más falsas que una moneda de seis pesos. Desarticulo redes de distribución de arte robado, atrapo saqueadores de tumbas mayas y sufro para encontrar buena comida mexicana.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Al principio no quería que los criminales se enteraran de que tengo un hijo. Mi siguiente pretexto fue no querer distraerte de tu trabajo como detective. Luego esperaba lograr una gran detención de criminales y aparecer triunfante. La verdad es que todo se reduce a una razón...

—¿Cuál?

Lázaro quedó en silencio y sus ojos miraron por un instante la foto de su esposa.

—No acepto que haya muerto. Y la Ciudad de México, lo que yo hacía antes; tú mismo, me la recuerdan tanto... Necesitaba estar solo. Perdóname.

—A mí también me dio tristeza y no me escondí de ti —reclamó Damián tras un momento de silencio—. Debo irme. Tengo mucho trabajo y poco tiempo.

Damián se salió, Lázaro lo dejó marcharse y se quedó quieto, con la mirada perdida. Escuchó los pasos de su hijo bajando las escaleras. De repente dio un salto, corrió a un armario, descolgó un abrigo negro y bajó las escaleras pegando unos gritos que debieron escucharse en todos los apartamentos del vetusto edificio:

—¡Espera, regrésame mi abrigo de Chiconcuac!

Damián iba a la mitad del camino y vio a su padre a punto de caer por esos escalones desgastados y angostos con tanta prisa.

—¿Esto es lo que te interesa? —preguntó Damián, molesto, y se quitó la prenda.

—Hagamos cambalache. Toma.

Damián se dejó colocar el abrigo negro. Notó la diferencia. No sentía frío y dejó de oler a humedad. La lana se sentía suave y olía a nueva.

—Lo compré en Italia y me quedó chico —dijo Lázaro con voz titubeante.

—¿Seguro que lo compraste para ti? Porque me queda perfecto.

—Arriba tengo una boina, una bufanda, botas de invierno, camisas y unos guantes nuevos que también me quedaron chicos. Sube, por favor.

Damián aceptó regresar. Se puso los útiles regalos de su padre; era obvio que los había comprado pensando en él, pero no le dijo nada. Se miró en un espejo y admitió que se veía mejor que antes.

—Yo sé que tienes prisa, pero escúchame. He sido un tonto y no quiero continuar siéndolo. Cuéntame qué andas buscando: tal vez pueda ayudarte.

Damián respiró hondo:

—Vine a detener la venta de cuadros falsos de una pintura perdida de Frida Kahlo llamada *La mesa herida*. Ya encontré a la mujer que los hace.

—¡Vamos a interrogarla! —interrumpió Lázaro.

—Espera. También hay que atrapar a Tonatiuh de Pocasangre, el encargado de venderlos. Ambos presentarán esta noche algo especial en la temporada de subastas de la estación Brotteaux. Quiero saber qué traman.

—¿Tonatiuh anda aquí? Yo también quiero detenerlo —afirmó Lázaro—. Me enteré de la subasta en París y mandé revisar su mercancía, pero todo está documentado y en regla para que no podamos meternos con él. Le puse varias trampas, le ofrecí piezas robadas y no cayó. No hemos podido echarle el guante.

—Espero no arrepentirme de esto... ¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto. Vamos, hijo.

—Entonces, apúrate; te contaré el caso completo en el camino. No puedes ir con ese jorongo...

—Claro que no: hay que ser discretos. Nomás una cosa: no es un jorongo, sino un auténtico gabán bordado de Coahuila. Dame un minuto.

Lázaro se calzó unas botas picudas; se puso una gabardina de ante decorada con tiras de piel delgadas que colgaban de los brazos y se encasquetó un sombrero vaquero.

—Menos mal que no quieres llamar la atención —ironizó Damián y salieron al invierno.

## NOCHE DE GALA EN BROTTAUX

La antigua estación de Brotteaux recordaba la época de oro de los trenes de vapor. Era un edificio rectangular con ventanales monumentales de hierro forjado, tres techos sobrepuestos, adornos clásicos tallados en piedra, cabezas de león y esculturas de flores, plantas y bajorrelieves de personajes mitológicos adornando la cornisa.

El interior no era menos fastuoso; la vieja sala de espera exhibía los objetos que se subastarían las siguientes semanas. La pieza más grande era el fósil completo de un *Allosaurus*, dinosaurio similar al tiranosaurio, valuado en un precio de arranque de dos millones de euros. Damián y Lázaro Diosdado admiraron una hilera de autos antiguos y se detuvieron a observar una guitarra de Keith Richards, de los Rolling Stones, anunciada como la más cara del mundo. Lázaro vio cómo los asistentes abordaban continuamente a una mujer vestida como Frida para tomarse fotos con ella.

—¿Esa güera es la Tercera Frida? No se parece nada —dijo.

Damián miró a la mujer. Era una joven rubia, alta, con un vestido al estilo mexicano, pero ceñido a su figura, con un tocado istmeño de flores en el pelo y un collar de cuentas de jade verde.

—No, ella es Emmeline, la socia y novia de Tonatiuh. La vi hace días en México.

Por el sonido local se pidió al público acercarse al escenario y comenzó a sonar *Bésame mucho*. Damián y Lázaro se esforzaron por llegar hasta la primera fila y quedaron frente al estrado, ocupado por un contenedor de tren al que iluminaba una lámpara cenital.

—Ese vagón debe estar lleno de arte mexicano mal habido —se lamentó Lázaro.

—Damas y caballeros —dijo una voz en *off*—, demos la bienvenida al señor Tonatiuh de Pocasangre, presidente de la galería mexicana Pocasangre, quien nos tiene preparada una gran sorpresa.

Tonatiuh salió entre aplausos, con el cabello recogido y vistiendo un impecable esmoquin blanco. Hizo una breve reverencia y recorrió con la mirada al público sin decir nada.

—*Bonsoir* —dijo por fin e hizo otra pausa dramática para darse importancia—. Alguien me dijo que en la vida de un galerista de arte hay un momento importante que sobrepasa a todos los demás y yo no lo creí, porque cada vez iba encontrando más y mejores piezas para todos ustedes. Ahora me doy cuenta de que esa persona tenía razón: nunca podré superar lo que verán ahora.

—Como dices, es insoportable —cuchicheó Lázaro a Damián.

—A este contenedor le caben muchas cosas, pero yo les traigo sólo una —prosiguió Tonatiuh—. Con ustedes, después de seis décadas de estar perdida, ¡*La mesa herida* de Frida Kahlo!

Un mariachi apareció tocando fanfarrias; las paredes del contenedor cayeron y unos cañones lanzaron confeti. En el centro del estrado quedó el bastidor con la pintura anunciada. Tras los aplausos, Tonatiuh regresó al escenario.



—Para encontrar algo, hay que buscar en el lugar correcto. Creíamos que esta obra había desaparecido en Varsovia, pero descubrí que *La mesa herida* siguió exhibiéndose en Bulgaria y luego en Rumania.

—Es la misma historia que me contó la Tercera Frida —comentó Damián a su papá.

—Y fue ahí, en Transilvania, la tierra del conde Drácula, donde yo, personalmente, encontré el santo grial de las pinturas de Frida Kahlo —concluyó Tonatiuh y se hizo a un lado para que el público admirara la obra.

Los fotógrafos de prensa lanzaron decenas de *flashes* y los periodistas se esforzaron por hacer reportes en vivo con micrófono en mano o frente a sus teléfonos.

El primer periódico importante en transmitir la primicia fue *Le Monde*. Publicó en sus redes sociales que podría haberse localizado la pintura perdida de Frida Kahlo. Otros medios lo tomaron con menos cautela y lo dieron por hecho. En pocos minutos, la noticia ya corría por el mundo.

Damián notó que algo pasaba en las escaleras que conducían al estrado: una mujer era detenida por dos guardias de seguridad. La reconoció: era la Tercera Frida, vestida de camisa blanca y pantalones negros, como los meseros que repartían bocadillos. Gritaba algo que no se entendía en medio del escándalo y daba manotazos para que la soltaran. Tonatiuh indicó con una seña que se la llevaran. Minutos después, retomó la palabra.

—La subasta de *La mesa herida* arrancará con un precio de salida de cincuenta millones de euros, aunque esperamos que rompa récords —dijo el galerista y, una exclamación de asombro, recorrió el lugar—. Estará expuesta aquí durante una semana, para que todos puedan admirarla y comprobar su originalidad.

—¡Es falsa!

Damián había subido al escenario, aprovechando la ausencia de los guardias, y Tonatiuh lo sujetó de un brazo. Un par de técnicos se acercaron con la intención de llevárselo.

—Está bien, déjelo: lo conozco. Les presento al detective Damián Diosdado. Se especializa en buscar tesoros y aquí hay uno. Dejaré que diga lo que tenga que decir, para que no quede duda de que estamos ante el verdadero cuadro de Frida.

—Buenas noches —dijo Damián al micrófono que Tonatiuh le puso en la boca sin soltarlo—. El cuadro original de *La mesa herida* tenía unos ganchos que permitían que se le colgara un collar.

—Gracias por recordarme ese curioso detalle —interrumpió Tonatiuh e hizo una seña a alguien.

Emmeline entró a escena, caminando como una modelo en pasarela. Se quitó el collar de cuentas de jade verde que traía, lo extendió en su mano y lo colgó en unos ganchos ocultos en el cuadro. Al final levantó las manos con gran teatralidad.

—No es posible —se dijo Damián.

—Como bien dice el detective Diosdado, Frida creó ese sistema para colgar y descolgar su collar, lo cual vuelve a esta obra algo todavía más especial.

Tonatiuh soltó a Damián y permitió que admirara la pintura. Transmitía la sensación de haber sido hecha al mismo tiempo y con los mismos materiales que el cuadro de *Las dos Fridas*, que había visto en el Museo de Arte Moderno. Tonatiuh había dado con la original. Buscó en la primera fila a su papá, pero no lo encontró ahí, sino a su lado, blandiendo una brocha con la que embadurnó la pintura con una capa de líquido transparente.

—¡Falta hacer una última prueba! —gritó Lázaro Diosdado.

El público se quedó en silencio al ver a ese hombre de sombrero vaquero pasar la brocha por la superficie de *La mesa herida*. Los dos guardias que antes habían sacado a la Tercera Frida

subieron deprisa al escenario y derribaron a Lázaro, mientras Tonatiuh corrió a revisar el cuadro, que brillaba más que antes.

Entre el público se oía un alboroto de exclamaciones y gritos en varios idiomas.

—¿Qué le pusiste? —preguntó Tonatiuh, enfurecido.

—Un limpiador de lienzos para ver el mensaje de la falsificadora —contestó Lázaro mientras lo sujetaban.

Tonatiuh revisó la pintura, esperó unos segundos y exhaló aliviado cuando vio que no había sufrido cambio ni daño alguno.

—¡Aquí no pasó nada! —exclamó con ánimo festivo—. Nuestros amigos mexicanos nos han hecho el favor de limpiar la obra; aunque no era necesario, puesto que ya ha sido restaurada por expertos. Entiendo sus sospechas, ya que este tipo de descubrimientos se ve una vez en la vida. Para demostrarles mi buena fe, no llamaré a la policía; sólo les pido amablemente que se vayan. Los demás, a celebrar; el tequila corre por mi cuenta.

Si las redes sociales ya estaban enloquecidas, la escena protagonizada por Damián y Lázaro le dio más empuje a la noticia. *The New York Times* en línea publicó la foto de Lázaro Diosdado dando un brochazo a la pintura con el texto: “Aparece pintura de Frida y la atacan”. Mientras tanto, afuera de la estación de Brotteaux, padre e hijo eran lanzados con fuerza a la banqueta.

—¡De mejores estaciones de tren me han echado! —exclamó Lázaro mientras se levantaba y sacudía su gabardina.

—¿Qué hiciste? —preguntó Damián.

—Corrí detrás del escenario y encontré un limpiador; pensé que haría surgir el mensaje de la falsificadora y que así dejaríamos a Tonatiuh en evidencia frente a todo el mundo. Habría sido un gran final y mañana nos hubiéramos ido a esquiar a los Alpes.

—Pero no fue así: fracasamos. Tenías razón. No debemos involucrarnos. En dos horas ya eché a perder tu trabajo como agente secreto.

—No te achicopales. Mejor vamos a cenar. Aquí no hay tacos, pero sí crepas.

Caminaron sin hablar. La neblina nocturna flotaba sobre el río Ródano, que atravesaron por la Pasarela del Colegio. Unas luces alumbraban un arco a mitad del cruce y permitían leer un texto cincelado en la piedra, con letras al estilo romano:

PASARELA DEL COLEGIO  
DESTRUIDA POR LOS ALEMANES EN 1944  
RECONSTRUIDA EN 1945

—¿El ejército nazi destruyó este puente? —preguntó Damián.

—Sí. Volaron casi todos los puentes de ambos ríos antes de irse. Si pones atención, la ciudad está llena de recuerdos de lugares donde los nazis y su Gestapo detuvieron, asesinaron o reprimieron. Lyon recuerda los horrores cotidianos de la guerra, para que no se olviden ni se repitan.

Se quedaron sobre el barandal, admirando las *péniches*, antiguas embarcaciones de carga ancladas en el muelle, que ahora servían como bares y restaurantes.

—Oye, apá...

—¿Qué pasó, hijo? —contestó Lázaro, feliz porque era la primera vez que Damián lo llamaba así desde su reencuentro.

—Hay un último hilo, uno muy fino, pero que podría servir para atrapar a Tonatiuh. Se trata de un dibujo llamado *Teotihuacan*, que vendió en la subasta de París. Creo que pudo ser robado por los nazis a una familia lionesa durante la ocupación.

Lázaro se quitó el sombrero y se rascó la cabeza calva:

—¡Ah, caray! ¿Estás seguro de eso? No podemos acusarlo de algo tan grave sin pruebas.

—Es mi última carta. Quizá esa obra sea la clave para descubrir de dónde saca tantas cosas de dudosa procedencia.

Lázaro miró a su hijo. Reconoció el cabello lacio, abundante, y las finas facciones de su esposa María. Sintió alegría porque no había heredado la calvicie prematura de los Diosdado ni los ojos claros y saltones.

—A ver, pues... cuéntame cómo está la cosa.

Avanzaron por la pasarela y se internaron entre una neblina que cortaba el puente a la mitad y que parecía conducirlos hacia un oscuro vacío.

*Isla de Cozumel, México, 3 de octubre de 2018*

—Antes de que les muestre mis tesoros, déjenme contarles que yo, el legendario Peter, el Tico, empecé desde abajo, robando huevos de tortuga en las playas para venderlos en el mercado. Era un carajillo, pero ya me gustaba la plata y quería salir de Costa Rica para ver el mundo. De adolescente descubrí este negocio por un traficante que movía piezas mayas de Honduras a Estados Unidos y le aprendí todo. A los veinte años di mi primer *pichazo*; mi primer golpe, para que me entiendan. Me llevé gente a desprender un fresco maya entero y lo sacamos de la jungla guatemalteca hasta Londres. Logré venderlo y me di la pura vida. El gusto me duró poco tiempo, porque me tundieron *tongos*, la policía, pues. Me cayó la división entera de Antigüedades de Scotland Yard. Me querían refundir en la cárcel, pero, aunque sea un bulldog inglés, con dinero baila el perro. Metí abogados, pagué una fianza y me largué de ahí.

”Pronto volví a las andadas. Sonaqué a unos pescadores para que me vendieran unas piezas mayas que encontraron en la isla de Jaina, allá en Campeche. ¡Las querían entregar a un museo! Pobres. Les llené los bolsillos de dinero y reuní más de doscientas piezas. Las transporté a Australia; unos ricachones las compraron para luego donarlas a un museo y así evadir impuestos. La operación fue todo un éxito.

”Pude quedarme tranquilito, pero uno es ambicioso; esto de traficar arqueología es un vicio, y que vuelvo a salir en los periódicos. Hace cosa de un año me cayó la maldición olmeca. Había sacado una cabeza colosal del fondo de un pantano en Tuxtla y la transporté hasta el puerto de Hamburgo, así como lo escuchan. Una cabeza de veinticinco toneladas de piedra basáltica, tallada hace veinticinco siglos, por la que pedí veinticinco millones de euros. Exactamente: veinticinco era el número mágico. Un tipo con facha de vaquero millonario se apareció. Confié en él, aceptó comprarla, cerramos el trato y ¡resultó ser un policía encubierto de la Interpol! Díganme. ¿cuánta maldad tiene que haber en alguien para que haga eso? Ese aborrecido me cebó el negocio.

”Salí libre de nuevo, pagué otra fianza y a partir de entonces me dedico a cosas más seguras, como a vender falsificaciones de Salvador Dalí. Ese loco firmó tantos lienzos y hojas en blanco que es posible pintar lo que sea y venderlo como verdadero. Ahora no puedo viajar tanto: los conchudos me tienen fichado. Por eso me relajo aquí, en la playita de Cozumel. Ustedes son de confianza y por eso les muestro mis tesoros personales. Y si no les da *tigra*, echen un vistazo y escojan lo que les guste. Será suyo si *matizamos* un buen precio.

—¿Qué es eso de matizar un buen precio?

—Negociar, Tonatiuh, negociar. Mírenlo todo, tú y tu novia. Ahora regreso.

Peter, el Tico, se levantó de la sala. Era un viejo mulato de barba cerrada y cabello rizado;

vestía ropa de lino y se adornaba con cadenas de oro gruesas, esclavas y anillos en cada uno de sus dedos. Al abrir el balcón de su casa se escucharon las olas del mar, que estaba justo enfrente de esa residencia construida sobre una costa rocosa del caribe mexicano.

—¿De dónde te sacas a esos tipos? —le preguntó Emmeline a Tonatiuh—. La semana pasada visitamos a Erik, el Vikingo, un noruego saqueador de iglesias. Hoy a Peter, el Tico, un costarricense traficante de objetos prehispánicos. ¿Qué sigue? ¿Lorenzo, el Pirata, un holandés que roba tesoros de galeones hundidos?

—Peter es una leyenda: está en el negocio desde antes que tú y yo nacióramos. Anda, ayúdame...

Tonatiuh de Pocasangre tenía el abdomen vendado; se apoyó en Emmeline para colocarse unas muletas. Con dificultad avanzó hasta unas mesas plegables cubiertas con manteles donde se exhibían cientos de piezas prehispánicas, entre ellas una hilera de figuras olmecas de jade. Emmeline, que llevaba un vestido floreado, levantó la escultura de un personaje de la cultura Colima. En otra parte había cajas que contenían braceros mixtecos y dioses totonacos. Minutos después se escuchó de nuevo el sonido de las olas, Peter entró desde la terraza y se les acercó.

—¿Cómo van esas costillas, *mae*?

—En dos meses estaré como nuevo.

—¿Y qué tal quedó el otro, el detective?

—No le pasó nada al desgraciado.

—Te recomiendo que te lo quites de encima a la primera oportunidad. Podría darte un susto. En fin. Vamos a los negocios. ¿Te gusta mi colección?

—Nos llevaremos todo —le aseguró Tonatiuh—. Hay un contenedor listo para salir a Panamá; desde ahí se irá a Marruecos y entrará a Francia por el puerto de Tolón. Triangularemos todo como exportaciones y mezclaremos las piezas originales con varios *souvenirs* y baratijas.

—Ustedes sí son de altos vuelos. Me gusta tratar con gente *pipí*, con dinero, para no regatear. A esto le sacarán veinte veces más si logran llevarlo al lugar indicado. Vamos a la mesa y abramos un vinito para cerrar el trato.

Se acercaron al comedor. Tonatiuh se fijó en uno de los cuadros ahí colgados. Era el dibujo de un laberinto de líneas que convergían en un par de pirámides y le daba un toque sofisticado a ese rincón de la casa de playa.

—¿Y eso?

—Es un Josef Albers —contestó Peter mientras descorchaba la botella—. Se lo compré a un viejo francés que vivía solo en Buenos Aires. Un narizón a quien apodaban Cyrano. Tenía cosas robadas por los nazis y de vez en cuando sacaba algo y lo vendía. Así pasó su vida, solitario y sin vender todo de golpe para no despertar sospechas. Me contaron que nadie se dio cuenta cuando murió. Los vecinos se enteraron por el mal olor y lo encontraron apestando y rodeado de un montón de obras de arte.

Tonatiuh se puso de pie con dificultad y caminó apoyándose en los respaldos de las sillas hasta el dibujo.

—¿De verdad es un Josef Albers? —preguntó mientras examinaba una inscripción escrita al pie del dibujo de líneas y pirámides—. Está escrito TEOTIHUACAN y eso me gusta. ¿Lo vendes?

—Es auténtico y lo vendo, pero viene marcado.

—¿Cómo que marcado?

—Trae un sello nazi atrás, aunque podría cubrirse...

Tonatiuh lo descolgó y leyó un sello estampado en el reverso: SICHERGESTELLT DURCH DEN ERR.

—“Asegurado por el personal de operaciones de la ERR —tradujo Emmeline—. Era la unidad nazi encargada de despojar a los judíos de sus objetos valiosos.

—Si les gusta, llévenselo. Ya nadie se acuerda de esas cosas —opinó Peter, el Tico, que sirvió las copas y se puso de pie—. Mejor veamos al futuro: brindemos por este trato y por ustedes. Hacen bonita pareja, ¿saben? ¡Salud!

—Van por ti, Damián, te van a detener. Eres el principal sospechoso del asesinato del pintor Édgar López.

El detective Diosdado dio un trago al café *espresso* que acababa de prepararse en la máquina de la habitación y se asomó por la ventana. Contempló la explanada de la Plaza de Bellecour, cubierta de tierra rojiza. Había restos de nieve en los jardines y el sol brillaba en medio de un cielo azul intenso; sin embargo, era la mañana más fría de su viaje: diez grados bajo cero.

—Te detendrán en cuanto pongas un pie en México.

Al teléfono estaba Ramón Ballesteros, el amigo de Damián en la policía de la Ciudad de México. Acababa de contarle que la Fiscalía de Homicidios tenía la hipótesis de que Édgar López y él se habían enemistado por la venta de uno o varios cuadros falsos de Frida Kahlo.

El encargado del estacionamiento donde mataron al pintor reconoció a Damián en una foto y declaró que lo había visto entrar conduciendo un carro minutos antes de los hechos. Por si fuera poco, el auto del asesino había sido abandonado en el estacionamiento del aeropuerto, a la misma hora en que Damián había tomado su vuelo. Todo encajaba para la policía y tenían prisa en señalar al culpable del crimen.

—Nada de eso es cierto —se quejó Damián—. Es un montaje para echarme la culpa. Saben que acabaré demostrando mi inocencia, pero tendré que pasar unos meses en prisión y perderé prestigio.

—Yo te creo, aunque la cosa está complicada. ¿Tienes algo que nos ayude a demostrar tu inocencia?

—Tengo un dibujo llamado *Teotihuacan*; es decir, si compruebo que es el mismo que fue robado a una familia por los nazis, podré contraatacar a Tonatiuh.

—¿Llegarás a los juzgados mexicanos con un dibujo? Espero que sepas lo que haces y que tu papá pueda ayudarte. No te entretengo más: te queda poco tiempo. Ten cuidado con esa gente. También en Francia pueden hacerte daño.

Damián colgó. En el teléfono había un nuevo mensaje de Ángela. Estaba preocupada y le mandaba fotos de periódicos en los que salía su foto como culpable. “EL ARTE DE LA ESTAFA”, decía uno de los encabezados. Le respondió que confiaba en aclarar las cosas y le prometió que regresaría con el llavero de la Torre Eiffel que le había encargado. Se puso su nuevo abrigo, la boina, los guantes y la bufanda. Se miró en el espejo. Si la policía lo detenía ese día o le pasaba algo peor, al menos saldría bien vestido en los periódicos.

Abrió la puerta y recibió un empujón que lo mandó al suelo.

—¿*Quen otlathuililoc?*

Levantó la vista, sorprendido de escuchar ese saludo en lengua náhuatl que significa: “¿Cómo

se hizo el amanecer?”. Era el muchacho moreno que lo perseguía, con su inquietante bolsa de mandado. Entró a la habitación y cerró la puerta antes de que pudiera detenerlo.

—¿*Ahque tehuatl*? ¿Quién eres? —preguntó Damián.

—Eso no importa. Hablemos español; no quiero que identifiques de qué pueblo soy —contestó el muchacho y metió la mano en la bolsa.

—¿*Ximohquetza*! ¡Detente! —exclamó Damián mientras retrocedía hacia la pared: esperando lo peor—. Eres de Chalco.

El muchacho se detuvo:

—¿Lo adivinaste sólo por mi saludo?

—Es que... tu bolsa del mandado dice: “ABARROTOS CHALCO”. ¿Te mandaron a hacerme algo?

—No...

—Entonces... ¿qué traes ahí?

El muchacho extrajo un marco de madera pequeño, de unos treinta centímetros por lado. Damián se puso de pie para tomarlo y reconoció la pintura *El venado herido*, en donde Frida Kahlo se representó como ese animal atravesado por flechas. La manufactura era impecable.

—O es una falsificación o te robaste el original.

—Lo primero —se apresuró a aclarar el muchacho—, Tonatiuh de Pocasangre los vende como verdaderos; se los hacen en un taller y alguien está dispuesto a revelarnos el lugar.

—¿Por qué conoces a Tonatiuh?

—También lo persigo. Soy originario de Chalco, como adivinaste, pero hace mucho que vivo en un pueblo en la ladera del volcán Popocatepetl. El año pasado nos atacaron. Llegaron unas camionetas de madrugada con gente armada, tiraron balazos y ordenaron que nadie saliera de su casa. Los criminales saquearon la parroquia y se fueron al atardecer. Hace unas semanas encontré en internet fotos de lo robado. Reconocí el altar, el sagrario de plata, el cáliz, los santos de madera tallada, el crucifijo. En la nota decía que nuestros tesoros se venderían en París. Le dije al sacerdote, reunimos a la gente y buscamos apoyo de las autoridades, pero no nos hicieron caso. La decisión del pueblo fue juntar dinero para mandarme a recuperar lo que les pertenece.

Damián, abrumado, sacudió la cabeza. Su caso había comenzado buscando una falsificación y ya involucraba su libertad y los tesoros religiosos de todo un pueblo.

—Tú estabas entre la gente que se reunió a la entrada de la subasta en París —afirmó Damián.

—Sí. No tenía invitación y no me dejaron entrar. Te grité hasta desgañitarme. Antes te busqué en México. Sé que eres un detective especialista en tesoros y quería tu opinión, pero cuando te hallé ya salías para acá, con prisa, y no supe qué decirte. La verdad, me entró la duda. ¿Y si trabajabas para Tonatiuh y todo se echaba a perder? Al final de la subasta esperé a Tonatiuh y lo escuché decir al teléfono que te hospedabas en el Hôtel du Cygne. Dijo algo de mandar a alguien a darte una lección. Entonces supe que tú también lo perseguías. Enfrenté a Tonatiuh. Le exigí que regresara lo que se robaron de nuestra parroquia y, como supondrás, me mandó a volar. Regresé a mi hotel y al día siguiente, muy temprano, me llamaron de la recepción. Alguien me buscaba. Era un motociclista que esperaba en la calle; traía el casco puesto y me dio este cuadro. Me habló al oído. Era una mujer que hablaba español con acento extranjero.

—¿Qué te dijo?

—“Tonatiuh falsifica y vende estos cuadros; si quieres atraparlo y recuperar las cosas de tu pueblo, busca la ayuda del detective Damián Diosdado. Te contactaré con él más tarde.”

—¿Cómo era esa mujer?



—No lo sé. Iba toda de negro; no se le veía ni el cabello, aunque traía un collar, uno verde de cuentas de jade.

—¿Por eso me perseguiste en París?

—Sí. Pasé el día caminando por las zonas más turísticas y te encontré en el Louvre, pero corríste al museo y tuve miedo de que vieran el cuadro que llevaba. Esa noche te busqué en el Hôtel du Cygne. La recepcionista me dijo que habías partido a Lyon y me dio el nombre de tu alojamiento. Ayer te vi aquí, pero volviste a huir. Decidí venir temprano para encontrarte. Ayúdame, Damián. No puedo regresar al pueblo con las manos vacías.

El muchacho sacó un papel del bolsillo de su chamarra:

—Este recado llegó hoy al hostel donde me hospedo.

Damián tomó el papel y lo leyó:

Sé dónde está el taller donde Tonatiuh falsifica los cuadros.

Sólo pueden venir tú y el detective Diosdado; si veo a alguien más, me iré. Los espero a las 2:38 p. m. a la estación Miribel, en las afueras de Lyon.

—Tiene un error, debe decir “en la estación” —advirtió Damián.

—Entonces... ¿Vendrás conmigo?

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Mi nombre no importa. ¿No basta ese cuadro falso como prueba de que alguien quiere ayudarnos a atrapar a Tonatiuh?

—Lo voy a pensar —dijo Damián y regresó el cuadro al muchacho.

—Quédatelo, y también la bolsa; estoy harto de cargarlo. Iré yo solo a esa cita. Hice mal en confiar en ti.

El muchacho se fue.

Damián puso el cuadro sobre el buró para examinarlo mejor. Se notaba un trazo experto y transmitía la sensación de tratarse de un original. ¿Sería una obra de la Tercera Frida? ¿Era ella la mujer del collar verde o se trataba de Emmeline? Quizá sí iría a esa cita extraña, como último recurso, si no encontraba algo que lo salvara de ir a la cárcel en las siguientes horas.

Era tarde y tenía que encontrarse con su papá para hablar con un profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes que asesoraba a la Interpol. Necesitaban saber todo sobre ese dibujo. Cualquier dato que pudiera ayudarlos. La justicia colgaba de un hilo muy delgado.

## TEOTIHUACAN ABSTRACTO

—No existe ningún dibujo de Josef Albers que se llame *Teotihuacan*.

Eso les dijo el profesor Henri de Bodinat, un hombre de cabello largo, ojos grandes y bigotes de aguacero que vestía suéter de cuello de tortuga. Su rostro era idéntico a los numerosos autorretratos del pintor Paul Gauguin.

Damián negó con la cabeza, cruzó los brazos, bajó la mirada y dio unos pasos que hicieron crujir el piso de madera de la sala; Lázaro se llevó las manos a la cintura y se acercó al ventanal, con la mirada perdida en el tráfico de la avenida de Saxe.

—¿Dije algo malo? —preguntó Henri, que no esperaba esa reacción y ese silencio cargado de preocupación.

—Perseguiamos a un traficante de arte de altos vuelos llamado Tonatiuh de Pocasangre —intervino Lázaro—. Si ese dibujo es falso, todo se quedará en una multa y una disculpa. Necesitamos más que eso. Queremos acusarlo en todos los tribunales del planeta de vender arte robado nazi y armarle un gran escándalo.

—Entonces echemos otro vistazo —dijo Henri—. ¿Tienen una foto de ese dibujo?

Damián buscó la imagen en su teléfono y le pasó el aparato.

Todavía no le había dicho a su papá que en México lo estaban acusando del asesinato de un pintor. Se apoyó en una chimenea de ladrillos rojos y observó la decoración de *monsieur* De Bodinat: afiches de muestras de Mondrian, Kandiski y Paul Klee. Su libertad estaba en manos del arte moderno.

—Reconozco el estilo de Josef Albers, de eso no hay duda —comentó Henri, revisando la pantalla del teléfono—, pero, como ya dije, ninguna de sus obras conocidas se llama *Teotihuacan*.

—Quizá el señor Albers ni siquiera haya puesto un pie en México —comentó Damián.

—Te equivocas. Albers y su esposa recorrieron su país —afirmó Henri y se levantó a buscar un libro en una estantería—. Hagamos esto con rigor.

—Aquí viene el método cartesiano —susurró Lázaro por debajo del bigote.

Henri de Bodinat se sentó con un libro en el regazo, un volumen grueso con las obras de Josef Albers. Carraspeó antes de comenzar a leer al vuelo las primeras páginas, dedicadas a su biografía.

—“Josef Albers, nacido en Bottrop, Alemania, estudiante y maestro de la mítica escuela de arte Bauhaus, cerrada por los nazis, que la odiaban, criticaban su modernismo y la consideraban una fábrica de 'arte degenerado'. Josef estaba casado con Anni Albers, una destacada artista judía enfocada en las artes textiles. Escapó con ella a Estados Unidos. Vivían en Carolina del Norte y desde ahí hicieron su primer viaje a México. Quedaron deslumbrados por la belleza de los pueblos mexicanos y de las zonas arqueológicas. Visitaron Teotihuacan, Tenayuca y Mitla en ese

primer viaje. Josef comenzó a hacer estudios para interpretar, de manera abstracta, los sitios sagrados mexicanos y las representaciones milenarias como el Quetzalcóatl de Teotihuacan, serpiente que dibujó una y otra vez hasta reducirla a unas pocas líneas que expresaban toda su plasticidad. Los Albers regresaron a México trece veces más”.

Henri comenzó a pasar las hojas de su libro y pidió a Damián que le mostrara la foto una vez más. Luego se tomó su tiempo para revisar cada página, sin perturbarse por la presencia de los Diosdado, que se miraban, impacientes.

—Ya sé de qué se trata —concluyó por fin Henri—. Ese dibujo es parte de los *Estudios para una gráfica tectónica*.

—Suena a nombre de una tesis de ingeniería —comentó Lázaro.

—Tienes razón, es un título muy técnico. La obra resultante de esos estudios fue una serie llamada *Tectónicos gráficos y santuario*, que se exhibe en el Museo de Arte Moderno de Nueva York; dibujos de pirámides y centros ceremoniales reducidos a pocas líneas.

—Entonces. ¿es un Albers legítimo? —preguntó Damián.

—Eso parece, aunque, claro, habría que analizarlo físicamente. Yo diría que se trata de un boceto que regaló a uno de sus amigos.

—¿Josef Albers solía regalar bocetos a sus amigos?

—Sí, a sus amigos, alumnos y compañeros de trabajo. Acompañaba esos regalos de pequeñas notas, sus iniciales o una palabra. Es frecuente que en las subastas salga alguna obra desconocida que originalmente regaló a un amigo y que los herederos venden. Tendría que haberlo hecho en 1941; por mucho, a inicios de 1942. Después, Albers se dedicó a pintar sus cuadros de colores.

—Las fechas corresponden —dijo Damián—. El robo a la casa de los Barda sucedió en 1943.

—No me sorprendería —opinó Henri—. Miles de obras se encuentran perdidas y cada año reaparece alguna. Anoche, por poner un ejemplo, presentaron el cuadro más buscado de Frida Kahlo. ¿Se enteraron?

—Algo escuchamos —respondió Lázaro—. Si me disculpan, debo contestar una llamada —añadió y salió al pasillo.

—¿Cree que Frida Kahlo y Josef Albers se conocieron? —preguntó Damián.

—Es posible. Ambos vivieron en la misma época y dirigieron sus miradas al México prehispánico, pero vieron cosas distintas. Frida representó a los dioses y personajes de manera literal, es decir, por medio de arte figurativo, mientras que Albers representó el pasado mexicano con arte abstracto. No digo que una forma de arte sea mejor que la otra: simplemente son muy distintas. Miradas opuestas y complementarias.

—Opuestas y complementarias —repitió Damián.

Lázaro regresó a la sala; más bien, irrumpió en ella. Su expresión había cambiado: lucía desencajado, como si acabara de recibir una mala noticia.

—Debemos irnos.

—¿Qué pasó?

—Te explico después. Gracias por su tiempo, profesor.

Lázaro fue el primero en bajar por las escaleras. Damián se apresuró a seguirlo y lo detuvo del hombro en el piso inferior.

—¿Qué tienes?

Lázaro se dio la vuelta.

—Llegó una orden de detención internacional. Es en tu contra. ¿Hay algo que no me hayas contado?

—Me acusan de un asesinato; es una trampa de Tonatiuh. Me enteré esta mañana; resulta algo largo de contar. Evidentemente yo no fui, pero necesito más tiempo para demostrarlo. Hélène, la bisnieta de la familia que fue saqueada por los nazis, encontró algo importante y me citó cerca de aquí. No me entregues todavía.

—Ya mandaron a dos agentes a buscarte a tu hotel. También te acusan de falsificación y entrarán a tu cuarto.

—No. Es decir, no pueden entrar. Dejé una falsificación de un cuadro de Frida sobre el buró...

—¡Hijo!

Una familia salió de su apartamento y Lázaro sofocó sus reclamos. Los niños discutían y se gritaban “tú lo serás”, como el mensaje que la Tercera Frida ocultaba en sus copias.

—Toma la llave de mi cuarto —ofreció Damián—. Adelántate a esconder esa pintura y déjame libre por unas horas. Conseguiré una buena pista.

Lázaro miró a los ojos a su hijo.

—Haremos esto. Diré que yo me hago cargo y te esperaré en el hotel hasta las seis de la tarde. Ni un minuto más. Si no llegas, tendré problemas y me sacarán de la jugada.

—Pase lo que pase, estaré en el hotel a las seis.

Se dieron un abrazo. El primero en dos años.

—Y yo que pensaba pedirte que te quedaras para ir a esquiar a los Alpes —dijo Lázaro mientras abandonaba primero el edificio.

Damián contó hasta veinte y salió. Caminó sin detenerse hasta el puente de la Guillotiere para atravesar el río. Soplaban un fuerte viento que agitó su pelo en todas direcciones y lo hizo adquirir el aspecto despeinado que había visto en muchos franceses. El Ródano pasaba apresurado se adivinaba helado y profundo; el nivel del agua estaba alto y la corriente arrastraba troncos, ramas, helechos y árboles enteros que se acumulaban en los pilares. Parte del malecón por donde pasaban bicicletas y peatones estaba cerrada: la crecida del río la había inundado. El trazo de esa ciudad de más de dos mil años se había adaptado al recorrido del poderoso cauce del Ródano y al ancho caudal del Saona, su serpenteante río tributario.

La cita con Hélène era en el Hôtel-Dieu, un antiguo hospital transformado en centro comercial, donde siglos atrás atendió un médico que escribió bajo el seudónimo de Alcofribas Nasier, anagrama de su verdadero nombre: François Rabelais. Al entrar a ese palacio monumental, un portero uniformado franqueó el paso de Damián y lo saludó.

—*Konnichiwa*.

—El hombre de la entrada pensó que era japonés —se quejó al encontrar a Hélène y saludarla con un beso en cada mejilla—. Me han dicho tunecino, portugués, chileno. ¿Es que no parezco mexicano?

—No te enojas. Cuando fui a México con mi abuelo, todos nos decían *gringos* y yo ni siquiera he visitado Estados Unidos.

Hélène llevaba un suéter morado tejido, el cabello suelto y otra bufanda kilométrica de color gris con puntos negros. Eligieron un restaurante y se sentaron en un rincón tranquilo.

—Hélène... ¿Tus bisabuelos estudiaron en la escuela Bauhaus?

—¡Sí! Ahí se conocieron. ¿Cómo lo sabes?

—Josef Albers era maestro de esa escuela.

—¿Ves? Estoy segura de que aquél era el dibujo de mis bisabuelos —exclamó Hélène.

—Cuéntame qué encontraste —pidió Damián.

—Como sabes, esta mañana visité el Centro de Historia de la Resistencia y busqué el nombre

de Josef Albers en la base de datos, pero no encontré nada. Seguí con el archivo dedicado a Karl Gurlitt, el oficial que saqueó el departamento de mis bisabuelos, y encontré un dato interesante: siempre ponía un sello en la parte posterior de los cuadros confiscados. ¿Crees que la persona que compró el dibujo quiera echar un vistazo al reverso?

Damián hizo una seña para que esperara y marcó el número de Marion Charney. Le explicó lo que habían descubierto respecto a su cuadro y le pidió revisarlo.

—¿Me estás pidiendo que yo misma investigue si tengo un cuadro robado para que lo devuelva? —preguntó Marion al teléfono—. En fin. Espera...

—Ya lo está revisando —susurró Damián.

—He retirado el marco —dijo Marion a través del teléfono—. Y sí, en una orilla de la parte trasera tiene una plasta de corrector. Lo estoy viendo a contraluz y se lee algo. Espera. *C'est pas vrai!* ¡Hay una horrenda suástica nazi!

—Lo siento, Marion. Sé que te gustaba ese dibujo; sin embargo, proviene de un saqueo nazi. Tonatiuh tendrá que devolverte el dinero e indemnizarte. Podrás adquirir otro Josef Albers.

—Y yo deseo devolverlo. Me viene bien un viaje a Lyon. Dile a la familia que mañana estaré allá y que se los entregaré en persona.

Hélène estaba emocionada, sonrojada. Se echaba aire en el rostro y derramaba algunas lágrimas de alegría. Habló con Marion para agradecerle y ponerse de acuerdo con la entrega.

—Pues ya está. Tú y tu abuelo recuperarán el dibujo y yo podré acusar a quien lo vendió.

—Gracias, Damián. Debo decir que no luces muy satisfecho.

—Lo estoy —respondió Damián, picoteando una ensalada con salmón que apenas había probado—. Es sólo que... estoy metido en problemas que no serán fáciles de resolver.

—Puedes contarme, si quieres. Podemos ir al parque de la Tête d'Or. Tiene lagos, fuentes y paseos. Claro, ahora hace frío, pero hay un cálido invernadero de plantas tropicales. Es mi lugar preferido. Ideal para tus últimas horas en Lyon.

Damián lo pensó. Estaba a punto de aceptar salir de paseo con la hermosa Hélène; tal vez esos serían sus últimos momentos de libertad y le parecía la mejor forma de aprovecharlos, pero no lo hizo.

—Lo siento. Tengo una cita en la estación Miribel. ¿Sabes cómo puedo llegar?

—Oh, por un momento pensé que aceptarías —comentó Hélène, decepcionada—. Te entiendo; tienes otros planes. Lo mejor será que vayas a la estación Perrache, cerca de aquí. Puedo acompañarte.

El reloj del restaurante marcó diez para las dos y la cita con ese hombre era a las 2:38 p. m.

—Debo apurarme: tengo algo de prisa.

Ambos se escudriñaron un breve instante. Sabían que era la despedida. Damián admiró los ojos de Hélène de cerca: en ellos podían verse diferentes tonos de azul, gris y verde.

—Gracias por todo —dijo Hélène y se dieron la mano.

Damián salió de malas. Quizá nadie acudiría a esa cita, pero no iba a esperar tranquilamente a que su propio padre le pusiera las esposas.

Tenía que dar batalla. El viaje no había terminado aún.

Entró a la estación Perrache y buscó los horarios. Había un tren que paraba en Miribel justo a las 14:40 p. m., dos minutos después de la hora indicada en el papel que el muchacho le había mostrado. El andén para abordar tenía un techo traslúcido que dejaba pasar manchas de color verde y naranja. Una corriente de aire helado corría invisible por las vías.

Damián subió al tren regional. Por la ventana vio los suburbios con túneles pintarrajeados con nombres de equipos de fútbol y jerga francesa que desconocía. El cielo azul con que había iniciado el día se había cubierto. Llegó a la estación Miribel y fue el único en bajar. De ese lado de las vías sólo había vegetación y un letrero que señalaba el Gran Parc Miribel Jonage; del otro estaba la estación.

Dio unos pasos por la plataforma de cemento. Se sentó en una banca y observó en un tablero que otro tren llegaría en quince minutos.

Mientras esperaba, recordó algo: a la Tercera Frida la habían corrido la noche anterior de la estación Brotteaux. ¿Se habría enojado con Tonatiuh? ¡Cómo no había pensado en ello! Se había concentrado en ese dibujo; lo que debía hacer era buscarla para ver si la convencía de delatar a su cómplice.

El siguiente tren llegó y, como esperaba, el muchacho no apareció. No podía perder más tiempo. Averiguó en un mapa cómo acercarse a la casa de la Tercera Frida. Necesitaba esperar un tren del otro lado del andén. Bajó las escaleras para atravesar el paso subterráneo y se encontró con un túnel amplio, con goteras y maloliente. Había casas de campaña de personas sin hogar que vivían ahí. Dos jóvenes platicaban a mitad del túnel. Cuando Damián pasó enfrente, uno de ellos le gritó:

—¡Oye, tú! ¿Eres mexicano?

—Sí —contestó Damián, alegre de que por fin alguien acertara a su nacionalidad.

—*Tiens!*

Damián recibió un puñetazo en el rostro del tipo que le había hablado. El otro lo inmovilizó de los brazos. No pudo evitar que lo esposaran y le cubrieran la cabeza con una bolsa. Gritó mientras lo cargaban, pero entre más fuerte lo hacía, más se sofocaba. Lo aventaron sobre una lámina y escuchó una puerta cerrarse. A su lado había alguien tirado que también se agitaba. Escuchó un motor arrancando y supo que estaba en una camioneta.

Avanzaron. No podía saberlo con certeza, pero supuso que atravesaron parte del Gran Parque Miribel Jonage, una inmensa zona natural de lagos y senderos a las afueras de Lyon. Sintió cómo pasaban del pavimento a un camino de terracería y se internaron por una zona pantanosa conocida como Les Marais o los pantanos, en español.

Por fin frenaron, lo sacaron de la camioneta, le ordenaron sentarse en el suelo y le quitaron la

bolsa de la cabeza. El sudor de su cabello y rostro se enfrió al contacto con el aire. Todavía no oscurecía, pero había salido una luna llena enorme en el cielo; el día y la noche convivían en aquella fría tarde de invierno. Damián escuchó la palabra “ayúdame” en náhuatl.

—*Xinechpalehuih* —suplicaba el muchacho sentado y esposado a su lado.

—¿*Cuix niyehloc xochipetlapa?*, “¿acaso estoy en un petate de flores?” —contestó Damián.

—¿Qué clase de lengua muerta están usando? —gritó uno de los tipos franceses que los habían llevado hasta ahí.

—Es náhuatl y no es una lengua muerta; se habla en México —reclamó Damián—. Tú mismo usas palabras en nuestro idioma.

—Eso no es cierto —dijo el otro.

—Claro que sí, *tomate, chocolat, cacahuete, avocac y cacao* son algunas palabras mexicanas que existen en francés.

—¡No lo puedo creer! —gritó Tonatiuh, que bajó de otra camioneta—. Estás a punto de morir y te pones a explicar etimologías. Eres el detective más *nerd* que existe.

—¿A dónde nos trajiste? —preguntó Damián sin amedrentarse.

—Estamos en un sistema de lagos y canales que detiene las crecidas de los ríos para que Lyon no se inunde. La fuerza de la corriente también se aprovecha para alimentar diversas presas hidroeléctricas. En unas horas toda esta área se inundará y ustedes serán dos turistas tontos que se quedaron atrapados en una de las fosas de contención. Los encontrarán la próxima primavera, cuando vengán a hacer el mantenimiento. En el agua estancada todo se pudre muy rápido. Calculen otros seis meses más para que reconozcan sus identidades.

—*Xicana inon tlateconi huan xinechmictih* —reclamó Damián.

—“Toma ese puñal y mátame” —tradujo Tonatiuh—. La frase que habría dicho Cuauhtémoc a Cortés.

—Debió decirlo porque estaba harto de escucharlo —añadió Damián.

—¿No quieres saber antes cómo funciona mi plan?

—Ya lo conozco —replicó Damián—. Dirás que los cuadros falsos de *La mesa herida* fueron hechos por el copista al que mandaste matar en México y yo seré señalado como el asesino. Venderás las obras de la Tercera Frida en la nueva galería que abriste en la Ciudad de México. Al menos tendrás problemas: descubrimos que la pintura de Josef Albers que vendiste fue robada por los nazis.

—Vaya, lo descubriste. Sí, tendré problemas, pero tú tendrás más. Lo que dices no pasará justo así, pero te acercas bastante.

—¿De verdad tienes el cuadro original de *La mesa herida*?

—Te habría contado esa parte, pero ya perdimos mucho tiempo. El nivel del agua sube y mis achichincles les quitarán las esposas para que nadie sospeche que los obligaron a bajar las escaleras hasta el fondo de la fosa, a menos que prefieran ser lanzados y quedar en el fondo con los huesos rotos.

Damián y el muchacho prefirieron bajar por su cuenta a una especie de alberca vacía que tenía unos diez metros de profundidad.

—Me saludan a los siluros y a las carpas —gritó Tonatiuh desde la superficie.

Una placa metálica cubrió el techo; escucharon cómo se cerraba por fuera. Damián encendió su celular para ver un poco. No tenía señal.

—No te mentí. De verdad llegué aquí tratando de recuperar la iglesia de mi pueblo. Ellos me dieron el cuadro de Frida para atraerte —dijo el muchacho—. Por cierto, me llamo Martín

Apanco.

—Mucho gusto. Ahora que nos conocemos, debemos pensar cómo salir de aquí.

Damián sacó su teléfono. Encendió la lámpara y observó las paredes. En la parte superior de una había un hueco; quizá pasarían por ahí. Debía haber una manera de escalar esa pared alta y mohosa. Un sonido de agua irrumpió y un potente chorro entró por el hueco por el que planeaba escapar. Subieron las escaleras por las que habían bajado e intentaron abrir la placa, pero era imposible moverla desde adentro. El fondo se había inundado y ya no podrían bajar sin meter los pies en el agua.

—*Au secours!* —gritó Damián y luego se dirigió a Martín—. Vamos, grita auxilio conmigo: nunca es tarde para aprender francés.

Ambos gritaron y golpearon en el techo hasta quedar exhaustos. Era inútil: afuera no debía andar nadie. El nivel del agua ya cubría la mitad del lugar. Damián buscó a su alrededor. Había una escoba flotando, bajó unos escalones para alcanzarla y regresó con ella para hacer palanca e intentar abrir el techo. El chorro de agua aumentó su potencia y estruendo. En minutos les llegaba a las rodillas, estaba congelada. Martín sintió que algo grande pasaba entre sus pies, se asustó y cayó al agua. Nadó de regreso a las escaleras.

—Algo pasó nadando — explicó Martín.

—Esos deben ser los siluros —afirmó Damián y vieron a varios peces largos como serpientes marinas.

El agua subía escalón por escalón y se sentaron en la parte más alta. Damián encendió su teléfono. Pese a lo grave de la situación, se sintió mal porque no llegaría a la cita con su papá; también perdería el tren y el vuelo de regreso. Revisó las fotos en su teléfono: Hélène en un puente; Lázaro comiendo crepas; la casa de don Fernando Mondragón; las jacarandas; Ángela; el abuelo... la foto que siempre llevaba consigo de su mamá y él en la Torre Latinoamericana. Así terminarían sus días, recordando su vida mientras se sumergía. Moriría lejos, como Julio Ruelas o Porfirio Díaz. El agua ya cubría sus pies y sintió calambres en las piernas. Los dedos se le engarrotaban. Comenzó a llorar; las lágrimas caían sin control de sus ojos.

—*Xiquihita!* —gritó Martín y Damián miró lo que señalaba.

Una línea de luz se abrió paso donde antes la cubierta metálica cerraba el lugar. ¿Sería una ilusión óptica? No lo era. Primero vieron los pies y luego la silueta entera recortada en la luna llena. Era una mujer con rebozo y un tocado de flores en la cabeza.

—También yo pinté ese cuadro de *La mesa herida*. ¡Dense prisa!



A la mañana siguiente, un grupo de renombrados críticos de arte llegaron desde varias ciudades para examinar la pintura. Todos afirmaron que, sin duda, se trataba de *La mesa herida* original. Galeristas, personalidades culturales y jefes de Estado felicitaron a Tonatiuh de Pocasangre por el descubrimiento. La obra salió en las primeras planas y se comentaba que aseguraría el éxito de cualquier colección o museo que la adquiriera.

Celebridades, futbolistas, millonarios y hasta Madonna —gran fanática de Frida— pregonaban en sus redes sociales que acudirían a Lyon para la subasta. Incluso las secciones de finanzas incluían imágenes de la artista y se hacían especulaciones sobre el precio que el cuadro podría alcanzar. Por otro lado, había algunos artistas y directores de museos que albergaban dudas y opinaban que podría tratarse de una falsificación, pero eran pocos.

Por la tarde surgió una nueva noticia que agitó aún más las redes: Tonatiuh de Pocasangre había sido detenido, acusado de intentar asesinar al detective Damián Diosdado y a otro mexicano llamado Martín Apanco, que estaba en Francia para recuperar los tesoros de una iglesia mexicana saqueada. La Galería de Pocasangre emitió un breve comunicado en apoyo a su director y confirmó que la subasta seguía en pie, con la subdirectora Emmeline Wicht a cargo de la venta.

Entre esa vorágine de notas y reacciones, pocos notaron el mensaje en redes sociales de una mujer llamada Laura Clairvoyant, pintora francesa desconocida que se hacía llamar la Tercera Frida y que afirmaba haber pintado el cuadro de *La mesa herida* que se tomaba por original. El mensaje estaba acompañado de una foto suya junto a la pintura y convocaba a una rueda de prensa al día siguiente en su casa, a las afueras de Lyon. Pocos vieron el mensaje y algunos comentaron que se trataba de una oportunista, una simple imitadora de Frida Kahlo que aprovechaba su parecido físico para llamar la atención.

A la conferencia de la Tercera Frida llegaron diez personas: Claire Oliveros, una joven periodista de un periódico local; su compañero, el fotógrafo Mohamed Hossaini; Hélène y Daniel Barda; Martín Apanco; Marion Charney —que había arribado a Lyon para entregar el dibujo de Josef Albers—; el profesor Henri de Bodinat, asesor de arte de la Interpol; Marianne Legay, jefa de policía del departamento de Ródano; Lázaro Diosdado, agente de la Interpol, y el detective Damián Diosdado, en calidad de testigo custodiado.

La Tercera Frida salió al jardín a recibirlos. Usaba un vestido negro bordado, cubierto con un chal, y su collar de cuentas de jade verde. Traía un tocado rojo en el cabello e iba bien maquillada. Despedía aromas a canela, cardamomo y estragón. Hizo un gesto de decepción al notar la escasa asistencia, aunque se animó un poco cuando Mohamed, con una cámara profesional en la mano, le pidió posar en su sala decorada al estilo mexicano. Claire, la reportera, preparó su grabadora. Ningún diario importante ni alguna cadena de televisión habían enviado gente, pero al

menos esa reportera y el fotógrafo recogerían su testimonio.

—Conocí a Tonatiuh de Pocasangre en la inauguración del museo de réplicas de Frida Kahlo en Baden-Baden —comenzó a contar la Tercera Frida—. Me gustó de inmediato y él se dio cuenta. Los pintores teníamos prohibido mencionar nuestra participación; sin embargo, él me preguntó cuál de las pinturas había copiado. Le respondí que se lo diría si prometía darme una explicación detallada de cada uno de sus tatuajes. Accedió y lo llevé a ver la copia de *La mesa herida*. Elogió mi trabajo y me invitó a cenar. Pasamos varios días juntos y viajamos de Alemania a Francia. Nos enamoramos, o al menos eso creí en ese momento. Se quedó en esta casa por una semana y, antes de regresar a México, me pidió una copia para él. Le dije que me daba miedo meterme en problemas y me juró que conservaría el cuadro como parte de su colección personal. Pinté el cuadro porque sabía que traería a Tonatiuh de regreso, pero antes escribí con glicerina la frase TOI-MÉME en el lienzo; de esa manera la pintura se arruinaría a la primera limpieza. Tonatiuh tendría que limpiarla algún día y, si para entonces me había abandonado, se quedaría sin su pintura.

—¿Y qué pasó con esa copia? —preguntó la periodista.

—Se la llevó a México y me dijo que la colgaría en su recámara. Pronto regresó, de manera inesperada, y me dijo que anhelaba verme. En realidad me estaba preparando para decirme que había vendido la copia que le pinté. Se jactó de haberla envejecido para hacerla pasar por un cuadro guardado durante décadas y dijo que él mismo había practicado la firma de Frida Kahlo para ponerla en el cuadro. La vendió como un original.

—¿Y accediste a pintar más copias de *La mesa herida*?

—Sí, pero no por el dinero, sino porque Tonatiuh se veía feliz. Le confesé que había puesto un mensaje oculto que arruinaba la pintura; eso le encantó porque, tarde o temprano, aquellas copias quedarían destruidas. Me sentí dentro de una aventura; me halagó que expertos creyeran que yo pintaba como Frida y decidí continuar en ese juego. Era el crimen perfecto. Algunos compradores, al darse cuenta del engaño, se conformaron con expresar tibias reclamaciones. No se atrevieron a denunciar para proteger su prestigio. Juntamos dinero suficiente para abrir una galería con mi nombre y exhibir la tercera etapa de Frida.

—¿A qué se refiere?

La Tercera Frida condujo a los asistentes al taller que antes había visitado Damián.

—La primera etapa de Frida duró sus cuarenta y siete años de vida; la segunda comenzó con su muerte y la convirtió en leyenda, pero el mundo pide más de ella. Yo me parezco a ella y pinto igual, por eso consideré que tenía por misión encargarme de su tercera etapa al reinterpretar sus cuarenta cuadros.

Los asistentes admiraron la peculiar exhibición. Mohamed tomaba fotos sin parar.

—Afirmas que también pintaste el cuadro de *La mesa herida* que recién se presentó para subastar —comentó Claire, la reportera—, pero no tenía ningún mensaje oculto.

—Ese cuadro es diferente. Es el resultado de una idea que surgió el verano pasado. Tonatiuh llegó y le dije que estaba harta de pintar copias; para mi sorpresa, lo tomó bien y me propuso viajar a Polonia. Al seguir los pasos de la exhibición en la cual todos pensábamos que había desaparecido *La mesa herida*, descubrimos que en realidad se había extraviado en Rumania. A mí me importaba más estar con Tonatiuh que encontrar esa pintura, pero él estaba obsesionado. Encontramos a un viejo que recordaba el cuadro original y nos contó del curioso sistema que tenía para colgarle un collar. Tonatiuh tuvo una idea. Me pidió que pintara una última copia, la única

perfecta. Sin mensajes ocultos y con los ganchos. El cuadro original ya nunca aparecería y esta vez no engañaríamos a un coleccionista iluso, sino al mundo entero. Era la estafa perfecta. Al principio me negué y él me persuadió diciendo que aquella sería la culminación de su galería; luego la cerraría y se dedicaría a impulsar mi carrera. Le pedí pensarlo. Semanas después me mandó fotos de los arreglos que estaba haciendo para abrir una galería con mi nombre y me propuso casarnos en México. Entonces le dije que sí a todo.

—¿Y por qué no estuviste en la noche de la presentación?

—Sí estuve. Llegué a la estación de Brotteaux con mis mejores galas y no me dejaron pasar. Supe que algo andaba mal, pues yo presentaría el cuadro junto a Tonatiuh. No me iba a quedar así. Corrí a una tienda y compré ropa similar a la que usaban los meseros. Logré colarme y llegar a tiempo para escucharlo contar lo que descubrimos juntos. Intenté subir al escenario y me echaron.

—¿Por qué?

—Por Emmeline. La única mujer a la que Tonatiuh ama. Yo ya lo sospechaba, pero me negaba a aceptarlo. Ella le permitía verme porque hacían mucho dinero con mis copias. Esa noche, Emmeline se encargó personalmente de sacarme por la puerta trasera de la estación. Me dijo que ya no me necesitaban, que eran dueños de todo, de mi obra y hasta de mi nombre. Juró que nunca pondría un pie en la galería La Tercera Frida, pero olvidó un detalle: yo conservaba las pinturas que están viendo. Al día siguiente, me preparé y me vestí bien porque sabía que Tonatiuh vendría. Llegó por la tarde. Me juró que todo había sido un malentendido, que la culpable era Emmeline y que la había dejado. Esta vez no le creí. Me porté fría, le pregunté por la camioneta en la que había llegado y me dijo que era para subir mis cosas y fugarnos. Había algo en su mirada: no parecía el noble guerrero de quien me enamoré, sino el conquistador dispuesto a saquear y a matar. Olfateó mi miedo, intuyó que no le abriría el portón y aprovechó mi zozobra para sujetarme de un brazo. Forcejeamos e intentó quitarme las llaves. Logré zafarme y le dije que a mí nadie me maltrataba. Me pidió calma y lo mandé al diablo. Al parecer tenía prisa, pues subió a su camioneta, pero en vez de tomar el camino de regreso, ascendió por el sendero que lleva a los pantanos. Saqué mi bicicleta para seguirlo: quería saber qué haría en esa zona que conozco tan bien. Encontré la camioneta junto a otra, estacionada del lado opuesto del canal. Me escondí y vi que metían a dos personas en una fosa de contención, para que se ahogaran con la crecida del río. Reconocí al detective Diosdado cuando pasó bajo un poste de luz. Esperé a que Tonatiuh y sus dos esbirros se largaran y los saqué de ahí.

—Como saben, los implicados ya están detenidos como posibles responsables —intervino Marianne Legay, la jefa de la policía—. En cuanto a *madame Clairvoyant*, debemos confirmar que ella pintó el cuadro para tomar acciones.

—Si me dan una hora, se los demostraré.

La Tercera Frida descubrió un lienzo grande sobre un bastidor. Tenía los ganchos para colgar el collar y faltaban detalles para terminarlo. Mohamed fotografió y grabó videos del proceso. Claire entrevistó al resto de los involucrados, en especial a Damián.

—Terminé —dijo la Tercera Frida—. Las autoridades pueden llevarse el cuadro para que lo comparen con el que vende Tonatiuh. No encontrarán diferencia entre ambos. Transpórtelo con cuidado, porque está fresco.

—¿Será acusada de falsificación? —preguntó Claire a la jefa de la policía.

—Ya hemos hablado con ella al respecto. Su valentía al salvar a dos personas y su colaboración voluntaria serán tomadas en cuenta. Por lo pronto, tiene un citatorio para comparecer mañana en la comisaría

—La Unidad de Patrimonio Cultural de la Interpol confiscará hoy mismo la pintura que pretende venderse como original —explicó Lázaro—. Y será comparada con el cuadro que la Tercera Frida, es decir, Laura Clairvoyant, nos acaba de entregar.

Damián fue el último en salir. La Tercera Frida acarició su mejilla y puso en sus manos una muñeca de estambre con el rostro de Frida.

—No me olvides, ojos de ocelote.

*Le Journal des Silures* era un diario de Lyon y sus alrededores. Difundía reportajes de interés general, notas locales, viñetas de humor y una sección con consejos de pesca —la cual tuvo cierta fama en la década de 1950, cuando la gente buscaba olvidar la Segunda Guerra Mundial y retomaba el placer por las cosas simples de la vida—. La edición digital salía a diario, pero la impresa sólo cuando vendían anuncios. Claire Oliveros sabía que el periódico tenía dificultades económicas, pues su padre, Pierre Oliveros, era el dueño. Con todo, le solicitó un tiraje excepcional para el día siguiente, donde se revelaría la historia de la Tercera Frida. Él aceptó, aunque sólo contaba con dinero para quinientos ejemplares. Trabajaron de prisa para mandar a imprenta la historia con algunas fotos. El encabezado era contundente:

C'EST UN FAUX FRIDA KAHLO!

“Es un falso Frida Kahlo”, anunciaba, junto a una foto de la tercera Frida pintando el cuadro. La entrada decía:

EDICIÓN EXTRAORDINARIA. Nuestra reportera y fotógrafo enviados, en compañía de la jefa de la policía, agentes de la Interpol, una experta en restauración del Louvre y un detective mexicano especializado en rastrear tesoros, confirman que *La mesa herida*, el cuadro atribuido a Frida Kahlo y puesto a subasta con un precio de salida de cincuenta millones de euros, es en realidad obra de la artista Laura Clairvoyant, autodenominada la Tercera Frida. Aquí mostramos las pruebas y narramos la historia de esta mujer francesa, de gran parecido físico con la famosa artista mexicana, que ha logrado pintar igual que ella.

Por su parte, Damián habló con don Fernando Mondragón, le contó lo sucedido y su cliente quedó satisfecho; había obtenido la justicia que buscaba y tenía una nueva misión para él: reunir los objetos perdidos, libros, fotos y cualquier cosa que hubiera estado en manos de Carmen Mondragón, la poeta, modelo y pintora conocida como Nahui Olin. Acababa de adquirir una pintura de ella y se estaba convirtiendo en su nueva pasión de coleccionista.

—Nahui será la siguiente Frida, lo presiento. ¡Quizá seamos parientes! —expresó don Fernando—. Lo quiero de regreso ya; le compraré boletos en clase ejecutiva.

Damián no quería que hubiera otra Frida, con una bastaba, pero aceptó el caso.

Al día siguiente, la noticia se divulgó por las calles de Lyon. Un editor de *Le Monde* adquirió un ejemplar de *Le Journal des Silures*. Le pareció un muy buen artículo y las fotos eran impresionantes. Fue a la redacción del diario para informarse de primera mano, elogiar el trabajo periodístico y negociar la compra del material y del propio diario. El director aceptó; era el

momento que esperaba, pues la cantidad ofrecida le permitía retirarse. Sólo pidió como condición que contrataran a la reportera Claire Oliveros para seguir encargándose de las notas subsecuentes, junto con el fotógrafo Mohamed Hossaini. Al día siguiente, *Le Monde* publicó el reportaje en su portada impresa y en su versión electrónica.

La ola de comentarios y reacciones en redes sociales cambió de sentido. Ahora millones de usuarios se jactaban de haberse dado cuenta desde el inicio de que *La mesa herida* era falsa; otros destacaban la calidad de las obras de la artista francesa que firmaba como la Tercera Frida y pocos mencionaban a Damián Diosdado, el detective de tesoros que había destapado el engaño.

Laura Clairvoyant no se presentó a declarar.

Damián y Lázaro fueron a buscarla. Encontraron un ejército de camionetas de estaciones de televisión y reporteros apostados alrededor de la casa azul de la Tercera Frida a orillas del lago. Montaban guardia esperando a que algo sucediera. La casa estaba cerrada. Damián sacó dos llaves. Le dijo a Lázaro que las había encontrado ocultas en la muñeca de estambre que Clairvoyant le había regalado. Probó una de ellas en la reja de entrada y funcionó. Cuando se abrió la puerta, una avalancha de *flashes* cayó sobre ellos. Con Damián entraron Lázaro, dos oficiales y un par de bomberos.

Se había ido.

La casa seguía en orden, pero las pinturas habían sido retiradas de sus marcos. Encontraron restos carbonizados de los lienzos en un horno rústico de piedra. De la colección de la Tercera Frida sólo quedaban las fotos que Mohamed había tomado el día anterior.

—Esta huida empeorará todo para ella —comentó Lázaro.

—Y para ti, papá. Ahora tienes que encontrarla.

Damián volaba a México esta noche. El encargado del estacionamiento que atestiguó haberlo visto se retractó. Confesó que Emmeline le pagó para decir eso y que era ella quien conducía el carro; era la asesina del pintor y estaba detenida.

—¿Te despediste de Hélène?

—No. ¿Debería hacerlo?

—¡Oh, sí! —respondió Lázaro y extendió su mano—. En nombre de la Interpol, fue un placer trabajar contigo, detective Diosdado. Y cúbrete bien, que seguimos bajo cero.

—Gracias, agente Lázaro Diosdado. Sigue mandando postales.

Damián marcó el número de Hélène. Le dijo que ella y su abuelo lo esperaban en su departamento en la calle Émile Zola, a unos pasos de la Plaza de Bellecour. Lo recibieron con té y un surtido de *calissons*, una pasta en forma de rombo parecida al mazapán, de sabores almendra, melón, limón e higo. Le mostraron el dibujo recuperado de Josef Albers, que volvía a estar colgado en el mismo lugar que ocupó antes de que lo robaran. Al despedirse, Hélène lo acompañó y le mostró una puerta antes de llegar a la salida.

—Aquí vivían los señores Mercier, quienes escondieron y cuidaron a mi abuelo. Me encuentro aquí gracias a ellos.

—Y qué bueno es estar aquí.

La inquilina de ese departamento se asomó por la mirilla y vio a dos jóvenes platicando frente a su puerta.

—Ángela ya debe extrañarte.

—¿Cómo sabes de Ángela?

—No tienes que ser un detective para descubrir ciertas cosas. Cuando me enseñabas fotos en tu teléfono había una chica y su nombre aparecía cuando llegaban mensajes. ¿Llevan mucho de

novios?

—No mucho. Es decir... no somos novios.

—No está bien negar a una novia cuando se viaja —dijo H el ene en tono rega on.

—Te digo la verdad. Quizá regresemos. Por el momento no somos novios.

Damián la observó con la intención de preservar el recuerdo de su mirada invernal. Ella acomodó su bufanda y se le acercó. Fue un beso lleno de curiosidad por ambas partes. Después de la emoción inicial, cada uno tuvo la mente más clara. H el ene pens  que quería conservar la amistad de Damián en la distancia y estaba contenta porque no se había quedado con las ganas de besarlo. Damián —que había sido más bien desafortunado en amores— se sintió feliz de saber que podía atraer a una chica tan genial y hermosa, pero también comprendió que, de momento, su sentimiento amoroso era para  ngela. Al final, el beso fue tranquilo, pausado y termin  en un abrazo.

— Adi s, mexicano!

Durante las once horas de vuelo a México pasaron muchas cosas. La Interpol determinó que *La mesa herida* había sido pintada por Laura Clairvoyant, conocida como la Tercera Frida y que seguía pr fuga. Tras el anuncio, la subasta fue cancelada. Emmeline Wicht fue detenida como posible culpable del asesinato de su empleado, el pintor  dgar López. Marion Charney, Daniel y H el ene Barda demandaron a Tonatiuh de Pocasangre por vender un cuadro saqueado por los nazis, acusación que se sum  a los cargos por falsificación de arte e intento de homicidio. La petición de Martín Apanco fue tomada en cuenta y se anunció que las piezas hurtadas de una iglesia mexicana seguían en Francia y que serían devueltas a su pueblo.

Tonatiuh, desesperado por su nueva condición y para ver si le reducían la pena, reveló la manera en que obtenía sus piezas y dio nombres de traficantes: Peter, el Tico; Erik, el Vikingo; Tano, el Cacique... También proporcionó una lista de políticos mexicanos, entre los que destacaban un senador y funcionarios de varios países, además de transportistas, capitanes de barco, aduaneros y una sofisticada red de contrabando que se extendía por el mundo. Con esto, Lázaro Diosdado comenzó a planear la mayor redada de traficantes de arte jamás realizada, la cual daría mucho de qué hablar meses después.

El vuelo fue cómodo para Damián. Su asiento se reclinaba hasta quedar convertido en una cama. El piloto anunció que aterrizar an en medio de una fuerte tormenta. El avión plane  entre nubes y destellos de rayos; sus alas se agitaban como si fueran a romperse. Una fuerte turbulencia hizo saltar a los pasajeros y tir  algunas maletas de los compartimentos. Tras ese agitado descenso, apareció la ciudad, o más bien una mancha de luz sin límites que se elevaba en el cielo. Damián reconoció el cerro del Tepeyac, el Periférico Norte y las Torres de Satélite. Cuando el aparato dió una vuelta cerrada para rodear el rascacielos del World Trade Center, distinguió las hileras de los primeros autos de la mañana: luces blancas delanteras en un sentido y rojas en el otro.

No era el único emocionado. Treinta filas atrás, en el asiento 41-A de la clase turista, una mujer que cubría su cabeza con una capucha veía por primera vez tierra mexicana y aplaudía cuando algo la impresionaba.

— Es la primera vez que vienes a México? —pregunt  su compañera de asiento.

—Digamos que he vivido en este país sin estar en él...

El avión tocó tierra y los pasajeros se apresuraron a levantarse para sacar su equipaje de mano. Algunos miraban discretamente a la mujer en ropa deportiva de la última fila.

—Sí se parece —cuchicheaban.

La mujer presentó un pasaporte mexicano en migración.

—¿Nació en Francia? —preguntó el agente migratorio.

—Sí, pero me nacionalicé —contestó con un ligero acento.

El agente comparó la foto con su rostro, selló su pasaporte y se lo devolvió.

—Bienvenida.

Se relajó y caminó sonriendo hasta la zona donde se recogía equipaje. Estaba feliz, con ganas de correr y brincar, pero se contuvo. Era mejor no llamar la atención. Recogió una mochila de campismo en la banda transportadora, se la colgó y salió a la calle. La madrugada comenzaba a ceder y el cielo clareaba un poco. Estaba conmovida. ¡Caminaba en México! Damián había salido antes del aeropuerto y estaba detenido en un puesto de periódicos. Compraba un llavero de la Torre Eiffel para Ángela, hecho en China, pero seguro que los de París eran iguales. Mientras esperaba su cambio, olfateó en el aire un delicioso aroma a canela y cardamomo.

Estuvieron a punto de encontrarse.



*Galería Galatea, Bucarest, Rumania, 21 de julio de 1955*

Era el segundo día de canícula y la temperatura rebasaba los cuarenta grados. Dos empleados de la galería descolgaron de la pared un cuadro de grandes dimensiones y lo bajaron al sótano, donde escogieron un lugar para apoyarlo.

—Descansemos un rato aquí. Está fresco —dijo uno de ellos.

Ambos se sentaron en el suelo, frente al cuadro, y se limpiaron el sudor.

—¿Por qué dejaron esta pintura? Había espacio suficiente en la furgoneta que iba a Berlín —preguntó el otro hombre.

—¿Berlín? Pensé que la exposición seguía en Cluj-Napoca...

—En Cluj-Napoca exhibirán fotos, grabados y esculturas por dos semanas, pero las pinturas se fueron a Berlín. En agosto reunirán ambas partes de la muestra. No has respondido: ¿por qué dejaron esa pintura?

—El embajador soviético llamó a la directora y dijo que mandaría por ella. No quiere que se exhiba en Alemania.

—¿Y qué tienen que ver los rusos? Las obras vienen de México.

—Ésa no: la prestó la Unión Soviética.

—Ya. Qué complicado. ¿Y los mexicanos ya saben que esta pintura se quedó aquí?

—No lo sé.

Ambos observaron por un momento el cuadro, que se distinguía por debajo de la tela translúcida que lo protegía.

—¿Qué piensas?

—Es una pesadilla. Mira esas figuras.

—Frida Kahlo.

—¿Es la autora?

—Sí. A mí sí me gusta. Si nadie viene a reclamarla, me la llevaré a casa.

—A tu esposa no le gustará que la cuelgues en tu comedor. —En ese caso, la pondré en el ático.

—Estás loco. Vámonos.

Los empleados cerraron la puerta y entonces la pintura quedó en la oscuridad.

## NOTA DEL AUTOR

*La mesa herida* fue un cuadro pintado en 1940 por Frida Kahlo para la Exposición Internacional del Surrealismo y obsequiado por la pintora a la Unión Soviética. Suele repetirse que se exhibió por última vez en Varsovia, pero diversas investigaciones académicas recientes han comprobado que el rastro de la pintura se perdió en Bucarest, Rumania. Algunos testimonios afirman que contaba con un mecanismo para que se le colgara un collar. Un mes antes de terminar este libro, un hombre fue aprehendido por intentar validar documentos oficiales para sacar de México una falsificación de esa pintura.

## AGRADECIMIENTOS

Quizá este libro comenzó a gestarse en mi mente hace muchos años, cuando era un niño y mi padre llegaba a casa con los libros de arte que imprimía y encuadernaba. O quizá fue en la adolescencia, durante esos domingos que parecían no tener fin, en los que aprovechábamos la entrada gratuita a los museos para recorrerlos todos...

Lo cierto es que este libro comenzó a existir cuando Mónica Romero Girón e Irma Ibarra, valientes editoras, escucharon y aceptaron mi propuesta para crear una nueva aventura del detective Damián Diosdado alrededor de la pintura perdida de Frida Kahlo. Les agradezco de corazón, y también al escritor Luis Bernardo Pérez, por haber aceptado la edición y por sus valiosos comentarios. Para las partes en náhuatl recibí el apoyo del maestro Baruc Martínez Díaz, quien tradujo las frases al náhuatl del sur de la Ciudad de México (Tláhuac). Agradezco a Adriana Ramírez por ponerme en contacto con él.

Como siempre, agradezco a Laetitia Thollot por ser mi compañera de vida y de escritura; a mis padres Benigno y Teresa; a mi hermana Lulú por su cariño, y a mis hijos. Un agradecimiento muy especial a Camille Thollot, abuela de mi esposa, quien me contó sus vivencias durante la Segunda Guerra Mundial en Lyon, relatos que me permitieron narrar los episodios del pasado con testimonios de primera mano.

También doy las gracias a los lectores que leyeron *La moneda de la muerte*, la primera aventura del detective Damián Diosdado, quienes mostraron interés y me motivaron a escribir esta nueva entrega.

Edición digital

Ana María Echevarría  
Directora de Literatura Infantil y Juvenil

Valeria Moreno Medal  
Coordinación editorial digital

*La tercera Frida*

© del texto: Oswaldo Enrique Escalona Ramos, 2019

Diseño de portada: León Muñoz Santini

Fotografía: Janek Skarzynski, Getty Images

D.R. 2019 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo núm. 2, col. Centro, alc. Cuauhtémoc, 06000, Ciudad de México

Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura

Primera edición digital, 2020

D.R. © SM de Ediciones, S.A. de C.V., 2019

Magdalena 211, Del Valle,

03100, Ciudad de México

Tel. (55) 1087-8400

[www.ediciones-sm.com.mx](http://www.ediciones-sm.com.mx)

ISBN: 978-607-24-3851-4

ISBN: 078-968-779-177-7 de la colección Gran Angular

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.

Registro número 2830

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **SM®** es propiedad de Fundación Santa María, licenciada a favor de Ediciones, S. A. de C.V.

La marca **Gran Angular®** es propiedad de Fundación Santa María.

Conversión de ebook: Capture, S.A. de C.V.

## ÍNDICE

*La Tercera Frida*

*Portadilla*

Lyon, Francia

12 de febrero de 1943

- 1 Tú lo serás
- 2 La mesa herida
- 3 El Museo de Arte Moderno
- 4 El pintor fantasma
- 5 Adiós, jacarandas

Paso del Brennero, frontera entre Austria e Italia

3 de diciembre de 1944

- 6 París bajo cero
- 7 Gloriosa victoria
- 8 El cementerio de Montparnasse
- 9 La casa de subastas Limantour
- 10 Frida de Montmartre

Teotihuacan, México

15 de febrero de 1937

- 11 Por la ciudad oculta
- 12 La pintura que daba miedo
- 13 El Club de México
- 14 Encuentro en el viejo Lyon
- 15 Noche de gala en Brotteaux

Isla de Cozumel, México

3 de octubre de 2018

- 16 La mujer del collar de jade
- 17 Teotihuacan abstracto
- 18 La cita misteriosa
- 19 La rueda de prensa
- 20 El diario de los siluros

Galería Galatea, Bucarest, Rumania

21 de julio de 1955

Nota del autor

## Agradecimientos

